

Docentes que dejaron huellas. Historias y textos de maestros y maestras

Jaime Navarro Saras (coordinador)



Docentes que dejaron huellas.
Historias y textos de maestros y maestras

Jaime Navarro Saras (coordinador)

Docentes que dejaron huellas. Historias y textos de maestros y maestras

Jaime Navarro Saras (coordinador)

1ª Edición, mayo de 2025.

Se autoriza la reproducción parcial y total de los contenidos del libro, siempre y cuando se otorguen los créditos de autoría a los editores de la Revista Educ@rnos y sus autores.

©Revista Educ@rnos

Página web: www.revistaeducarnos.com

Correo electrónico: revistaeducarnos@hotmail.com

ISBN 978-607-7999-44-7

Chau número tres

Mario Benedetti

Te dejo con tu vida
tu trabajo
tu gente
con tus puestas de sol
y tus amaneceres.

Sembrando tu confianza
te dejo junto al mundo
derrotando imposibles
segura sin seguro.

Te dejo frente al mar
descifrándote sola
sin mi pregunta a ciegas
sin mi respuesta rota.

Te dejo sin mis dudas
pobres y malheridas
sin mis inmadureces
sin mi veteranía.

Pero tampoco creas
a pie juntillas todo
no creas nunca creas
este falso abandono.

Estaré donde menos
lo esperes
por ejemplo
en un árbol añoso
de oscuros cabeceos.

Estaré en un lejano
horizonte sin horas
en la huella del tacto
en tu sombra y mi sombra.

Estaré repartido
en cuatro o cinco pibes
de esos que vos mirás
y enseguida te siguen.

Y ojalá pueda estar
de tu sueño en la red
esperando tus ojos
y mirándote.

Sumario

Presentación	13
¿Se puede educar desde la ausencia? El legado pedagógico de los que ya no están Miguel Ángel Pérez Reynoso	17
¿Quién quise que dejara huella en mí? Marco Antonio González Villa	21
La enseñanza a través de la oscuridad Patricia Becerra Salazar	25
Una huella material e inmaterial: los fundadores del CIPS Arturo de la Torre Frias	29
Maestras directoras que dejan huella Graciela Soto Martínez	33
Filomeno Gómez Muñoz, maestro rural comprometido con las causas sociales Griselda Gómez de la Torre	45
No es un adiós... Abelardo Carro Nava	51
El Leónidas de Cantabria Luis Christian Velázquez Magallanes	55
El mejor hermeneuta: Juan Fernando Espinosa Chávez David Lozano González	59
Dodiscencia freireana, a manera de carta Rubén Zatarain Mendoza	65

Sonia Comboni: Maestra de corazón y conocimiento	77
Alfonso Torres Hernández	
Reemplazables para el sistema, irreemplazables para la sociedad	83
Mariana Pérez Jiménez	
Corazones rotos y las andanzas magisteriales	87
Jaime Navarro Saras	
Gracias a ustedes soy maestra	91
María del Rocío Ofelia Ruiz	
Las experiencias con mis buenos maestros, se mantienen vivas en mi quehacer docente	95
Juan Fernando Abarca Reyes	
Legado magisterial de vida ser o no ser, Profr. Abel Coral Carrillo (1966–2021)	99
Francisco Palacios Gómez	
Mis maestros, influencia que dejaron huellas con su esencia en las travesías de mi vida	101
J. Carolina Vera	
Reconocimiento a las y los docentes que me inspiraron a ser docente	107
José Edgar Correa Terán	
Memorias de adolescencia en Chiguará: Entre montañas, campanas y maestros inolvidable3	115
María Cecylia Méndez Anaya	
Gracias, maestros	119
Rosa Isela González Rivas	

Las pioneras en la docencia de la medicina veterinaria en Jalisco Silvia Ruvalcaba Barrera	121
La licenciatura en Historia y el estudio del mundo colonial: Las maestras que dejaron huella. Alida Genoveva Moreno Martínez	127
Maestra Carlos Jovani Morán Esteban	131
Recuerdos y memorias de maestras, una huella en el corazón. Gloria Angélica Barba Castañeda	135
Maestros que dejaron huella María Catalina Josefina González Pérez	139
Mi admiración y respeto por siempre María del Carmen González	145
Aprender a ser docente Blanca Cuautle Díaz	149
Aprender de quien enseña con el corazón Verónica González Méndez	153
Educando en la montaña Alen David Montilla Soto	157
“Siguen siendo luz” Patricia Escobedo Guzmán	163
Maestra Elvia: Su vocación una medicina para el dolor Roxana Karen García Santiago	167

Porque me cambió la vida Alicia González Romero	171
La docencia: inspiración, transformación, digna de admiración y respeto para quienes la desarrollan. Lourdes Contreras Arreola	177
Una docente que marcó mi formación académica Brandon Isai Vázquez Hernández	183
¿Vocación o don?: El arte de enseñar Angélica Noemí Hernández Juárez	185
Con amor y admiración a las y los maestros que me inspiraron a ser maestra. Iris Marisol Segura Vaca	189
Recordando al maestro Alejandro Martínez Carbajal Tonantzin Martínez Bello	193
A la memoria de Pablo Luis Galicia González: Un maestro con cariño. Blanca Estela Galicia Rosales	199
El lenguaje de las matemáticas: Un legado del maestro Adán Flor Lissette Montiel Téllez	205
Mi siempre estimada Adelina Lucia Xochitl Herrera Álvarez	209
Maestro y director Víctor Cadena Aguayo: La trascendencia de su obra educativa y legado histórico. Isaac Reyes Mendoza	213

Feliz Día del Maestro, gracias por cuidar tu salud Aida Sánchez Sención	221
María Auxiliadora Morales ¡A la memoria de una vida comprometida con la enseñanza para la vida y la búsqueda de verdadero significado de la existencia humana! Jesús Alfredo Morales Carrero	227
El Primer Congreso Pedagógico de Yucatán en 1915. Salvador Alvarado. Jorge Alberto Ortiz Mejía	233

Presentación

Hace poco más de 7 años, mientras hacíamos un viaje en familia por Michoacán, y ya de retorno de unas ruinas arqueológicas de Tingambato, en el trayecto estaba un jardín de niños, justo a la hora del recreo, como estaba al aire libre y no había bardas o cercas que delimitaran la escuela. Candy y yo nos bajamos de la camioneta, les pedí permiso a las educadoras para tomar fotografías, les explique que eran para una revista y una plataforma de contenidos educativos; incluso les mostré la página en mi teléfono y les compartí mi número y el link.

Una de esas fotografías, que la edité en blanco y negro, es parte de la portada del primer libro que editamos para festejar el Día del Maestro. En la imagen se ven unos niños jugando en un patio de tierra, al fondo la camioneta que tenía entonces y en la esquina de arriba a la derecha superior a una madre de familia llevándole el refrigerio a su hijo.

Entre plática, las educadoras me comentaban que pocos textos educativos hablaban de su trabajo y raros eran aquellos que daban cuenta de su esfuerzo cotidiano. Gracias a sus inquietudes, me comprometí con ellas que a partir de ese año (2019) publicaríamos artículos sobre ello, afortunadamente la convocatoria abierta reunió 29 textos y nos dio para editar un libro, el cual lo publicamos el Día del Maestro y cada uno de los textos daba cuenta del esfuerzo que hemos realizado los maestros y maestras a lo largo de nuestras vidas y más allá.

Nunca supe lo que sucedió con las carreras de cada una de las maestras que me permitieron tomar fotografías y que, gracias a esa parada en el camino, surgió la idea de publicar libros el Día del Maestro. Con este tomo llevamos 7 años consecutivos; espero que se alarguen por siempre y ojalá que no se les termine la tinta a quienes año con año nos envían sus propuestas y les realizan pequeños homenajes a maestros, maestras, directivos, supervisores y estudiantes que han pasado

por las diferentes escuelas de muchos rincones de México, Colombia, Venezuela, Costa Rica, Puerto Rico, Cuba y demás países hermanos.

Sabedores de que cada Día del Maestro se llena de festejos y regalos, ojalá que este año venga acompañado de un buen incremento salarial y un proyecto serio que recupere los esfuerzos y nos ponga a los maestros en un escenario donde la profesión sea recompensada social y culturalmente. Vaya pues, un abrazo para todos nuestros amigos, lectores, críticos y quienes de cuando en cuando envían un saludo y una sonrisa por el festejo de este 15 de mayo.

Gracias por siempre a quienes se dedican al magisterio y dan lo mejor de sí, felicidades.

Jaime Navarro Saras, 15 de mayo de 2025.

Este es un mensaje a las y los maestros de México: no vamos a nada que afecte a los maestros; al contrario, nuestro objetivo es seguir beneficiando a las y los maestros de México.

Claudia Sheinbaum Pardo.

A propósito de la reforma a la Ley del ISSSTE, 28 de marzo de 2025.

¿Se puede educar desde la ausencia? El legado pedagógico de los que ya no están

Miguel Ángel Pérez Reynoso

Doctor en Educación. Profesor-investigador de la UPN Guadalajara, Unidad 141. safimel04@gmail.com

Cómo hacer para que el olvido no borre el legado de los que nos enseñaron, pero que ya no están físicamente entre nosotros. La huella pedagógica se construye y se hereda en vida, pero su marca y su sello se valoran hasta que llega la muerte. Sin embargo, el impacto del aporte pedagógico se valora mucho más en vida y se recupera y se valora, solo en la ausencia, cuando las personas ya no están en este mundo terrenal.

Este es el caso de tres grandes personajes a los que quise y quiero mucho que ya no están físicamente entre nosotros, solo están mediados en el recuerdo y en la reivindicación de su obra y sus aportes a la educación, a la cultura y al compromiso de entender de mejor manera el devenir de lo que significa ser y vivir en Jalisco. Me refiero a Gildardo Meda Amaral, Víctor Manuel Ponce Grima y Pedro Pérez Aguilar.

Cada uno desde su contexto supo ser congruente y hacer cosas para sí y para los demás; la muerte es la gran metiche, que interrumpe los proyectos y las realizaciones, que detiene la respiración y el habla, que suspende las plumas productivas y da fin a los aportes que pueden surgir de personajes cuyo talento y capacidad de crear estaban en su mejor momento.

Los tres eran mis amigos, disfrutaba de su compañía y de sus conversaciones, siempre gratas y originales, de su forma de moverse en este mundo y de sus producciones en educación, en el periodismo y en la psicología.

La huella educativa es una marca indeleble que queda ahí y que nos alerta o nos interpela, cuando alguien ya no está, cuando alguien se ha ido por cualquier puerta y cuando dicha puerta queda cancelada

para seguir conversando. Aun así, quedan pequeños resquicios para dialogar, para conversar y para seguir estando al día. Aunque el mundo es distinto en esta ingrata dicotomía de la dialéctica entre la ausencia y la presencia.

Gildardo Meda Amaral era un habilidoso crítico del desastre oficial en educación; con un sarcasmo fino sabía burlarse de los otros, de todos aquellos que habían llegado a los puestos públicos con pocos merecimientos, y que sus acciones mostraban la ineficiencia y el caos administrativo. Con Gildardo coincidí por nuestro paso por la Escuela Normal de Jalisco y en la militancia política. Un personaje especialmente generoso y solidario. Hubo un momento de cisma en nuestras historias, cuando en el año de 1989, a partir de una convocatoria de un diplomado por el INAP (Instituto Nacional de Administración Pública), hicimos trámites los dos, cumplimos con todos los requisitos: él sí pudo entrar y yo quedé fuera; esa fue la primera experiencia de discriminación por motivos políticos en contra mía. Dicho diplomado le cambió la vida a Gildardo, formó parte de círculos de élite en la sociedad local, le permitió hacer relaciones, formar parte de círculos de grupos políticos locales y de estar en la trinchera de los grupos de interés de la SEJ en ese entonces.

Víctor Manuel Ponce Grima era un genio, siempre original y generoso; pensaba en los demás y sabía abrir espacios para que todos cupiéramos. Gracias a él y a través de sus iniciativas siempre pudimos hacer algunos seminarios de análisis de las políticas públicas, diálogos informados con investigadores destacados y, en sus últimos días, él tuvo la iniciativa de darle cuerpo a que el proyecto gubernamental llamado Recrea estuviera acompañado de una iniciativa de investigación. Resulta paradójico, porque un día después de su desaparición física, el SNI (Sistema Nacional de Investigadores) lo reconoce como investigador nacional, reconocimiento que se había retrasado para su trayectoria.

Pedro Pérez Aguilar era un genio de la animación y la confrontación de los sujetos consigo mismos. Él trabajó muchos años en los Centros de Integración Juvenil y, en una ocasión, en una visita a la Unidad Zapopan de la Universidad Pedagógica Nacional, pudo mos-

trar su talento; se quedó a colaborar por un tiempo. Trabajaba con una metodología basada en la elaboración de cuentos y en la animación; para Pedro, el movimiento no era solo físico, se trataba de movilizar las neuronas y los sentimientos. Más adelante se dedicó a la atención clínica; nos reuníamos de vez en vez y platicábamos, y comentaba que los pacientes que atendía en la clínica cada vez eran más demandantes. Por cada paciente que atendía, estaba obligado a adquirir un libro especializado que le ayudara en el proceso terapéutico. De él entendí que la educación tiene sus límites y que estamos inmersos en una sociedad sufriente llena de contrastes y profundas contradicciones. Se contagió de COVID con alguno de sus pacientes y tuvo un proceso complejo que lo llevó a debatirse entre la vida y la muerte. Al final, la muerte salió ganando y nosotros y el mundo que lo conocimos salimos perdiendo.

Es difícil reconocer el legado y las aportaciones de personas que se han ido o que ya no están físicamente; tenemos que recurrir a la memoria, a la anécdota, a lo que fue la vivencia directa para rescatar solo trozos de lo que las personas nos han dejado y heredado.

Es lamentable que las personas valiosas tengan que morir, pero todo ello es inherente a la condición humana. Yo prefiero rescatar los aportes en vida que recurrir al rescate del legado de las personas que ya se han ido. Este escrito sirve para reconocer y para honrar a Gildardo, a Víctor y a Pedro, y sabiendo que su paso fugaz por este mundo terrenal no ha sido o no fue en vano, han dejado un aporte importante, han contribuido con una serie de ideas auténticas y una propuesta original a entender los fenómenos educativos de nuestro entorno. La vida es así y la muerte también; nos permite jugar en el mundo y hacer visibles, pero de pronto nos quita las respiraciones y nos dice que el juego ha terminado.

Termino con reconocer acerca de la importancia de trabajar en los centros de formación docente a partir de rescatar el legado de personas que han dejado herencias valiosas y que ya no están. En nuestro medio es mucha la herencia pedagógica que se construyó en vida y que el rescate tiene y debe hacerse después de que las personas ya no están entre nosotros. En este trabajo he aportado tres fichas, de tres

personajes valiosos que no deben olvidarse, que sirvieron, aportaron y nos han dejado un legado digno de reconocerse, de visibilizar y de hacer uso de sus aportaciones.

¿Quién quise que dejara huella en mí?

Marco Antonio González Villa

Doctor en Educación. Profesor de la UNAM FES Iztacala, CCH Naucalpan.
antonio.gonzalez@iztacala.unam.mx

¿Cuántas personas tocan y cambian nuestras vidas?, ¿qué tienen?, ¿qué hacen que se vuelvan importantes para nosotros? Conforme uno va creciendo, poco a poco se va haciendo un filtro en torno a las personas que pensamos han sido, y aún son, significativas para uno, por lo que el vínculo se mantiene vigente y el contacto no se ha perdido; se incluyen aquí, obviamente, a familiares, parejas y amistades de manera regular. Pero el tiempo, y los cambios que vamos teniendo durante su paso, nos llevan a hacer una valoración de las personas que realmente cambiaron nuestras vidas, le dieron un giro importante o dejaron una huella que marcó nuestro destino, nuestra forma de ser, de pensar o de sentir. El tiempo también nos lleva a entender que las personas de este último grupo no aparecen por azar, ya que deben reunir una condición especial para pertenecer a ese selecto grupo: poseen, hacen o nos muestran algo que anhelamos o necesitamos en un momento determinado. Su valía permanecerá cuando ese algo mantenga su cualidad de significativo a través de los años, porque de perderla, el protagonismo que puedan tener en nuestras vidas se irá diluyendo, llegando incluso a perderse.

Así, por ejemplo, si un abuelo, abuela, tía o tío, por quien se tiene simpatía y un profundo sentimiento durante las primeras etapas infantiles, muere antes o durante este tiempo, podrá generar un bonito recuerdo, nostalgia, añoranza, pero sólo pocas personas podrán decir que fueron marcados por estos seres queridos.

La significatividad que damos a las personas en nuestras vidas es, entonces, resultado, primero de las experiencias con estas personas y, después, de una irremediable decisión personal: yo decido quién es o fue importante. Y aquí, pensando en el espacio que nos atañe, reflexionamos en torno a quien, desde lo académico, nos deja una huella muchas veces visible o enunciable en primera persona. La pregunta a responder para

continuar con esta línea es: ¿qué docente nos marcó y/o qué texto durante nuestras distintas etapas formativas? La introspección, los recuerdos y su valoración son elementos centrales en este análisis; porque seamos honestos, ¿cada uno de nuestros docentes nos dejó huella? Y la respuesta, por dura que sea y por lo que implícitamente nos toca, es un simple, pero profundo, no. Hacemos entonces un ejercicio memorístico en el que, cual inventario, vamos recuperando qué rasgo, desde nuestra perspectiva, distinguía a cada docente. Obviamente, entre más niveles educativos se cursaron, es mayor la tarea y el grupo de docentes a evaluar, pero podemos identificar aun así constantes. De esta manera, en el recuento, se piensa en la persona y en el adjetivo o calificativo que le otorgamos. Lejos de estereotipos o clasificaciones con validez y confiabilidad, creo que, coloquial o personalmente, podemos todos coincidir en que recordamos a las y/o los docentes que nos enseñaron a escribir y a leer, al o la docente que era atractiva, al exigente, al estricto, al que estaba siempre molesto, al que no le caíamos bien, al que era barco, al que no hacía nada, el rockero, el americanista, a la que era muy inteligente y sabía mucho, a la o el jovencito, al llamado vaca sagrada, quien era buena persona, quien te escuchaba o quien alguna vez te ayudó con algo, quien compartió su comida o su dinero, quien le caía bien a todos, el que andaba con varias, el que era bueno para los deportes, al que se rumoraba le gustaba beber, el divertido, el o la que cantaba bien o quien, cuando no era inapropiado, nos dio un abrazo que necesitábamos, en fin, podemos plasmar un listado aún más largo y seguramente fuimos recordando a nuestro maestra o maestro que se identifica con una de las clasificaciones referidas. Pero también, en un acto de sinceridad y también de reflexión personal por lo que nos puede tocar, es claro que tuvimos docentes que consciente o inconscientemente olvidamos, por lo que establecer que no todos los maestros son significativos es, aunque duela el ego, una realidad. Por eso creo que la significatividad proviene precisamente de una decisión personal, de resaltar ese algo que es o fue importante y que conservo con aprecio y valoración.

Y aquí viene la historia de un joven que, por su inmadurez, por su rebeldía y, obvio, malas decisiones, estuvo a punto de abandonar sus estudios y quedarse solamente hasta el nivel preparatoria, pero la vida le dio otra oportunidad y pudo encaminarse nuevamente hacia la

universidad. Ya con esa seguridad y con conciencia de dos años perdidos, decidió tomar un libro para irse empapando de su futura carrera: el libro elegido fue *Introducción al Psicoanálisis*, de Sigmund Freud y, después de 5 páginas leídas, decidió dejar el libro porque todo le resultó incomprensible, no sólo la teoría, también el lenguaje empleado, y aceptó, con vergüenza, que no estaba listo para lecturas de este tipo. Esperó entonces hasta que volviera a la escuela para que, de la mano de los maestros, entendiera toda lectura; dudó de sí con relación a tener el nivel para estudios profesionales después de esta experiencia.

Dos años después, en una materia tocó revisar un texto sobre psicoanálisis y recordó la amarga y penosa experiencia y pensó que no entendería nuevamente nada, pero no fue así. El texto no fue escrito por Freud, pero lo explicaba de una forma tan clara, entendible, comprensible que quedé deslumbrado. ¿Cómo alguien había tenido la capacidad de entender al padre del psicoanálisis, pero, más increíble aún, explicarlo de manera tan sencilla y elocuente al mismo tiempo? José Perrés decía la ficha del texto y agradecí al autor sin conocerlo y sin que supiera de mi existencia. Poco más de un año después, me enteré de que Perrés iba a estar en mi universidad y yo no podía faltar. Lo vi, ahora tenía un rostro el texto y el nombre: en ese momento para mí ya era importante el poseer y tener muchos conocimientos, sobre todo por mi tendencia a los temas sociales y a las teorías, y la ponencia de este gran personaje parecía hecha para mí. Vi en él un ideal profesional, un ejemplo a seguir (meta de todo docente, ¿no?), alguien inteligente, culto, de muchos conocimientos y una gran capacidad para poder transmitirlos y compartirlos. Salí satisfecho del recinto, deseando alguna vez más encontrarlo en mi vida y aprender más. Y la vida me sonrió otra vez.

Terminé la carrera, me titulé, pero sentí la necesidad de tomar un posgrado, por lo que empecé a buscar escuelas que ofrecieran algo cercano a mis intereses y vocación. No tuve que buscar mucho, en la tercera opción encontré un plan de estudios totalmente afín a mis deseos y me inscribí al proceso de selección. Decir que uno de los sinodales del proceso de selección y de la planta docente de la maestría era José Perrés puede resultar poco creíble para quien lea este texto, pero así fue, como en un guion de la vida para mí.

Afortunadamente, quedé seleccionado y, a partir de ahí, septiembre de 1998, pude compartir espacios académicos con un maestro que dejó una profunda huella en mí, que sólo pocos saben, pero que ha marcado mi vida profesional. Sus clases fueron una delicia, sus explicaciones, sus intervenciones, cada aportación de él era para mí oro molido. Empecé a acercarme a él para charlar fuera de clases. Supe entonces de su pasión por el rock en su juventud, que me conectó aún más y, también pude atreverme a platicar con él sobre conceptos teóricos que ahora, gracias a sus explicaciones, podía debatir, criticarlos o entender su extrapolación. Habíamos empezado a hablar de la posibilidad de que fuera mi asesor de tesis y todo iba bien para mí. Pero nada es eterno y en uno de los momentos más amargos de mi vida, en octubre de 1999, José Perrés Hamaui murió.

El dolor de su pérdida no supe manejarlo y mi reacción fue alejarme, intelectual, emocional y a veces hasta físicamente de ese posgrado, al punto de que terminé, pero jamás obtuve el grado, no podía sin él.

Son ya poco más de 25 años de su partida y en mi casa están los libros que escribió, así como varias revistas en las que publicó artículos: hay un libro en particular que guardó con cariño, *Piaget y el psicoanálisis*, en el que tuvo la gentileza de dedicarme unas palabras. Tengo también precio por uno de sus artículos llamado *De aduanas y fronteras*, publicado en la revista *Tramas*, en el que aborda la dificultad-reto de compartir o tomar prestados conceptos entre disciplinas, es decir, abordó una idea de interdisciplina que ha marcado mi vida profesional, buscando construir puentes que permitan atravesar fronteras teóricas y epistemológicas, con aduanas que ayuden a construir esta posibilidad.

Tuve oportunidad de asistir al evento en conmemoración de los 25 años de su partida y aún lamento su pérdida; en la reunión estuvieron presentes familiares, colegas, algunas de sus amistades, así como también otros de sus alumnos. Esta es mi afortunada historia sobre José Perrés, en la que advierto la gran influencia que tuvo en mí, como un maestro del que estoy convencido dejó huella e inspiró, aún después de su muerte, lo sigue haciendo sin duda, a muchas personas más. Sea esto un pequeño reconocimiento a su gran legado: yo decidí que él marcara mi vida, fue mi maestro poco más de un año, pero, sin duda, estará conmigo en muchos momentos de mi vida.

La enseñanza a través de la oscuridad

Patricia Becerra Salazar

Licenciada en Educación. Personal administrativo del Cips de la SEJ.
patyandoniitzel@hotmail.com

Un ser que nació para trascender al ser maestra

¡Biii biii biiii! La Mtra. Rosy abrió los ojos y vio el despertador. Eran casi las 6 de la mañana y exclamó: “¡Caramba!, le he ganado de nuevo al sonar de este aparatejo que no me ha servido de mucho; siempre me despierto primero, jajaja”. Era el primer día de un nuevo ciclo escolar en la institución para maestros, donde se desempeñó durante tanto tiempo, una escuela de la SEJ con renombre y con tanto prestigio, que es considerada difícil de ingresar, donde surge en algunos la curiosidad de conocer cómo son impartidas las clases y cómo se estudia ahí, el cómo es que los maestros acuden a ella para ser investigadores educativos y preguntarse con qué personajes se encontrarán, que sean capaces de transmitir conocimientos que ayuden a formarse como investigadores, un campo desconocido para muchos.

La maestra Rosalinda Arredondo Maciel es uno de esos personajes significativos y valiosos que transitó en esa institución; un ser humano excepcional que ejerció con pasión la loable profesión de ser maestra. Nació en un soleado día domingo primero de marzo de 1953, en un lugar donde hay tunas sobre rocas: “Tenochtitlán”, la actual Ciudad de México. Por azares del destino, su familia se mudó a Guadalajara, Jalisco, porque de esta tierra son sus padres y, a partir de ahí, –aunque muchos le dicen que es más tapatía por adopción que chilanga–, ella dice que su corazón está dividido entre estas dos hermosas ciudades.

Su arribo a la docencia fue completamente involuntario, pues sus sueños caminaban hacia la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales: soñaba con ser agregada cultural en alguna embajada o dedicarse al periodismo, y no tanto por ser tan culta, sino porque ella quería huir del yugo de su madre, que era una señora de las *desdenantes*, muy estricta

y muy restrictiva con las libertades para sus hijas. Rosalinda quería estar distante del núcleo familiar por esa situación. Cualquier profesión que le permitiera alejarse y sentirse libre para desarrollarse como profesional sería útil para lograrlo; incluso, aprovechar sus habilidades innatas del dibujo y la pintura le daba la posibilidad de acariciar su ingreso a la Academia de San Carlos, en la Ciudad de México, o por lo menos a La Esmeralda, pero por el recio carácter de su madre, que consideraba que esas escuelas no eran apropiadas para ella, nunca le permitió intentarlo.

Fue su propia madre la que le sugirió estudiar para maestra en un colegio de religiosas, ya que su hermana menor se encontraba estudiando en ese plantel. Accedió a entrar y se formó como docente para graduarse en 1979 como profesora de educación primaria, aunque su primera experiencia frente a grupo fue siendo estudiante, con un grupo de 4º grado en el año de 1976. A partir de esta fecha ejerció la práctica de la docencia en la que, al ser una maestra especial, con un corazón de pollo y con una sensibilidad de amor que toca el lado humano y trasciende más allá de enseñar con pasión por lo que hace; trasciende la interacción entre maestro y alumno apropiándose de esos vínculos que generan lazos y redes afectivas que marcan huella para ambos. Su dedicación y convicción de enseñar al otro con creatividad y entusiasmo, utilizando diferentes recursos y estrategias para mantener el interés de los alumnos, le permitían construir un ambiente de aprendizaje positivo y estimulante, fomentando el pensamiento crítico y la participación activa de los alumnos, incitándolos a ser ávidos de nuevos conocimientos a través de actividades lúdicas y culturales.

Ha sido siempre generosa al cobijar a sus pupilos como una gran águila poderosa y de vuelo veloz, con vista perspicaz para identificar las fortalezas y debilidades de sus crías que reclaman su apoyo. De su pico robusto emerge un diálogo fuerte que atrapa la atención de quien se encuentra en su nido y en la parte superior tiene un borde afilado que se ajusta con la parte inferior, formando como unas tijeras afiladas, con las que corta y moldea a sus pupilos con delicadeza. Sus grandes alas cubiertas de un plumaje largo y ancho le ayudan a evadir los aires de dificultades que enfrentan sus alumnos, propiciando cuestionamientos y reflexiones de análisis que permitan dar respuestas a

esas problemáticas que se les presentan en el quehacer diario de sus prácticas educativas; para después ayudarlos a iniciar el vuelo hacia el horizonte, con la seguridad de estar bien preparados y fuertes, ávidos de descubrir nuevos mundos, enseñando y formando a otros nuevos y futuros pupilos de estudio, con amor y disciplina para crear distintas formas de pensamiento, motivando a sus alumnos para aprender.

Durante su larga trayectoria como formadora, continuó preparándose de manera profesional. Estudió la Maestría en Investigación Educativa y la Especialidad en Metodología Interpretativa en la Investigación Educativa, entre otras tantas monerías que la engrandecen y que, además, con generosidad comparte con quien se deje. La caracteriza de manera especial su dulzura como persona, por ser cariñosa, amable, empática, sensible y afectuosa. Ella transmite paz, alegría y se preocupa por el bienestar de los demás. Su capacidad de amar y conectar con sus semejantes de forma genuina es notable.

Para la maestra Rosalinda el significado de ser maestro implica un privilegio y una gran responsabilidad. Privilegio porque tiene la oportunidad de influir positivamente en las vidas de muchas personas (sí, así es su convicción) y, al influir, nos compromete a ser conscientes y a tratar de dar lo mejor de nosotros mismos para superarnos siempre, no solo desde el punto de vista del conocimiento y de lo académico, sino desde el punto de vista humano, de los valores, de lo que forma parte de la esencia como ser humano. Ser maestro implica tratar de superarnos en todo momento para que lo que nosotros hagamos y digamos con nuestros alumnos sea en verdad con la intención de influir positivamente en sus vidas.

Un buen maestro contribuye a orientar de manera objetiva y significativa al alumno en su formación al dar el buen ejemplo del deber ser y eso no es fácil; es un privilegio ser maestro. La Mtra. Rosy tiene como: “Darte cuenta de que a veces el maestro es la única oportunidad que tienen nuestros alumnos de encontrar la bondad, y la bondad en el sentido amplio del término, entonces no hay que desaprovecharlo”.

Ser maestro es una responsabilidad considerable porque puedes influir positivamente en la vida de sus alumnos al orientarlos y darles ese ejemplo, mientras que un mal maestro puede arruinar la vida de un ser humano y eso implica un compromiso considerable. Hay historias

de alumnos desgarradoras, en las que viven ambientes que son totalmente adversos, para que ellos florezcan como seres humanos y, en ocasiones, el cobijo que puede dar el maestro, el acercamiento y el interés del formador puede hacerles ver la oportunidad de que hay cosas bellas que se pueden lograr y conseguir pese a las adversidades en las que viven. La Mtra. Rosy se siente triste por aquellos maestros que ven y viven la docencia como un trampolín, una manera fácil de tener un buen sueldo y vacaciones, pero sin dar la importancia y conciencia de la trascendencia que tienen en la vida de sus alumnos.

Fue su dulzura la que, en un momento dado, le cobró factura, al no permitirle ver bien y dañando su visión severamente, siendo esta herramienta fundamental para desempeñar de manera habitual su trabajo laboral y en su vida. Éste fue un duro golpe que la vida le presentó, como un reto más para seguir adelante en su caminar. Este evento la obligó a hacer un alto en el camino y, con profundo dolor y agradecimiento al ser supremo que tanto ella profesa, es obligada a dejar de trabajar en 2022 y cerrar equipos de trabajo. Dispositivos tecnológicos, borrador y pintarrones son guardados en el baúl de los recuerdos, donde deposita esos grandes tesoros que son parte de su historia y que, aunque no podrá utilizarlos más, siempre estarán formando parte de esa extraordinaria maestra que es, ya que enseña cada día desde su trinchera a todo aquel aprendiz que se honre en ser su alumno.

Hoy en día se encuentra felizmente jubilada, acompañada de su hermosa familia: sus dos hijos y nietos que en ocasiones le juegan travesuras increíbles, de resistirse a la carcajada y al asombro de la ingeniosidad que da el ser niño y sorprender a la maravillosa abuela que tienen y que les enseña de manera exclusiva el caminar de la vida y del conocimiento de cosas nuevas y bellas por descubrir. La acompaña su fiel escudero Joaquín, que la escolta a seguir recorriendo lugares recónditos por disfrutar y descubrir.

Mtra. Rosy, gracias, muchas gracias por ser y existir en el camino de quienes te conocemos y tenemos la dicha de coincidir en este caminar para formar y aprender unos de otros.

Una huella material e inmaterial: los fundadores del CIPS

Arturo de la Torre Frias

Doctor en Educación. Docente-investigador del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales (CIPS) de la SEJ. arturo.delatorre@cips.edu.mx

El presente ensayo refiere a tres docentes que dejaron huella en toda una generación de docentes e investigadores, una huella que se concreta en una institución educativa y de investigación fundada hace 36 años, pero además, una huella que trasciende a la vida de quienes han pasado por esta institución, como docentes, estudiantes, administrativos, directivos y personal de apoyo.

Los tres docentes sobre los que ahora se habla son: Felipe Plascencia Vázquez, Estela Luna Suárez y María Guadalupe Moreno Bayardo. Estos docentes son los fundadores del Centro de Investigaciones Pedagógicas y Sociales (CIPS) de la Secretaría de Educación Jalisco (SEJ), fundado en 1989 en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, México.

La huella material que dejaron estos maestros puede verse en las instalaciones del CIPS, en sus investigadores y docentes, en los escritorios y libros, en los programas educativos que ofrece, en sus estudiantes, en la generación de conocimiento, en los coloquios internos de cada semestre. La huella inmaterial es el alma del CIPS, algo intangible que toca a los que por ahí pasan.

Lo aquí narrado tiene como sustento empírico una serie de entrevistas que, como parte de una investigación institucional sobre la historia de la fundación del CIPS, se realizaron. Se entrevistó a una de las fundadoras, la *Dra. Lupita*, así como a personas que conocieron sobre la fundación de CIPS, institución fundada por el *Mtro. Felipe*, la *Mtra. Estelita* y la *Dra. Lupita*. Es un hecho que la subjetividad del autor puede aflorar en este escrito, como se trata de alguien en quien dejaron huella estos maestros.

Las huellas

El Mtro. Felipe y la Mtra. Estelita trabajaban juntos en el sistema educativo del estado de Jalisco en los años ochenta del siglo pasado. En 1989, el Mtro. Felipe se encargó de la fundación del CIPS, una institución dependiente del gobierno del estado de Jalisco. De esta forma, ambos maestros comenzaron a darle vida. Además, la Dra. Lupita fue invitada por el Mtro. Felipe para trabajar en la fundación y nacimiento del CIPS.

Ellos fueron los primeros en hacer uso de los bienes materiales con que en aquel momento contaba el CIPS: escritorios y mesas que se encontraban en el último piso de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. No era un espacio propiedad de CIPS, sino prestado; el lugar era pequeño y los baños se encontraban en la planta baja del edificio. En estas condiciones, los maestros comenzaron a darle vida a la institución, primero diseñando el programa de Especialización en Investigación Educativa y, posteriormente, la Maestría en Investigación Educativa. La perspectiva de formación que ellos visionaron desde el primer momento para CIPS fue *humanista* en un sentido particular: entender a la persona para formarla como investigador.

En la actualidad, en el CIPS se respira un *aire de humanismo*, donde se trata de entender a las personas para trabajar con ellas. Esa huella inmaterial que los maestros fundadores imprimieron en la manera de formar a los estudiantes, ello puede verse en que la cordialidad y el respeto son requisitos para todo contacto con otros, tanto en lo personal, lo laboral y en los procesos de formación y de generación de conocimiento.

Las huellas materiales e inmateriales se juxtaponen; nosotros mismos somos individuos materiales e inmateriales al mismo tiempo.

El Mtro. Felipe y la Mtra. Estelita se orientaron hacia la parte directiva y administrativa del CIPS; la Dra. Lupita se enfocó en la función académica y el diseño de los programas de formación. Muchos de los egresados de estos programas ahora son parte del CIPS y se desempeñan como docentes, investigadores, directivos y personal de apoyo a la investigación. De esta forma, la huella que dejaron los fundadores se transmite de generación en generación.

Los maestros fundadores, además de ser docentes y directivos, eran investigadores en el campo de la educación, conocían la importancia de generar conocimiento; para esto idearon la formación de los estudiantes realizando su tesis de maestría en un equipo de investigación con otros estudiantes. Ahora, 36 años después de la fundación, el trabajo en equipos de investigación se ha fortalecido; los docentes-investigadores y los estudiantes generan conocimiento de esta forma. Para colaborar en equipo es necesario entender a las personas, por lo que la visión humanista de los fundadores ha sido muy valiosa.

Durante su vida como investigadora, la línea de investigación de la Dra. Lupita ha sido la *formación para la investigación y la formación de investigadores*, interés investigativo que surgió en ella con el acompañamiento que, como *asesor técnico* de grupo, hizo con la primera generación de la Especialización en Investigación Educativa en 1989. La Dra. Lupita permanecía en clase con los estudiantes como asesor técnico, una especie de tutoría en que el asesor *observa* a los estudiantes en su proceso de formación como investigadores educativos, con el objetivo de conocer de primera mano cómo es su proceso de formación. Su línea de investigación sigue siendo una línea de investigación en CIPS y cuenta con un grupo de docentes-investigadores interesados en la formación para la investigación. Esa es otra huella que permanece.

Entrevistada, en calidad de testigo del nacimiento de la institución, la Mtra. Susana Luna Sierra, sobrina de la Mtra. Estelita, y además, egresada y docente-investigadora del CIPS, narró algo que escuchó hace pocos años, una plática entre el Mtro. Felipe y la Mtra. Estelita. Ambos platicaban acerca de los distintos proyectos en los que habían trabajado juntos por más de 40 años, cuando en un determinado momento de la plática el maestro le dijo a la maestra: “somos cerebro y motor”, sin señalar cuál era cada quién, sino enfatizando cómo su vida había sido trabajar juntos.

A manera de cierre

Como parte de la celebración del Día del Maestro en este 2025, este breve escrito pretende reflexionar en torno a tres docentes que dejaron

una honda huella en quienes hemos pasado por el CIPS. En mi caso, ahí estudié la Maestría en Investigación Educativa y tuve como docentes al Mtro. Felipe y la Mtra. Estelita. De ambos guardo recuerdos, exponiendo con pasión sus ideas en relación con la educación, el trato humanista y el trabajo en equipo.

A la Dra. Lupita la conocí cuando cursé el Doctorado en Educación en la Universidad de Guadalajara; ella fue mi directora de tesis, mi maestra, mi guía, no sólo como investigador, sino también como ser humano. Ella me decía: “Las vacaciones son tiempo de oro”, tiempo para avanzar en la tesis doctoral. Sus textos sobre formación de investigadores han dejado una gran huella en mí.

Cabe señalar que el Mtro. Felipe y la Mtra. Estelita se encuentran con nosotros inmaterialmente.

Maestras directoras que dejan huella

Graciela Soto Martínez

Doctora en Educación. Jefa de Sector Federal Preescolar de la SEJ.
meipe1gsm@gmail.com

Dedicado a las directoras de preescolar,
para ellas este texto, mi admiración y compromiso.

Las directoras son como el alma de la escuela; escribo en femenino porque pertenezco al nivel de preescolar, donde la mayoría son mujeres, aunque aplica para los directores de primaria y secundaria. Ellas y ellos se han apropiado de la escuela; la han hecho suya, la sienten, la llevan consigo, la padecen, piensan, sueñan, la viven 24/7 con todas las implicaciones en su cuerpo, familia y salud.

Aunque tienen nombre propio, se les conoce como “directora”; así las llaman los niños y las niñas, también los padres y madres de familia. Todos saben de su capacidad y poder en una escuela.

Estos magníficos equipos educativos, integrados por directores y directoras que son los que sostienen la estructura, también son el gran vínculo que nos une a la parte de la administración educativa en la Jefatura de Sector y la Supervisión con el equipo docente, las maestras y maestros, así como con la población escolar o comunidad educativa. Personajes claves en las instituciones educativas, por lo que evoco este escrito. He transitado diferentes zonas escolares ejerciendo varias funciones y en la mayoría pude percatarme de que fueron las directoras las que hicieron posible el cambio, fueron quienes gestionaron recursos, infraestructura, innovaciones; tienen el poder de convencimiento o de acción con quienes ellas tratan.

Antes de ser directoras fueron docentes, maestras frente a grupo, pero se encendió la chispa y se generó el deseo de dirigir; fueron como tocadas por la varita encantada o escucharon su voz interior que les pedía crecer o ascender, tal vez alguien sopló un polvo mágico; así, poéticamente, suena muy bien, sin embargo, esta es una decisión de

peso, que una vez tomada se empieza a sentir sobre los hombros una gran responsabilidad.

Por eso quiero reconocer a muchas directoras con las que me ha tocado coincidir a lo largo de la práctica profesional y en las diferentes zonas; si omito nombres es por la extensión de este escrito y además por la pereza de la memoria. Con algunas toca confluír un tiempo; después llegan otras excelentes dirigentes, pero ya no se colabora en el mismo equipo.

He realizado este texto con datos que he recopilado haciendo visitas a los planteles y trabajando con supervisoras y directoras, donde el diálogo es un insumo para aprender de los demás; también se realizó un formulario en el Sector 15 de preescolar que fue contestado por 105 directoras. Las preguntas permitieron abordar algunos temas cruciales como son los logros, reconocimientos, peticiones a la autoridad, así como los retos con los que se enfrentan en la actualidad.

Se busca visibilizar a las directoras, no solo con lo que se piensa, sino con sus voces y expresiones y con lo que sienten y solicitan. Ha sido difícil plasmar aquí las 105 opiniones de las directoras de la consulta; sin embargo, representa el pensamiento de ellas, que ante todo es una maestra que está en la función de dirigir, pero su esencia docente y su amor por la enseñanza permanecen.

Muchas directoras tuvieron la inquietud del ascenso a la supervisión, sobre todo las que lo hicieron por el extinto proceso de boletín. Después, la reforma permitió ascender a docentes directamente a otras funciones; ahora, en la Nueva Escuela Mexicana, es requisito ser directora para llegar a la supervisión. El antecedente de conocer el puesto previo es también formativo. Tenemos así excelentes supervisoras que fueron grandes directoras, que dejaron huella en este trayecto. Este artículo de reconocimiento no las aborda centralmente debido a que merecen tema aparte, aunque sí se les reconoce su trayectoria.

Es importante señalar que en el área foránea de nuestro estado las escuelas se enfrentan al RAM (componente que regula la cantidad de personal que atiende a una escuela de acuerdo a la cantidad de alumnos), lo cual hace que en los planteles pequeños no cuenten con directora; ahí es también de reconocer el trabajo doble de una docente que

atiende su grupo y a la vez lleva el trabajo administrativo que implica una escuela. Se han hecho solicitudes para que esto sea remunerado, aunque se escucha que la petición no ha generado una respuesta positiva. También se ha mencionado que debe bajarse el RAM como una manera de visibilizar la diversidad; tanto se habla de contextos y comunidades diferentes, pero estos estándares se aplican indistintamente.

En cambio, en la zona metropolitana el reto es diferente; la alta cantidad de alumnos en unos planteles hace que las directoras enfrenten otras demandas: atención constante a los padres y madres, activación de protocolos e inseguridad en sus contextos, entre otras cosas.

A las directoras y directores se les prometió un despegue salarial que no ha llegado. Ahora que el poder sindical es notorio en las marchas, es buen momento para solicitar un salario digno para esta función, lo cual es una de las demandas, pero el tiempo avanza y no se logra el mencionado despegue. Las directoras lo expresan:

“En el tema económico, es necesario un despegue salarial significativo para esta función. Es excesiva la carga de trabajo y de responsabilidades que no va de la mano del salario. Es desmotivante que el sueldo sea casi igual al de un docente o intendente, cuando nuestra responsabilidad está muy por encima del sueldo”, Katia (10 años en el plantel y como directora).

“Es necesario el despegue salarial de los directivos, no es equiparable el nivel de trabajo y la responsabilidad que tenemos tanto con maestros, alumnos, autoridades e inmuebles con el sueldo que deven-gamos, además de lo injusto que resulta que seamos responsables de las escuelas y los accidentes que suceden por falta de mantenimiento de las mismas, cuando sabemos que las autoridades se han encargado de decir que las aportaciones de padres de familia no son obligatorias y tampoco se hacen cargo del mantenimiento de las mismas”, Ángela (2 años en la función y 9 meses en el plantel).

Directoras que dejaron huella en mi formación

En Autlán y la Costa, donde inicié como educadora y después como asesora técnica, estuvieron las directoras Dora Saray Meza, Martha

Medina, Elvira Maldonado, Lourdes Cárdenas, Silvia Terriquez y otros nombres que de repente se escapan. Algunas, ya jubiladas, fueron mi primer referente de cumplimiento, me animaron a emprender, pusimos en marcha proyectos ambientales que hasta la fecha han sido programas que dejaron huella, tanto en los alumnos como en la comunidad.

De las compañeras que conocí como supervisora, recuerdo a las inolvidables Lilia Ofelia y Lupita de la zona 185, de las cuales aprendí mucha organización y presencia, en comunidades de alto alumnado que requieren energía, compromiso y estar atentas a todas las dimensiones de la gestión.

En la región Ciénega tengo presente a Gabriela Diosdado, Betty Durán, Fátima, Laura y Anabel; con estas directoras me estrené como jefa de sector y encontré colaboradoras de alto impacto que nutrían los proyectos presentados, como el de las bibliotecas de aula y escuela. Se hicieron los inventarios de los libros, se empezó el préstamo a casa, se formaron los catálogos pedagógicos en relación a los campos formativos.

Directoras que dejan huella

En Tlajomulco, en el Fraccionamiento Real del Sol, encontramos a Margarita Romero Gutiérrez, mejor conocida como Magy. Ella es directora por partida doble: en matutino en el sostenimiento estatal y por la tarde en el federal. Su jardín de niños “Helia Bravo Hollis” es de una extensión grande. Cuando lo entregaron, no estaba bardeado; fueron de esos planteles contruidos para atender la demanda de educación preescolar, con varios módulos de salones, aula de usos múltiples, patios; las áreas verdes colindaban con un área cenagosa y en donde se encontraba un cocodrilo que se desplazaba libremente por estos terrenos. Así, en un municipio metropolitano coexistía un cocodrilo. Ella encabezó la gestión por la construcción de la barda porque el jardín no fue entregado con la misma; las mallas ciclónicas son endebles para contener los robos, así como la amenaza de esta especie. Se hizo presente en cuanto mitin o conferencia daba el gobernador; se llevaba un inflable de cocodrilo. Ella narra: “El gobernador Alfaro dijo que por la cantidad de

metros era muy costosa la obra; ella le contestó: ¿Cuánto vale la vida de un niño? Eso fue decisivo y se aprobó el presupuesto para construir la barda perimetral. Magy no solo ha hecho esta hazaña; ella lleva diferentes programas en su escuela, como los jardines polinizadores, los programas de escuela saludable y otros más. Sus esfuerzos y gestiones han dejado gran huella y sigue protegiendo su comunidad; en eso se siente reconocida. Además expresa que se ha sentido acompañada en su labor, Margarita (7 años como directora y en el plantel)..

Rosa Romero Quintero es directora en San Sebastián, municipio de Tlajomulco de Zúñiga. Ella empezó en la Secretaría de Educación como intendente, estudió la licenciatura y la maestría, logró su plaza como docente y después el ascenso a la dirección. Es una estrategia de alianzas, ha participado impulsando los programas de lectura con la secundaria. Su programa se llama “Mi amigo lector”, en el cual los jóvenes acuden nuevamente al preescolar, no solo a recordar cuando tenían 5 años; vienen a leer. Esto lo han hecho en varios ciclos escolares y de manera constante. Nos menciona que estos alumnos de secundaria antes estuvieron en este preescolar.

Ha participado con empresas y grupos, han limpiado además del arroyo que estaba lleno de basura, esto entre otros programas ecológicos; por ello la Fundación Educa le otorgó un reconocimiento, que ella misma expresa: “Me hace sentir muy orgullosa y me llena de alegría el poder haber sido elegida por Fundación Educa para participar en el Congreso Internacional en julio del 2024; gracias a los proyectos ecológicos que llevamos a cabo dentro del plantel y haber obtenido el quinto lugar en el Concurso Internacional de Escuelas por la Tierra. Esto nos genera un gran compromiso por mantener los logros y por crecer aún más. Estamos muy satisfechos con el trabajo que los niños realizan en el huerto y con la producción de humus que tenemos en nuestra área de lombricultura”. La petición que hace Rosa es que las buenas acciones sean más visibles hacia la sociedad, que, lejos de resaltar los errores, nos apoyemos y reconozcamos el buen trabajo de los compañeros. Rosa (15 años en el plantel y 12 como directora).

En el Sector 15 de preescolar, son dos directoras las que tienen 30 años en la función, Nohemí y María Luisa. Nohemí López Márquez

con una escuela destacada en Real del Valle; tiene toda una vida de servicio y se mantiene joven para seguir emprendiendo. Sus primeros alumnos ahora están integrados en la vida familiar y laboral. Ella nos comparte: “Se ha logrado involucrar a toda la comunidad educativa en diferentes proyectos educativos, siempre buscando la mejora de los aprendizajes de los alumnos. Se ha dado mantenimiento a la infraestructura de acuerdo a nuestras posibilidades. Se organizan planeaciones que favorezcan el desarrollo integral de los alumnos; he tratado de ofrecer una educación con inclusión en un ambiente sano y pacífico”, Nohemí (30 años de directora y 19 en el plantel).

María Luisa Zúñiga, en el centro de San Agustín, con un plantel ejemplar, ha visto a las generaciones de familias pasar por el preescolar y acompañarles en este proceso. Ella es un referente en su comunidad y menciona: “Como directivo trato de realizar al máximo mis responsabilidades y gestiones de necesidades inminentes, las cuales son resueltas con estrategias según se vayan presentando. La comunicación con padres y su participación se logra y se refleja en el trabajo, aunque siempre hay situaciones que se pueden mejorar. La integración de niños con NEE (Necesidades Educativas Especiales) ha sido un gran reto como colaborativo; cada momento se va acrecentando la experiencia y adquiriendo aprendizajes que reestructuran tu función. La importancia de organizar, estructurar, plasmar y evaluar nuestras acciones, comisiones, etcétera, vienen a facilitar nuestra función. Estoy abierta a cambios y aprendizajes de innovación”, María Luisa (30 años de directora y 41 en el plantel).

Además, tenemos directoras que están en ambos turnos; son destacadas líderes, que prácticamente viven en la escuela, tienen edificios conservados y siguen buscando mejorar sus espacios, como María Luisa Zúñiga, de la cual ya se ha mencionado. Martha Beatriz Galván es la directora que tiene más personal a su cargo y la más alta matrícula; ella está en el corazón de Chulavista, es reconocida tanto por el personal que ha colaborado con ella como por las familias, a las cuales conoce. Karla Burgara le sigue, atendiendo alta demanda; es cercana y sensible a su comunidad en Santa Fe. Elizabeth López Hernández en Paseos del Valle se desempeña con alto compromiso; Gabriela Arella-

no, también en Lomas del Sur, tiene una manera asertiva de comunicarse con su equipo de trabajo. Ellas dejan huella en ambos turnos.

Logros de la gestión integral de las directoras

Los logros en una escuela son como los frutos de un árbol; se requiere dedicación y un proceso a menudo largo y complejo. En otros es parte de la persistencia; siempre son trabajos en equipo, pero hay alguien que está a cargo. Es la directora. Algunas compañeras nos comparten este azaroso camino a veces de años.

“No ha sido una función fácil; para mí este puesto me ha hecho crecer, no solo como directora, sino como persona, ya que desde los primeros días quería esforzarme y destacar lo más que pudiera. Mi personalidad es muy perfeccionista y aprensiva y estas características trajeron consigo enfermedades y frustración; poco a poco voy aprendiendo y equilibrando mi actuar. Mi grande prueba fue cuando la escuela presentó problemas de infraestructura y nadie nos hacía caso. Fueron tres años haciendo gestiones, trabajando en un local feo y peligroso, pero al fin nos llegó nuestra recompensa y ahora contamos con un jardín de niños nuevo y digno para el alumnado”, Sinthia Noemí (10 años en el plantel y 6 como directora).

“En infraestructura, pues la escuela es de las más equipadas de la zona porque se trabajaron varios ciclos con escuelas de calidad y se ha recibido apoyo y aportaciones voluntarias de parte de los padres de familia. La relación con los padres de familia integrantes de los varios comités siempre es muy cercana; se les brinda la confianza para que cumplan sus funciones y así poder beneficiar a los alumnos y se reciben propuestas y opiniones de toda la comunidad educativa en general, siempre y cuando sea para lograr las metas y objetivos que cada ciclo nos proponemos”, Luz María (19 como directora y 17 en el plantel).

“Con la comunidad estoy en comunicación con el director de la primaria y secundaria, así como con el delegado y el centro de salud. Con este último hemos realizado la feria de la salud, en la cual hemos tenido excelente respuesta, lo mismo con las jornadas de vacunación e higiene bucal... Me falta mucho por aprender y seguir cosechando

logros, como dicen por ahí: Aceptó los errores para no repetirlos y los logros para mejorar...”, Perla Marisol (13 años en el plantel y 7 como directora).

“En lo pedagógico he tenido la oportunidad de dar seguimiento y acompañamiento a los docentes dentro de su práctica docente para lograr una mejor educación de excelencia. En cuanto a la infraestructura, ha sido un gran reto porque desde que llegué a esta escuela me encontré un edificio vandalizado, saqueado, olvidado, inseguro, con muchos detalles a mejorar y durante estos tres años lo hemos levantado gracias al apoyo principal de los padres de familia, así que la relación con ellos es buena y de ayuda mutua. La Secretaría de Educación dice que es su inmueble, pero no se hace cargo de los gastos que su inmueble genera”, Miriam (3 años como directora y en el plantel).

“En relación de la comunidad y los padres de familia, cuando llegué, inicié conociendo el contexto de la comunidad de padres de familia y alumnos, ya que, aunque trabajaba como educadora muy cerca, los contextos cambian mucho, así que he aprendido a ser empática con los padres de familia tomando en cuenta el contexto. También con el apoyo del sector dejamos una marca para que algunos padres siguieran estudiando y obtuvieran un certificado, y cuando veo que hay padres de familia que necesitan ese apoyo, los mando con una de las personas que trabaja en el programa de educación para adultos”, Isis Malinaly (8 años de directora y en el plantel).

El reconocimiento, clave para seguir adelante

Es difícil en educación que se te reconozca; le sucede a pocas personas. Todos estamos inmersos en el camino del hacer, del individualismo, de las demandas, de lo que toca, de lo urgente, pero no hay algo intencionado para reconocer. Es algo ausente. Por ello es importante detenernos para valorar lo hecho y sentirnos reconocidas. Cuántas historias en las cuales las directoras han hecho la diferencia, como las siguientes:

“Cada vez que termina una generación, me siento parte de sus logros, cuando logramos resolver una situación difícil dentro del plan-

tel, cuando se felicita a mi personal al observar el entusiasmo y su compromiso”, Karla (10 años en la función y en el plantel).

“Me siento feliz cuando recibo a los alumnos por las mañanas y me dicen: buenos días, directora. Al recibir elogios después de un evento cultural, entrega de evaluaciones, elogios que consideran el trabajo realizado (en expresiones como: felicidades, estuvimos muy contentos..., estamos agradecidos con la maestra de mi hijo por cómo los atiende y por su responsabilidad...) reconocida: cuando el colectivo me involucra en el visto bueno de sus actividades, eventos y decisiones, al recibir a padres de familia en dirección, que me abordan en el patio y se dirigen con respeto y educación”, Amparo (10 años de directora y 3 en el plantel).

“Los logros en los alumnos y conocer que algunos ya son profesionistas y me hacen de su conocimiento, me llena de felicidad y orgullo”, Martha Elena (15 años de directora y en el mismo plantel).

“Siempre me he sentido feliz y satisfecha, ya que cuento con un excelente personal y una comunidad comprometida. He sido muy feliz todos estos años por el trato que se me ha dado”, Silvia (14 años de directora y en el plantel).

“Cuando tenía casi 4 años de encargada de dirección, salió una convocatoria en la que había posibilidad de obtener la clave de directora mediante la entrega de evidencias de la función, las comisiones emitidas por la supervisora y el examen de la permanencia. Participé en la convocatoria y obtuve el segundo lugar a nivel estado en el subsistema federal. Yo tenía 8 meses de embarazo y no pude viajar a la Ciudad de México a recibir mi reconocimiento por parte del Presidente de la República, pero obtuve mi clave definitiva como directora a partir del 16 de febrero del 2016. En 2018, cuando me cambié de zona, mis compañeras, mi supervisora y directoras de la zona me organizaron una despedida hermosa, con mariachi, bailes de los alumnos; invitaron a excompañeras, exalumnos y a mi familia: mi esposo, mis padres, mis hermanos. Realmente me sentí feliz, reconocida y muy conmovida de ver el cariño que me demostraron todos”, Jazmín (12 años de directora y 7 en el plantel).

“Una de esas situaciones en las que se engloba de todo un poco fue cuando tuvimos a un niño invidente que estaba al cuidado de su

abuelita, ya que su mamá lo había abandonado con otros de sus hermanos. La abuelita traía al hermano (que es su gemelo) al preescolar, pero a él no, ya que en la ignorancia de la abuela, el niño no tenía que venir a la escuela porque estaba ciego, a lo cual le expliqué los derechos de su nieto y la importancia de la inclusión. Afortunadamente, lo inscribió y con ello llegó una lluvia de oportunidades de aprendizaje para toda la comunidad escolar; se buscaron apoyos municipales y del CRIE para el niño y su familia. Aun cuando fue un trabajo colaborativo y el reconocimiento fue para todos, yo me sentí satisfecha por hacer mi labor como directivo y para mí es mejor que cualquier reconocimiento externo”, Fátima (8 años de directora y 11 en el plantel).

Los retos que enfrentan las directoras

El reto es expresado como las dificultades inherentes a la práctica, es lo complejo que se vive en una función que tiene tantas dimensiones; se requiere de pensamiento crítico, de práctica reflexiva para no dejarse apabullar por la realidad. Las directoras se van forjando en cada conflicto, en cada ciclo escolar, ante los retos que ellas mismas manifiestan así:

“Con la descarga administrativa, nos limita en los tiempos porque existe demasiada carga administrativa para el directivo y se deja en segundo plano el acompañamiento en el aula con el docente. Además, todo lo que se atiende día a día con los alumnos y padres”, Angélica (12 años de directora y 9 en el plantel).

“Actualmente, estar frente a grupo y dirección es lo más difícil y retador. Me es difícil atender ambas funciones y no descuidar ninguna tarea, sobre todo no fallarle a mis alumnos. Otro aspecto que he venido notando es la saturación y carga administrativa-pedagógica excesiva, tanto para directivos como para docentes... En cada ciclo se incrementa más el trabajo, así como las responsabilidades”, Claudia (13 años en el plantel y 7 como encargada).

“Más organización, que todo lo que se tenga que hacer,, juntas y capacitaciones que sea pedido con mayor anticipación o ya calendarizados”, Elizabeth (24 años como directora y 14 en el plantel).

La inclusión de alumnos con neurodivergencias y trastornos del neurodesarrollo. Mejora, innovación y estrategias para las prácticas docentes y su intervención. Buscar formas en las que los padres de familia se involucren en los procesos de sus hijos. “Equilibrar el área administrativa y la labor docente en el aula para que el docente dé su mejor versión en su práctica”, Pamela (10 años de directora y 8 en el plantel).

Solicitudes y sugerencias para la autoridad educativa

Las directoras tienen experiencia tanto en la función como en los años de servicio; tienen los dos saberes, el del conocimiento de un sistema que es operado por las administraciones federal, estatal y local, así como el saber del sitio, de lo que se vive en el día a día. Son dignas de ser escuchadas; con ellas se puede renovar nuestro sistema y lo que ellas le plantean a la autoridad es lo siguiente:

“Que se reconozca nuestra labor e importancia de nuestro cargo con un salario digno”, Angélica (9 de directora y 6 años en el mismo plantel).

En las escuelas particulares no percibimos los mismos sueldos que en las públicas; sin embargo, en ocasiones, al subirles a ellos, también nos suben a nosotros. Entonces me gustaría que hubiera salarios dignos a la función y, sobre todo, a la responsabilidad que conlleva cada una de nuestras funciones. Ivonne (1 año de directora, 3 en plantel).

Sí me gustaría que el Estado proporcionara o dotara de infraestructura segura o que ofreciera mantenimiento periódico a las escuelas para que la infraestructura no se deteriore, Citlali (8 años como directora y 17 en el plantel).

“Que sean más comprensivos con los docentes en general y que no nos culpen de todo; en ocasiones las soluciones de problemas que surgen no están en nuestras manos. En resumen, que nos apoyen y defiendan”, Luz María (19 años en la función y 17 en el plantel).

“Se requiere mayor apoyo en situaciones donde haya procesos legales, tener buena orientación. Las autoridades deben tener mayor compromiso y responsabilidad con el buen funcionamiento de los

planteles. Ya que nos dejan todo a los directivos”, Araceli (11 años en el plantel y 10 de directora).

“Considero que la formación como directores no es tomada en cuenta; falta mucha capacitación en diferentes rubros en el marco legal, de habilidades tecnológicas, de resolución de conflictos y de liderazgo, entre otras. Lo que he logrado aprender ha sido autogestivo y la verdad, los primeros años hubo oferta de diplomados, después ya no se dio seguimiento”, Ivette (10 años como directora y 2 en el plantel).

“Que el consejo técnico fuera un poco más libre para realizar actividades que tenemos en el plantel, claro, sin olvidar nuestro deber ser de maestro”, Rocio (1 año como directora y 12 en el plantel).

“Que me apoyen a revisar la infraestructura de la escuela, ya que requiere mucho la intervención de INFEJAL. Que nos den espacio para tener más tiempo para las cuestiones pedagógicas. Que nos brinden un pago que sea digno de todo lo que como directores realizamos”, Fenkia (6 años de directora y 2 en el plantel).

“Que haya un reconocimiento tanto económico como personal por mi doble función, ya que durante 13 años que llevo haciéndolo nunca se ha reconocido. También que las autoridades no sobrecarguen de responsabilidad por las situaciones que no están al alcance de nuestras manos”, Nallely Adriana (13 años de encargada y 15 en el plantel).

Aún quedan muchas peticiones por hacerle a la autoridad y esperamos que haya capacidad de escucha en esta nueva etapa. Que se siga escribiendo la historia de las directoras que merecen un galardón, por las veces que van en contra del sistema, por engrandecer sus planteles, por tratar con tacto y sensibilidad a los padres y madres de familia, por conocer que lo central en las prácticas son los niños y niñas.

Ante cualquier situación, la supervisora llamará a su directora para desplegar su acción, también en la escuela, ya que se acude a ésta para impulsar cualquier mejora o atender alguna problemática.

Que este Día del Maestro celebremos también a las directoras, que practican la corresponsabilidad de manera continua, lideran el proceso educativo, promueven el desarrollo de los docentes y dejan huella profunda en los niños y niñas, así como en su comunidad.

Filomeno Gómez Muñoz, maestro rural comprometido con las causas sociales

Griselda Gómez de la Torre

Doctora en Ciencias de la Educación. Inspectora General de Sector Educativo Preescolar núm. 5 de la Secretaría de Educación Jalisco.
griseldagomezdelatorre68@gmail.com

“Hay hombres que luchan un día y son buenos.
Hay otros que luchan un año y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.
Pero los hay que luchan toda la vida: esos son los imprescindibles”.
Bertolt Brecht

El maestro Filomeno Gómez Muñoz nace el día 14 de noviembre del año 1939, en el centro de la región de Los Altos de Jalisco, en el municipio de Tepatitlán de Morelos, donde se le recuerda con admiración y respeto.

Sus padres fueron el señor José Gómez Gómez, hombre recio, respetado, dedicado a las labores del campo, y la señora María Ventura Muñoz de la Torre, mujer cariñosa, amable y laboriosa, dedicada al hogar y ambos preocupados por el progreso de la familia. Cuarto hijo de una familia humilde con limitaciones, como falta de vacunas, medicinas y alimentos. Sus hermanos: Antonio de oficio ganadero, María de Jesús, Ramona y Mercedes dedicadas al hogar, Celia religiosa, J. Guadalupe contador privado, María Ventura dedicada al hogar, José (fallecido en la adolescencia), Elisa y Roberto profesores de educación primaria.

Adolescencia: el despertar

Siendo Filomeno un adolescente, sus padres tomaron la determinación de enviarlo a estudiar a la cabecera de Tepatitlán de Morelos, Jalisco, cursando primero y segundo grado de primaria en 1950-1952 en la Escuela Primaria “Juan Escutia” de su tierra natal. Por cambio de do-

micilio, cursa el tercero en la Escuela Rural “Benito Juárez” del Ejido de Calderón, Municipio de Acatic, Jalisco.

En 1953 ingresa a lo que es hoy el Colegio “Patria” de Zapotlanejo, Jalisco. Cursando cuarto, quinto y sexto grado de primaria. Destaca aquí la figura del profesor Juan Sánchez Cornejo, su maestro de quinto y sexto grado. Lamentablemente, esta institución no estaba incorporada ni al estado ni a la federación, razón por la cual no pudo certificar sus estudios. Se hizo necesario inscribirse en 1957 en la Escuela Urbana Foránea 125 de Tepatitlán de Morelos, Jalisco, y en junio de 1958 recibe su certificado de educación primaria.

En 1959 se presenta al Servicio Militar Nacional, llegando a ser sargento segundo para apoyar a la formación de los conscriptos del municipio de Acatic, Jalisco. En este mismo municipio funda un centro de alfabetización en la comunidad La Resolana para atender a menores y adultos, llegando a lograr hasta 72 alfabetizados. Este hecho lo hizo merecedor de una constancia de servicios educativos para ingresar al Instituto Federal de Capacitación del Magisterio y en el flamante edificio del CREN de Ciudad Guzmán, Jalisco, en el que durante los meses de julio y agosto de 1961, realiza un curso intensivo para recibir de manos del profesor Adrián Zamora López, de feliz memoria, la certificación del primer grado de secundaria.

Teniendo en cuenta el reto de ofrecer respuestas de sus alumnos y de la enorme responsabilidad de su misión educadora, se inscribió en la Agencia núm. 13 del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio (IFCM) en Guadalajara, Jalisco (hoy CAM Guadalajara), para continuar estudiando la secundaria atendiendo simultáneamente su centro de alfabetización.

Desempeño profesional

En el ciclo escolar 1963-1964 se inscribió en la Escuela Normal por correspondencia del IFCM y el primero de enero de 1964 es aceptado por la Dirección Federal de Educación Primaria en el estado para cubrir interinamente una plaza federal atendiendo las comunidades de Loma de Tejeda y Santa Cruz de las Flores del municipio de Tlajomulco de

Zúñiga. Durante el ciclo escolar 1964-1965, cubrió esta misma plaza en la comunidad de El Castillo y El Salto de este municipio. Terminado los estudios de Normal, presentó el examen profesional, resultando aprobado por unanimidad, el 19 de agosto de 1966; aquí fue donde pasó uno de los mayores momentos de su vida, al participar en el acto de graduación que se realizó en el Teatro Degollado de Guadalajara. Fue presidido por el gobernador del estado, el Licenciado Francisco Medina Ascencio, y con la presencia del Profesor Víctor Gallo Martínez, Director Nacional del IFCM, quienes le entregaron el título de Profesor de Educación Primaria a los alumnos graduados.

El día 14 de febrero de 1967 recibió el nombramiento de maestro de grupo y encargado de Dirección de la Escuela Rural Unitaria “Melchor Ocampo” de las comunidades de Peñitas y Las Truchas, del municipio de Cihuatlán, Jalisco; a la cual llegó después de caminar 4 horas a caballo, cruzando el río Marabasco que divide a Jalisco de Colima. Ahí empezó la prueba de fuego, como el oro al crisol; había aproximadamente 50 alumnos en un aula techada con palmas. Los asientos para los alumnos eran tablas de madera aserrada, puestas sobre horcones clavados en la tierra suelta.

Comenzaron las clases multigrado en el turno matutino, las reuniones con padres de familia, las horas de alfabetización adolescentes y adultos en vespertino y claro, los deportes y las actividades físicas y sociales, la misión del docente rural con el firme compromiso de transformar el medio comunitario buscando mejorar la infraestructura y generar gestiones para hacer realidad el movimiento de voluntades y lograr vías de comunicación hacia la comunidad; por lo que en un fin de semana asiste a Manzanillo, Colima a entrevistarse con el representante de una empresa del puerto para gestionar presupuesto para el camino de terracería y así lograr comunicar la comunidad con la cabecera municipal de Cihuatlán y las comunidades de Agua Escondida y El Bonete con Peñitas y Las Truchas.

De regreso reunió a los ejidatarios que tenían 30 parcelas cultivadas con plátano, previendo que tenían la mejor cosecha del temporal y que, de llegar la temporada de lluvias, se perdería por falta de transportación. Convinieron en aportar \$1000 por parcela y vendieron por anticipado dicha cosecha para reunir el costo de la terracería. De

esta manera, en el mes de junio, al final del curso escolar, ya se podía llegar en vehículo desde las comunidades hasta Cihuatlán.

Al poner en servicio la terracería, se invitó al presidente municipal y a la diputada federal por el distrito, Lic. Guadalupe Urzúa, y se les pidió intervención para la construcción de la escuela. En los primeros días de enero de 1968 llegó por fin un camión de carga del Comité Administrador del Programa Federal para la Construcción de Escuelas (CAPFCE), con la estructura metálica para la construcción de dos aulas y sus muebles.

Por estas fechas contrajo matrimonio con la señora Eduwiges de la Torre Camarena, quien se ganó a pulso el título de maestra, pues se incorporó a los trabajos de la comunidad con las brigadas de salud; enseñando a las mujeres jóvenes y a las alumnas de la comunidad en la confección de manualidades y tejidos para el mejoramiento de la comunidad.

De Cihuatlán se cambió a La Huerta, Jalisco, y de ahí por permuta a San Ignacio Cerro Gordo, en aquel entonces perteneciente al municipio de Arandas, Jalisco. Participó en la fundación de la Escuela Secundaria “Salvador M. Lima” y en la Escuela Secundaria por Cooperación de Capilla de Guadalupe, del municipio de Tepatitlán de Morelos, Jalisco.

En el ciclo escolar 1972–1973 llegó por cambio a Zapotlanejo, Jalisco, laborando en las comunidades de San Roque y San José del Río de este municipio.

En 1974 asciende a Director, ubicándolo en la Delegación de Santa Fe del Municipio de Zapotlanejo, aquí logró la donación de una hectárea de terreno y promovió la construcción de ocho aulas y anexos para la población de la Escuela Primaria “José María Morelos” de Santa Fe, municipio de Zapotlanejo, Jalisco.

Se inscribe en el Plan 1975 de la Universidad Pedagógica Nacional SEAD número 142 de Tlaquepaque, Jalisco, y presenta su examen profesional el 26 de julio de 1989 para obtener el título de Licenciado de Educación Primaria en febrero de 1982. Fue cuando ascendió a Supervisor de Zona Escolar, apoyado por los maestros Carlos Augusto Garcés Espinoza y Tomás Vázquez Vigil, siendo enviado a desempeñar este trabajo en los municipios de Villa Purificación, Jalisco.

Para llegar a la cabecera municipal después de Casimiro Castillo, había que recorrer 16 km de terracería para luego visitar 35 escuelas

rurales diseminadas por todo el vasto municipio. De sobra es decir que había que utilizar varios medios de transporte para el desempeño de la función, desde vehículos motorizados a donde se podía llegar cruzando vados y otros riegos, hasta dos o tres horas al lomo de bestia. Después de 4 años de intensa labor en los centros de cooperación pedagógica, visitando a las escuelas, festivales cívicos, torneos deportivos, en 1986 le otorgan cambio de zona escolar al municipio de Zapotiltic, Jalisco, y en 1989 regresa a Zapotlanejo para hacerse cargo de la Zona Escolar 160.

Sabedor de que para abordar eso que llamamos conocimiento útil para la vida, se ocupa del factor maestro-alumno, para lo cual forma un equipo de trabajo en el que participaron el jefe de sector educativo 24, Mtro. Marco Antonio Medina Estrada, el Asesor Técnico Pedagógico, profesor José Andrés Espinoza Magaña y varios profesores y profesoras de grupo desarrollan un plan de trabajo que contemplaba, en lo material, la fundación de dos escuelas más, porque había población con alumnas y alumnos sin atender en las comunidades de La Loma y La Cruz; o en lo técnico-pedagógico se desarrollaron distintos programas favoreciendo la educación de calidad.

Uno de los que desarrolló con éxito fue la propagación y ejecución del programa para abatir el rezago educativo de educación primaria, en el que se logró el reconocimiento de las autoridades superiores. Como resultado del mismo, enviaron un vehículo oficial para la supervisión y estímulos económicos para las profesoras y profesores participantes, además de recursos para el mejoramiento de los edificios escolares de las 16 escuelas rurales de la zona escolar y la construcción de seis aulas en la comunidad de La Loma y otras seis en La Cruz, ambas del municipio de Zapotlanejo, Jalisco.

Política educativa civil y sindical

Como estudiante del IFCM, se desempeñó en varios cargos en la distribución de los libros de texto que esta institución editaba para los alumnos de la Escuela Normal por correspondencia, también en la elaboración de guías de estudio, fue jefe de estudio y secretario de organización del comité de generación.

Se desempeñó como secretario de la Unión de Inquilinos y posteriormente secretario general del Comité Municipal de la Confederación Nacional de Organizaciones Populares de Zapotlanejo, Jalisco.

Promueve la adquisición y posterior escrituración de poco más de 100 lotes para los otros tantos inquilinos que el grupo formó y urbanizó el Fraccionamiento de San José del Río de Zapotlanejo, Jalisco. Fue Secretario y Síndico del H. Ayuntamiento de Zapotlanejo, Jalisco, y en 1979 Tesorero Municipal.

Participación y estímulos

La educación primaria recibida en lo que hoy se llama “Colegio Patria” de Zapotlanejo le sirvió como plataforma de lanzamiento para su vocación de maestro, quien fue galardonado con la medalla de excelencia, máximo reconocimiento para los alumnos de esta institución educativa.

El 15 de mayo de 1996, en la celebración del Día del Maestro, el profesor Filomeno Gómez Muñoz recibió por 30 años de servicio educativo la medalla “Rafael Ramírez” en el recinto de El Teatro Degollado de Guadalajara, Jalisco. Con este nuevo estímulo se inscribió en el Sistema de Superación Magisterial en la sede Escuela Normal Superior de Jalisco, en el que cursa y termina el programa de Maestría en Educación con Intervención en la Práctica Educativa.

En la participación sindical, fue secretario general de la delegación D-I-73 de la Sección 16 del SNTE y asistió como delegado efectivo al congreso extraordinario de la propia Sección celebrado en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, los días 23 y 24 de enero del 2004.

En el Maestro del año 2006, fue condecorado con la medalla “Manuel Altamirano” por 40 años de servicio educativo. Toma la determinación de retirarse a la vida privada después de haber realizado un trabajo de entrega y compromiso ético-social-político en las comunidades educativas en las cuales desempeñó su labor educativa. Después de 43 años de servicio educativo, decide jubilarse el 31 de diciembre del 2010.

El compromiso ético y personal no concluye al cerrar la etapa profesional, actualmente, el Mtro. Filomeno Gómez Muñoz, a sus 86 años de vida, continúa siendo parte fundamental en la comunidad en la que vive, participando en acciones de mejora y mostrando su entrega con conciencia de clase por la mejora de la comunidad.

No es un adiós...

Abelardo Carro Nava

Maestro en educación. Docente de la Escuela Normal “Profesora Leonarda Gómez Blanco” de Tlaxcala, Tlaxcala. lalitonan8@gmail.com

Con el transcurrir de los años, la docencia adquiere un sabor diferente. La nostalgia de aquellos años mozos invade nuestra mente y alma, porque las imágenes una y otra vez se convierten en recuerdos. No es para menos dedicar cuatro décadas ininterrumpidas con total entrega a una labor que, con el transcurrir del tiempo, se ha desvalorizado en demasía; no es nada sencillo; mejor aún, mantener una trayectoria intachable, sin un ápice sombrío que empañe el quehacer en las aulas y en las escuelas, es digno de admirarse y reconocerse. Espero que estas líneas puedan ser un homenaje que colabore en esto que refiero.

Las primeras generaciones, los primeros centros educativos, los primeros años de servicio. Todo un cúmulo de historias que darían para escribir algunos libros cuyo contenido sería un magnífico tesoro para quien busque sabiduría y las mejores prácticas educativas. ¿No acaso la docencia se nutre de aquellas figuras que, con su andar, dejan una profunda huella en las personas que alguna vez tuvieron la oportunidad de escuchar algunas de sus lecciones, emplear algunos de sus materiales o, simplemente, escuchar algunos de sus buenos consejos?

Es cierto, el cúmulo de experiencias se convierte en un excelso conocimiento, tan necesario en estos días, donde la vida transita a pasos agigantados y la escuela parece haberse detenido en el tiempo. No obstante, e independientemente de este letargo, ahí se encuentran ellas y ellos, mujeres y hombres cuya convicción y vocación resulta por demás encomiable. Son una suerte de superhéroes que logran lo inimaginable en momentos donde la superficialidad e inmediatez cobran fuerza debido al uso constante de los medios de comunicación y la practicidad con la que los padres de familia ven en la escuela a una guardería.

–¡Cómo han pasado los años! –me dijo esa maestra con esta nostalgia que conocemos muy bien los que nos adentramos en estos misteriosos caminos de un puerto llamado docencia.

Sí, cómo han pasado los años, en un abrir y cerrar de ojos la vida se dibuja y desdibuja mientras se aproxima el impostergable adiós tan temido y no sé si tan esperado. Un adiós que marcaría el fin de ese transitar por aquellas veredas llenas de tropiezos y de sueños.

¿Cuántos de nosotros no habremos escuchado aquellas palabras que hablan de una jubilación inminente? A veces con pesar, pero otras con la lucidez que muy probablemente se requiere para tomar una decisión de tal envergadura, se convierten en palabras que nos hacen pensar y repensar el camino andado, sabedores de que el día de mañana llegará nuestro momento. El momento nunca proyectado. ¿Quién en su sano juicio, en la firma de su contrato o nombramiento, podría siquiera imaginar el día en que se jubile?

–¡Pero mira qué cosas, cuánto has logrado *con tus niñas y niños!* –le dije, intentando con ello reconocer todo lo que había hecho en esos cuarenta años de servicio, a sabiendas de que no había palabras que logran ese cometido.

No dijo nada; ella siempre ha sido una mujer de pocas palabras y más si de su quehacer se trata.

Ahora que menciono esto, y también lo pienso, siempre fueron los hechos los que marcaron su camino.

¿Cómo olvidar aquellos momentos cuando de las manos de mi madre la veíamos participar en esos encuentros normalistas donde comenzó toda esta increíble aventura? ¿Cómo olvidar las preocupaciones de mi madre o padre porque su hija se había ido a realizar sus prácticas profesionales quién sabe a dónde? Y luego, la asignación de su plaza. El momento más esperado, pero también el más temido, porque en aquellos años los nombramientos se daban fuera de su lugar de origen; al fin de cuentas, recién había egresado. Afortunadamente, su buen promedio la llevó a ocupar un lugar en alguna de las rancherías de su estado, nuestro estado.

Recuerdo con verdadera admiración y aprecio cómo, desde el primer día, su entrega y compromiso fue total. Dicen que hay perso-

nas que llevan la vocación en la sangre y mi hermana es el más claro ejemplo.

Casi siempre en primero o segundo grado, pero nunca le pregunté, y creo que nunca lo haré, el porqué de esa decisión. Seguro estoy de que un ángel siempre acompañaba sus pasos y que ese mismo ángel le tendía sus brazos para que acompañara el andar de sus pequeños con el trato afable y la dulzura que siempre impregnaba.

Cómo no recordar aquellas imágenes de ella, ya sea acostada en el piso boca abajo realizando algún material o sentada leyendo un libro; siempre preocupada y ocupada por el aprendizaje de sus niños.

Es curioso, pero nunca le he dicho que cientos o miles de veces la he puesto de ejemplo con mis alumnos, futuras maestras y maestros: *Miren jóvenes, yo conozco a una maestra que, con todos sus años de servicio, siempre está haciendo o pensando en algo para sus chicos. La edad y los años de servicio son eso, una unidad del tiempo que marca grandes destinos. Ustedes habrán de definir el suyo y el cómo quieren que las y los vean sus alumnos.*

Tengo claro que en unos años más habré de tomar la misma decisión que esta extraordinaria maestra. Encontrarme o no preparado es algo que no he pensado, porque siempre nuestro padre nos inculcó que la vida es un instante, y el instante para decir adiós parece que le ha llegado.

A diferencia de ella, de esta formidable maestra, yo no creo que se trate de un adiós definitivo a su carrera, que para muchos es su vida entera; la docencia, ese constructo inacabado nos lleva por otros senderos en los que habremos de seguir enseñando y aprendiendo. No tengo la menor duda: aquí, allá o acullá, siempre habrá el momento preciso para seguir enseñando, y ella lo seguirá haciendo, porque me consta que ama su carrera.

No, no es decir adiós; la escuela o las escuelas en las que transitamos a través de los años guardarán un pedazo nuestro. Por ello creo fervientemente que jubilarse es emprender un hermoso camino hacia otra institución que puede ser llamada familia o la vida misma; en cualesquiera de los casos, no existe un adiós ni un hasta pronto, porque

la inmortalidad solo se logra y se mide a través del reconocimiento de nuestros mejores jueces: nuestros alumnos.

Seguro estoy de que cientos de ellos recordarán con verdadero aprecio a la maestra Laila. Su legado se quedará grabado con enormes letras grandes de oro, porque sin lugar a equivocarme, ella, esta maestra, es un gran tesoro.

Con admiración y amor inmenso, hermana.

El Leónidas de Cantabria

Luis Christian Velázquez Magallanes

Licenciado en Filosofía. Profesor en la Escuela Secundaria General núm. 59 “Francisco Márquez” de la SEJ. chris-brick@hotmail.com

Luis Casar Gómez nació en Mirones, una comunidad de Cantabria, Santander en España, el día 4 de diciembre de 1927 y pertenece a ese grupo de maestros que influyeron en dos ámbitos: el deporte y la cultura. El maestro Casar encarnó el ideal de la Grecia clásica en su máxima expresión: *Mens sana in corpore sano*.

Por tal razón, Luis Casar, invadido por los ideales griegos, se dedicó a ejercitar y preparar su cuerpo para asemejarse a los atletas de la época clásica. El Leónidas de Cantabria logró su cometido y, en 1955 en Barcelona, se erigió como campeón español en los 100 metros planos con un tiempo de 11.3 segundos. El primer objetivo estaba cubierto.

Luis Casar no solo se preparó para ser un atleta destacado; tenía claro que también era necesario desarrollarse intelectualmente y, por eso, devoró libros de filosofía clásica griega, teatro contemporáneo y demás autores que fueran relevantes para comprender el mundo, ese espacio que se mostraba como ajeno, pero era necesario interpretarlo y saber qué hacemos en él.

Por alguna razón, seguramente la explicación se encuentra en la enorme llegada de españoles a nuestro país atraídos por la idea de estar en una nación emanada como una extensión de la suya o, quizá también, por la necesidad de vivir travesías como las de Odiseo y los argonautas. Dejó el terruño y desembarcó en Guadalajara.

La migración española trajo a muchos intelectuales que dieron rumbo a la cultura del país; prueba de ello es la consolidación del prestigiado Colegio de México, el Fondo de Cultura Económica y, desde luego, el incremento del nivel académico de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Instituto Politécnico Nacional.

Luis Casar llegó a la ciudad de Guadalajara y, desde su arribo, inició su labor como maestro. Su talento como atleta lo implementó en la preparación de corredores jaliscienses en el tartán de la Unidad Deportiva Revolución. Su disciplina y metodología propiciaron que varios atletas destacaran en competencias nacionales. En el año 2010, recibió, por parte de la Federación Jalisciense, un reconocimiento por sus cuarenta años de trayectoria e influencia en los atletas estatales.

La segunda gran influencia del maestro Casar se encuentra en la cultura. Fue promotor del teatro experimental en el estado y de la filosofía presocrática, del pensamiento de José Ortega y Gasset y de la reflexión ontológica. Además, hablaba de la relación de amistad que sostenía con Julián Marías. Empezó su labor como catedrático en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Guadalajara.

Hablaba con tal pasión del pensamiento de Ortega que lo presentaba como su gran mentor; la realidad era que, a pesar de que la mayoría creía que había estado en las aulas con él, nunca había recibido una sola clase del filósofo español. Él se concretaba a decir que se le debe considerar maestro o mentor a aquel que, con su hacer o pensar, nos enseña cómo debemos ser o qué debemos hacer.

Cuál caballeros andantes, avanzaremos en esta aventura manchega, por el pensamiento filosófico. Así solían empezar las clases más memorables.

El maestro Casar era meticuloso en la reflexión, no permitía huecos en el hilo argumentativo. Sus clases, reflexiones profundas que daban cuenta de la historia del pensamiento presocrático o de la ontología, se encontraban en unos apuntes que leía sigilosamente; la exposición, a manera de lectura en voz alta, manejaba entonaciones, acotaciones y silencios precisos que permitían la comprensión de cada idea, argumento o pensamiento. Al terminar, metía sus hojas en una carpeta y esperaba las preguntas sobre lo expuesto. La segunda parte, la ronda del intercambio de ideas, indudablemente era la más significativa.

La interacción del maestro con sus alumnos estaba llena de respeto, generosidad y amor por la sabiduría; la ronda de preguntas tenía como estructura el diálogo socrático porque solo a través de la confrontación de ideas, mediante la argumentación y contraargumentación, se podía conocer la verdad. El maestro Casar enseñó a todos sus alumnos a pensar con sentido y orden.

Las charlas de pasillo eran un deleite; ahí, como buen conversador y difusor de ideas, Casar recomendaba libros y autores que consideraba que se debían revisar. *Miren, si quieren entender el problema del arché en la filosofía clásica griega, deben leer Kirk, Raven y Guthrie, pero en editorial Gredos, porque aunque no lo crean, la calidad en la traducción importa.*

Las aristas de la traducción permitían a Casar explicar la necesidad de ser precisos con el lenguaje; mostraba cómo se debía respetar la exactitud de las ideas del pensador al trasladarlo a otra lengua. Esta minuciosidad fomentó en cada uno de sus alumnos la comprensión de conocer más y mejor el idioma para poder pensar más y con mayor precisión. *Quieren saber más, propóngase leer por lo menos un libro semanalmente.*

Casar, aunque a veces no pareciera, era un verdadero filósofo porque, al estilo socrático, su principal preocupación se encontraba en desentrañar qué es eso que llamamos Hombre. Nos explicó el ser para la muerte, el ser y su circunstancia y cualquier otra idea que estuviera relacionada con la explicación de qué somos y cómo debemos entender nuestra existencia.

En diciembre de 2024, un día previo al onomástico noventa y siete, Luis Casar partió a la eternidad. Sé que la reflexión de toda su vida lo preparó para ese momento, *la muerte es cierta, pero la hora incierta*; sus lecturas eran una incesante búsqueda del sentido de la existencia y su encuentro con el ser ahí destinado a la muerte, originó la necesidad de la trascendencia a partir del desarrollo de su cuerpo y de su mente, pero su generosidad era tan grande que, al decidir ser maestro, anhelaba que los demás encontráramos nuestro ser y comprendiéramos nuestras circunstancias. Nos enseñó a cuidar el tiempo y alejarnos de todo aquello que nos distraía.

Gracias, Casar, debes saber que, preparaste a muchos para continuar con los ideales que nos enseñaste. Seguro estoy de que hay más de uno que sigue recordando tus enseñanzas tomando agua de jamaica sin azúcar.

El mejor hermeneuta: Juan Fernando Espinosa Chávez

David Lozano González

Maestro en Investigación Educativa. Profesor jubilado de la Escuela Secundaria Mixta núm. 36 y de la Escuela Normal Superior de Jalisco. david.lozano@ensj.edu.mx

Al Centro de Maestros de la Escuela Normal Superior de Jalisco llegué un día nueve, del mes nueve, del año de 1999. No me hubiera imaginado que estaba por empezar una etapa laboral muy gratificante, sino que, además, comenzar una amistad con Juan Fernando Espinosa Chávez (1960-2023), quien fue el Coordinador Académico, en ese entonces, del espacio mencionado.

Las siguientes líneas buscan resaltar a Fernando como un actor cuya trayectoria comenzó en el seno de una familia que militó en el Partido Comunista de México (PCM). Creció cobijado no sólo por el materialismo histórico y el dialéctico; además, logró involucrarse en el ascenso de varias luchas sociales y populares que, sin duda alguna, le permitieron apropiarse de herramientas teóricas y metodológicas, para luego acompañar a las infancias, jóvenes y colectivos docentes.

Mis líneas carecen del rigor para trazar una biografía; por lo menos, quiero recuperar algunos pasajes claves que ayudan a entender dos cosas: Primero, Fernando decidió articular su proyecto de vida junto a la lucha política. Suena sencillo, pero en un país donde la represión es la respuesta sistemática, asumir la militancia tiene costos personales muy grandes. Segundo; Fernando logró descifrar los hilos del poder y articular redes para aprender entre maestros y maestras, en un sistema educativo donde prevalece el “debería ser” y el control al gremio. El salir a abrir círculos de estudios, *tallerear* o formarse sin buscar ganar puntos o dinero es un reto enorme.

Fernando nació en Zacatecas; sus primeros años en la escuela provienen de allá. A la par, conoció del vivir en comunidad. Nunca renunció a sus orígenes; por el contrario, esas experiencias le permitie-

ron entender que, desde las regiones, desde lo rural o “aquello” fuera de la ciudad, es posible encontrar soluciones a problemas específicos.

Más o menos recuerdo las primeras charlas entre él y yo; revisamos mis funciones y las tareas principales. Sin embargo, salió el tema de su trayectoria política. Me platicó de su militancia en el PCM y el Movimiento Revolucionario del Magisterio (MRM). Yo le platiqué de mi activismo estudiantil en el zapatismo y, en ese entonces, de mi participación en la huelga de la UNAM. Debo confesar que al escuchar comunismo lo asocié (de manera indebida) con la parte dogmática; me ganó el prejuicio.

Mi desconfianza se fue desvaneciendo a la par que lo conocí; era muy cautivador escucharlo, y a su vez, muy respetuoso de la palabra ajena. Fue muy interesante descubrir lo que yo llamo “situaciones en común”; más allá de la brecha generacional, empezamos a reconocer personajes, lugares, fechas y experiencias. Me “atrapó” escucharlo describir cómo fue su participación en el PCM y el MRM. Por ejemplo, yo conocí en una caravana a Enrique Ávila Carrillo, profesor fundador de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE). Fernando me contó que fue su profesor en la Escuela Normal Superior de México; lo platicó con orgullo.

Su familia llega a instalarse en el sur de la ciudad, en la Unidad Clemente Orozco (UCO); desde allí recorre no sólo la zona metropolitana y Jalisco. Es el epicentro de donde emergen los sueños de toda una familia. Desde muy joven comenzó a trabajar, al principio, junto a sus hermanos (Felipe y Pavel) y su hermana (Silvia) vendiendo en el barrio, y luego, como obrero, siendo, tal vez, su primera experiencia donde pone a prueba el temple para luchar ante una injusticia.

Yo conocí la UCO por Fernando; me mostró una calcomanía de Valentín Campa que estaba pegada en la casa. Era el año de 1976 cuando el PCM lo postuló sin registro a la presidencia; le siguió con detalles de su estancia en esa casa. Me imagino que así fue de intensa la vida en donde crecieron, no sólo con las visitas de políticos de izquierda, además, de artistas y demás personajes que no encajaban con el oficialismo de ese entonces. Tenía dieciséis años y ya estaba metido en la lucha política.

No recuerdo su participación al interior de la Escuela Normal; son años donde el porrismo y el control estudiantil son férreos, por parte de la Federación de Estudiantes de Guadalajara. Siendo profesor de escuela primaria, tiene asignada su plaza en pueblos de San Juan de los Lagos, La Barca y Ocotlán. Son lugares donde Fernando vuelve a reencontrarse con el campesinado y la lucha obrera; son años donde hay un “reflujo” de las diferentes fuerzas políticas.

A Fernando le tocó presenciar la transición entre la vida semi-clandestina del PCM y su registro oficial como partido a partir de la reforma política en el año de 1977. Ya para 1979 el PCM pudo aparecer en las boletas electorales y emprender campañas de manera abierta; aun así, era complicado pintar bardas y hacer propaganda, por ejemplo, a favor de Arnoldo Martínez Verdugo en 1982. Son años donde fue nombrado representante en los órganos electorales en los Altos de Jalisco, una región donde el conservadurismo dio para aflorar el anti-comunismo. Sin embargo, Fernando logró asumir la representación y hacer valer los votos ganados en esa elección.

Nunca agoté aquella plática donde Fernando me explicara por qué ya no siguió de lleno en la etapa del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), ante la desaparición del PCM y su fusión con otras fuerzas. Más bien, su trabajo político en esos años estuvo centrado en la Escuela Normal Superior de México; le tocó, junto a su esposa, Mara, presenciar cómo esa escuela fue un hogar de la insurgencia magisterial.

Ambos acudieron a los Cursos de Verano, él para formarse en la especialidad de Historia. Fue una época donde convivieron con profesores y profesoras de diferentes lugares de México; era un recinto donde las asambleas le precedían a la movilización. La respuesta del Gobierno fue decretar el cierre de esos cursos y la descentralización de las especialidades a otras entidades; a todas luces, fue una respuesta para desarticular a la disidencia magisterial y restarle fuerza.

Las medidas no quedaron en obligarlos a ir a otras escuelas Normales para concluir sus estudios. Las autoridades locales, tanto oficiales como sindicales, tenían la encomienda de reprimir a esos profesores y profesoras disidentes. En el caso de Fernando, fue cesado

de su plaza y vivió una etapa difícil para lograr reincorporarse a una escuela pública con nombramiento. Será muy valioso recuperar las voces de quienes, como Fernando y Mara, vivieron la represión de manera directa. Al final, la historia de la Secretaría de Educación Jalisco la describen sus voceros como la de un actor neutral, nada más falso.

Son años donde Fernando alternó las labores de docencia con las de taxista. A su vez, logra sumarse a la escuela secundaria; vivió lo que conocemos como la “Primavera Magisterial” de finales de la década de los años ochenta. Me platicó, cómo siendo delegado en su escuela secundaria, votaron a favor del paro, cómo le hicieron para darle credibilidad al Escalafón Mixto Interno y, en general, cómo hicieron política sindical.

Para concluir, me interesa compartir lo que vivimos al interior del Centro de Maestros, en lo particular, la perspectiva que Fernando le dotó al trabajo de ese entonces y que permitió darle un rumbo diferente. Me refiero a que, siendo un espacio para la formación continua, el punto de partida era que el/la profesional de la educación buscara aprender para mejorar; sin embargo, las autoridades educativas le otorgaron un puntaje y lo “amarraron” a Carrera Magisterial; lo anterior provocó una distorsión enorme sobre las finalidades de la formación continua.

Muchos docentes acudían al Centro de Maestros no para mejorar, sino para “ganar puntos” e incrementar su salario. Más allá del debate sobre estos esquemas utilitaristas (que aún persisten), lo que Fernando antepuso fue “desmarcarnos” de Carrera Magisterial. No era sencillo, pero hacerlo sí era posible. ¿Cómo lo resolvió?

La respuesta partió de acompañar a los colectivos a través de apoyarles con recursos, asesorías, talleres y otras labores académicas. Hacer una evaluación no es sencillo; hay mucha literatura al respecto. Lo que yo puedo asegurar es que Fernando siempre mostró una disposición por tejer entre los diferentes colectivos docentes. Un ejemplo es que no fue un obstáculo visitar escuelas foráneas; siempre buscó emprender el acompañamiento en las escuelas que lo pedían.

Puedo asegurar que muchos docentes apoyaron al Centro de Maestros no esperando un pago; por el contrario, eran lazos de amis-

tad o la fraternidad lo que los y las movía. Fernando aglutinó un equipo de asesores o talleristas que destacaban en sus escuelas por sus liderazgos. Hay muchas experiencias que destacar de Fernando; no menos importante fue su transitar en la Maestría en Educación con Intervención en la Práctica Educativa. Impulsó diferentes sedes, por ejemplo, en Talpa, Chapala y Acatlán.

Yo pienso que Fernando fue muy inteligente porque, ante una estructura tan rígida y autoritaria, logró emprender proyectos colectivos muy interesantes. Eso sólo lo hace alguien que conoce muy bien el terreno y sus actores; sin duda, era muy bueno en el análisis del contexto, de las fuerzas y de las posibles soluciones. Estas líneas son breves y no le hacen justicia a su trayectoria; no estoy seguro si lo platicamos, pero siempre le voy a agradecer su compañía, sus consejos y su paciencia a mi persona.

Deportista, fotógrafo, músico, pintor, melómano, cocinero, en fin, Fernando tenía diferentes pasiones; todas daban cuenta de su amor por la vida y el respeto a la dignidad. Amoroso con su familia, siempre estuvo orgulloso de su esposa, hija e hijo. Fue militante, vivió la represión, pero nunca renunció a buscar lo mejor del acto educativo. Ha sido el mejor hermeneuta que he conocido en medio de estas fuerzas contradictorias que persisten en la vida escolar. ¡Hasta siempre, Fer!

Dodiscencia freireana, a manera de carta

Rubén Zatarain Mendoza

Doctor en Educación. Profesor normalista de educación básica de la SEJ.
zatarainr@hotmail.com

Estimado maestro, estimada maestra:

Esta es una carta para un destinatario desconocido hoy que nos comunicamos poco a través de la palabra y todos padecemos la crisis del género epistolar.

Cuánta necesidad de diálogo no cosificado tenemos los que hacemos todos los días el oficio de educador(a).

Los que iniciamos la travesía hace más de 4 décadas, los que apenas se incorporan en el presente ciclo escolar.

Déjame contarte, que en el marco del círculo de estudios de las fogatas freireanas (ciclo escolar 24-25), en una de las zonas escolares de secundarias generales federalizadas, profes y directivos dodiscen-tes nos hemos acercado a una de las partes de la rica obra del pedagogo brasileño Paulo Freire.

En mi caso, la biblioteca freireana, acervo de 18 libros que ha hecho llegar la SEP, ha despertado de nuevo mi interés por leer y releer sus ensayos y experiencias pedagógicas.

No todo Freire me significa, ni toda su obra es de mi conocimiento. El acervo es una magnífica oportunidad de retomarlo, extender la mirada ahora desde otro observatorio y ejercicio profesional, es una oportunidad de desempolvar conceptos y categorías de análisis ahora desde la compleja realidad educativa de la educación secundaria.

Pasaron ya algunos años desde aquella formación normalista que acercó de manera introductoria una muestra de la obra y del pensamiento freireano.

Primero fue la lectura y la utopía subyacente. Ser maestro en un recurrente proceso de cambio curricular de tendencia tecnoeficientista

nos hacía leer por encima y comprender mínimamente, por la escasez de marcos referenciales.

También hay que decirlo, por el mensaje y la palabra reproductivista de la docencia de los profesores de la Normal básica y de la Normal superior.

Fueron muchos años de devaluación del discurso alternativo y el post-1968, de crisis de la pedagogía de izquierda, que se agravó con la extinción de la URSS y la caída del muro de Berlín en Alemania.

El horizonte de mi práctica como profesor, primero de educación primaria y enseguida como profesor del área de Ciencias Sociales en la escuela secundaria, cobró un nuevo significado con algunas ideas freireanas.

En la formación de profesores he tenido la oportunidad de colaborar como asesor investigador durante un poco más de dos décadas. No sé si mi discurso y praxis orgánica eran congruentes con algunas de sus ideas.

Observé una legítima gana de aprender y cultivar la conciencia en mis compañeros y compañeras, maestros y maestras.

Los percibí sentipensantes y en muchos casos proactivos para continuar con su proceso de aprendizaje.

Observé una urgente necesidad de formación del gusto por la libertad, hambre de desalienar la conciencia educadora.

Contagian las historias y los casos narrados en la humildad de las aulas de la escuela pública y las dificultades que superan los niños, niñas y adolescentes para acercarse al alfabetismo funcional y a lo básico del alfabeto matemático.

Cobran nuevas significaciones las múltiples privaciones de esas biografías vulnerables con tiempo para sonreír y gritar en los patios de juego.

No. En las aulas públicas no educamos a la clase dominante y en la calidad de la educación que ellos reciben se juega mucho de su proyecto de vida.

El magisterio tiene una urgente responsabilidad moral con quienes menos aprenden y con aquellos con mayores privaciones educativas y culturales.

Freire, en ese horizonte de educación democrática de los desposeídos, tiene algunas palabras que hay que aprehender, pero desde una posición auténtica de diálogo y de interpelación constante.

La realidad no es un portaobjetos donde podemos cristalizar su complejo entramado, no es estática, ni está a la espera de un observador emergente que, con un mínimo de interacción, pretenda desde fuera materializar procesos de cambio.

Freire fórmula es inútil; Freire, participante del diálogo profesional, es necesario.

Freire y algunos de sus conceptos estelares interpelan la forma como nos educamos de manera inicial y de manera permanente los educadores. Interpela sobre todo esas teorías estáticas que obnubilan la mirada. En palabras de Freire en su texto Cartas a quien pretende enseñar, caminamos al lado de las sombras ideológicas que opacan, que ocultan la realidad.

El reto es superar esa miopía paradigmática o esos obstáculos ideológicos que nos dan un concepto de enseñanza que tal vez no esté alineado con la necesidad de cambio y de mejora.

En el horizonte interdisciplinario que implica la práctica docente, las ideas freireanas no son suficientes, pero alimentan el espíritu de lo comunitario y fortalecen la misión social. Aperturan un horizonte enriquecido en la praxis de ser maestro.

La coyuntura de la Nueva Escuela Mexicana, favorable a la valorización de los saberes y experiencias propios, es un marco para sacar a la luz algunas de las ideas y propuestas freireanas que chocan con esa pedagogía industrial de la cual hemos abrevado en el largo periodo neoliberal.

La pedagogía anglosajona, eurocentrista o de perfil norteamericano nos ha hecho seguir una agenda formativa de largo alcance en materia de ideas pedagógicas, pero que tal vez iluminaba un horizonte para el que los pueblos latinoamericanos como el nuestro no tenían visible el punto de llegada.

Por eso, voltear la mirada y la praxis a otros textos y autores, a otros esfuerzos contruidos en contextos culturalmente más parecidos por historia y problemática, le da valor a la obra freireana.

La globalización de inicio de los noventa, como sueño de oprimidos, es un insulto para la clase trabajadora que mueve su existencia al ritmo del sol con bajos salarios y con costo personal y colectivo para garantizar el bienestar de muy pocos.

Esos pocos que impunes ensayan fórmulas económicas como la devaluación del peso ante el dólar o la supresión de tres ceros a nuestra moneda nacional a inicio de los noventas.

El proceso de concientización personal en materia social y educativa, siempre dialéctico, tiene entre sus afluentes documentales la palabra escrita de Paulo Freire.

No conocí personalmente al viejito barbado y de lentes que se ha hecho icónico a través de la fotografía.

Tampoco sé leer en portugués, la lengua materna del autor, pero gracias a las buenas traducciones su mensaje ha llegado a mí.

Esta vez con nuevas significaciones porque la coyuntura para el debate de ideas tiene mayor apertura.

Ya no aquel debate escolar en la normal superior donde jóvenes y apasionados maestros y maestras radicalizamos nuestro discurso y maestros rurales, los más, hicimos lectura de realidad de las condiciones de privación en nuestras comunidades.

Yo fui maestro de educación primaria en una escuela unitaria, la “Caja de muertos”, donde había material didáctico para la enseñanza de la lectura que fue una herencia de las maestras Milca y Alicia que se habían cambiado.

Ahí entre los materiales se encontraba un franelógrafo colgante de la pared para adherir las letras y formar palabras.

No era fácil que se mantuvieran en la franela; las letras caían por su propio peso.

Pienso ahora que entonces los dos valiosos libros que tenía de Paulo Freire, la *Pedagogía del oprimido* y la *Educación como práctica de la libertad*, se caían de mi pensamiento como palabras en franelógrafo y había que esperar nuevos tiempos para mi madurez intelectual y enriquecimiento de referentes.

Pero ya entonces encuentro el germen de mi proceso de concientización y supe con meridiana claridad que debía pensar y hacer educación como jodido, perdón, como oprimido.

Para tal tarea era necesario prepararse y conocer más, alimentarse de referentes filosóficos, antropológicos, sociológicos y, preferentemente, pedagógicos.

De manera longitudinal ha transcurrido el tiempo y ya no soy aquel profesor rural que concretizaba su acción en coordenadas geográficas específicas y en apenas un tiempo acotado de calendario escolar.

Ya no soy aquel profesor rural con tareas de alfabetización complementarias por la noche con un pequeño grupo de padres de familia (nunca madres).

Se ha ido en el viento frío del Llano Grande y mi memoria, ahora colonizada por otras vivencias y referentes, ha casi olvidado los rostros aquellos de los hombres rudos y barbados bajo un viejo sombrero que se esforzaban por aprender a leer.

Ya casi no me acuerdo de don Manuel, don Luciano, don Serafín, don Donaciano, don Roberto y don Pancho que concurren al salón de clases aquel adaptado para niños y niñas.

Me faltó más el dominio de la metodología de la palabra generadora para que a ellos les fuera más significativo su aprendizaje.

Es el medio rural, no hay luz y hay mucha oscuridad. En el medio rural el abandono no es una sensación, es una realidad.

Con las escasas herramientas, pero ante el apasionante reto de alfabetizar, construimos la interacción y, al final, auténtica amistad.

Ahí, ante la palabra narrada, el acercamiento a su mundo.

La crianza de chivos, cerdos, gallinas y vacas.

La enfermedad y el frío

El maíz y el frijol.

La leche y el queso.

La carencia de agua en el estiaje

La pepena en las alejadas minas de ópalos,

Ahí las personalidades introvertidas y la palabra oral que casi se ahoga en sus pechos.

Puedo palpar en el recuerdo las libretas aquellas que se pusieron en sus manos con el logotipo del Instituto Nacional de la Educación de Adultos.

En sus hojas con rayas, ellos elaboraron sus primeros trazos inseguros; copistas y, como menores de edad, siempre buscaron la aprobación.

Tanta experiencia y saber acumulado, tanto capital como seres humanos, sus manos que manejan herramientas, domesticaban equinos y ordeñaban vacas, titubeantes, inseguras, ahora al tomar el lápiz.

La primera palabra generadora, su nombre.

Las subsecuentes, sus apellidos paterno y materno, las emociones que generan las figuras de los padres.

Toda una historia personal y familiar de la que son especialistas de manera oral. El reto de construir-se y dominar la palabra. Pasito a pasito, haciéndolos copartícipes responsables de sus propios procesos.

En este camino de significar y apropiarse de los textos de Paulo Freire, me interpela el de la importancia de leer y el proceso de liberación.

Vaya proceso sugerente para entender la alfabetización en una dimensión ampliada.

Los escolarizados sabemos del valor de la lectura en el proceso de emancipación personal y en el proceso comunicativo con el mundo y para el mundo.

La educación secundaria tiene como columna vertebral el aprendizaje en un enfoque social y comunicativo de esta habilidad.

La transformación de las distintas prácticas concurrentes en el proyecto secundario, la práctica supervisora, directiva, de asesoría técnico-pedagógica y la misma práctica docente en su proceso de transformación, se sustentan en la lectura crítica de la realidad de todos los agentes.

Por eso la propuesta freireana de leer para liberarnos va más allá de la intelección de los textos escritos; implica asumir la importancia de la lectura de los contextos y territorios en donde deviene el proyecto formativo.

Leer las coordenadas socioeconómicas y culturales de las comunidades escolares es una habilidad que habrá que mejorar progresivamente.

A la ya lejana primera avanzada de colonización española a través de su cultura y de su idioma (1521), Antonio de Nebrija, el idio-

ma español como punta de lanza de la cultura aquella que ahora nos hace hablantes, a través de la vehiculización de valores introyectados, púlpitos e iglesias, en la biblia y textos cristianos, en las escuelas parroquiales, corresponde ahora en las aguas del mismo castellano el encuentro de otras coordenadas para la liberación de pensamiento y la generación de nuevas ideas.

¿Los niños, las niñas y los adolescentes que asisten a la escuela secundaria pueden ser considerados sujetos alfabetizados?

¿Cuántos de sus saberes sobre la lengua les proporcionan saberes funcionales y estructuras de pensamiento para interactuar socialmente?

Aunque se espera que en su trayecto formativo de preescolar y primaria ellos consoliden saberes sobre la lengua, no es raro encontrar educandos sin el dominio básico de las habilidades lectoras.

Hay trabajo formativo por hacer en la consolidación del proceso lector en el nivel referido; un ejemplo lo es la evaluación intermedia (febrero de 2025) de fluidez y comprensión lectora que arroja procesos en aprendizaje y consolidación.

Desde la propuesta de pensamiento crítico como propósito formativo de la NEM, el campo formativo de lenguajes tiene aún espacios de mejora.

Las prácticas educativas y las prácticas docentes en materia de aprendizaje y práctica de la lengua española como medio de comunicación y liberación están en ciernes.

La palabra para leer el mundo, para ubicarse en el espacio y el momento en el que vive y en el que se construye.

El eje integrador de la lectura y la escritura en el acercamiento a las culturas, el campo formativo de lenguajes, los retos de formar lectores y continuar la práctica de la escritura en la adolescencia.

La importancia estratégica del aprendizaje de la lectura analítica, crítica, liberadora. La construcción de la transformación y la voz y la palabra de los NNA en su propio proceso de liberación.

¿Hacia qué tipo de libertad encaminar el proyecto educativo?

La máxima imperial de los USA es justamente ser garantes de la libertad y la democracia en el mundo.

Romper las cadenas y abolir la esclavitud expresa con todo su cuerpo el monumento de Miguel Hidalgo en la plaza de la Liberación en Guadalajara, Jalisco.

Nuestro ideal de independencia del largo periodo colonial español y el lento proceso de construcción del mexicano, la función inicial de la escolarización y educación y el hombre y la mujer que surge ahora de nuestras aulas.

El sentido liberal de nuestra carta magna y la libertad como piso político de los gobiernos y proyectos educativos neoliberales.

Desde aquella lejana revolución burguesa francesa, el significado progresivo de la libertad como acto emancipador de la monarquía, ahora simbólica.

¿Bajo qué constructos y en qué márgenes es posible liberar a través de la lectura?

La lectura y la liberación. ¿De qué?

En el horizonte de alienación de las formas de ser niño y ser adolescente, un poco de luz freireana:

1. Formar la conciencia y de ahí emprender el camino de la libertad nos llevará tiempo. Hoy entendemos el proceso de leer en otra dimensión, con otras responsabilidades. Las formas sutiles como se cosifica el pensamiento en las clases subalternas y las formas como se vehiculiza la dominación son muy variadas. Ahí el potencial de educar la inteligencia y pensar de manera diferente la realidad social donde se inscribe el proyecto de ser humano que se forma.
2. El acto de estudiar. No todos los saberes necesarios se encuentran en el espacio de la escuela, en el espacio de los libros. Hay que ir al encuentro del mundo con las nuevas herramientas de comunicación con el otro cercano, con el otro lejano, para que en el acto de estudiar, entendido como el máximo desarrollo de las capacidades personales, decodifiquemos las complejas coordenadas en las que deviene la participación y los saberes comunitarios.

3. Los campesinos y sus libros de lectura. Es ahí donde la alfabetización tiene un horizonte liberador claro; es ahí, donde desde el saber y la experiencia, causa personal convertida ya en palabra generadora, en palabra hacedora de humanidad, cobre sentido el casi de leer en su esencia vital. Nunca es tarde para liberarse de las formas explotadoras en las que devienen las existencias del campesino. El campo y las manos que trabajan la tierra como metáfora del acto de leer para enriquecer al ser humano en su estar en el mundo.
4. Alfabetización política. Ahí está una de las propuestas freireanas. La alfabetización politiza, emancipa, libera. Entre más comparto la palabra con el otro, más se entiende la condición de la propia existencia. La alfabetización complementaria es la vía de encuentro entre gente del campo que se humaniza a través del diálogo con el texto, con la palabra y la significación compartida.
5. Concientización. Formar conciencia, develar estructuras y contradicciones en la vida cotidiana, leer y enriquecer el pensamiento, leer y enriquecer el lenguaje y el encuentro y el diálogo con el mundo social que es mi propio mundo. La concientización a través del acto de lectura de la palabra dicha, de la palabra escrita.
6. Alfabetización de adultos y bibliotecas populares. La alfabetización de los adolescentes como problemática. La lectura de su mundo con y para ellos, los códigos restringidos de muchos, la apertura de horizontes. Nuestras bibliotecas, casi muertas, casi desiertas, en crisis. La cosificación de los tiempos y los sentidos por la emergencia de dispositivos digitales. Las bibliotecas populares como esfuerzo social en las sociedades en cambio, en las sociedades donde el hombre y la mujer nueva implica el vaciamiento de valores que nos impiden ser y encontrarnos.
7. El pueblo dice su palabra. Ojalá que se sigan abriendo espacios para que justo el pueblo elabore el mensaje y se empodere del

medio. Leer como principio, leer como finalidad, la emancipación personal y la liberación del pueblo.

8. El hombre nuevo y la mujer nueva. En las sociedades en transformación como la que vivió Freire en el golfo de Guinea, África, la revolución socialista tiene como imperativo la construcción a través de la educación, a través de la democratización de la palabra y la lectura del hombre nuevo y la mujer nueva. Así el reto de esta sociedad nuestra en transición política, así la perspectiva de la NEM en la educación básica obligatoria. La formación de los lectores, de los hacedores del cambio y la liberación a través del promisorio acto de leer.

No hay comunidad de práctica sin intención y voluntad de modificar y ampliar saberes.

No hay ruta fácil para hacer análisis de nuestra práctica y descubrir la permanencia de estructuras mentales y de acción sedimentadas en el estadio de educador bancario.

En nuestro propio proceso formativo como educadores, el paradigma técnico eficientista quedó con raíces profundas.

Concientizar y deshacer saberes es un proceso doloroso. El educador problematizador que esculpimos en el marco de la nueva escuela mexicana se enfrenta a tradiciones en el sentipensar y en el hacer.

De la obra freireana, el mensaje más poderoso es el de la reflexión crítica sobre la práctica. La acción y la reflexión como medios del propio proceso de formación.

La compleja relación entre la teoría y la práctica y el irreverente por liberador concepto de praxis.

La interpelación de mi propio hacer, de la lectura crítica del contexto, la máxima de que enseñar no es transferir conocimiento.

La propia revolución epistemológica que implica el ser educador crítico y la manera diferente de interpretar e intervenir las prácticas que concurren en el hecho educativo.

La mutua implicación y la relación comunicativa entre el docente y el educando. No hay docencia sin discencia.

El discente define al docente; el aprendizaje define la enseñanza. Ahí la propuesta del docente democrático que, al hacer pedagogía de la autonomía, se desprende de la piel del educador conservador que fue.

El espacio de aula y escuela como espacios privilegiados de encuentro, el nicho ecológico para entender las relaciones entre un sujeto activo históricamente determinado que aprende y a la vez enseña y un sujeto en la misma condición que se hace enseñante en la medida en que se apropia de los códigos de quien aprende.

Enseñar y aprender en espiral dialéctica, la curiosidad epistemológica necesaria en todo acto que nombra y escucha la voz de los sujetos en condición de cognoscente.

La relación e interacción entre el sujeto que enseña y aprende y el objeto que enseña y aprende.

La noción de la docencia freireana.

Ser docente y ser discente en el devenir de los infinitivos de enseñar, aprender e investigar.

Hace muchos años que el proceso formativo personal comprendió la idea de la insoportable incompletud de los saberes que habilitan el oficio de la docencia.

Hace muchos años que la salida del laberinto de las obscuridades y limitaciones del conocimiento está en el hilo de Ariadna de la investigación.

Docencia problematizadora es siempre docencia investigadora. ¿Acaso no es el profesor un sujeto en permanente búsqueda de caminos? ¿Un diseñador de estrategias sustentadas en el progresivo acercamiento al conocimiento?

Investigar es hacer método científico de la propia práctica y hacia el pensamiento crítico del educador que hace y reflexiona.

Por eso es que enseñar, dirigir, supervisar en el ámbito educativo público exige rigor metodológico e investigación, entre otros horizontes.

Perdón por la extensión de esta carta; la palabra y la opinión más valiosa es tuya, compañero(a) de oficio y de pasión.

Porque la SEP ha acercado el acervo de libros de la obra del pedagogo Paulo Freire, corresponde ahora al maestro y la maestra leerlo y significarlo.

Tomar apuntes, enriquecer la mirada y la praxis, alimentar el compromiso ético y comunitario.

Habilitar con sus luces una pedagogía de la mejora y la esperanza para la educación pública.

Sonia Comboni: Maestra de corazón y conocimiento

Alfonso Torres Hernández

Doctor en Ciencias de la Educación. Docente de la Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo. torresama@yahoo.com.mx

Conocí a Sonia Comboni durante mis estudios de doctorado, allá por el año 2002. Fue parte del equipo académico que trabajó con la primera generación del Doctorado en Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH). Nos impartió un curso que tenía que ver con la globalización y la educación. La experiencia y conocimiento que la Dra. Comboni tenía en ese campo era vasto, lo que generó que el espacio curricular se constituyera en un espacio de amplio aprendizaje, particularmente por su bondadosa didáctica para compartir el conocimiento. Las sesiones de su clase siempre se acompañaron de su amable sonrisa y mirada escrutadora al escuchar nuestras participaciones para cuestionarnos sobre nuestro propio saber o aclarar los puntos relevantes.

La relación con la Dra. Comboni no se limitaba a su espacio curricular, sino que, en los recesos, antes o al final de la clase, siempre había oportunidad de charlas sobre diferentes cuestiones educativas, sociales, cotidianas o familiares. Siempre mostró interés y empatía con lo que conversamos; particularmente se interesaba por el trabajo que desarrollaba en la Universidad Pedagógica Nacional-Hidalgo y en el Centro de Investigación Educativa y Fortalecimiento Institucional (CIE-FI), que era un área de la Secretaría de Educación Pública de Hidalgo (SEPH). En su momento, la Dra. Comboni fue Directora de Investigación en la Universidad Pedagógica Nacional, Unidad Ajusco y, tal vez, por ello encontramos un punto de interés común.

La Dra. Comboni siempre fue bondadosa al compartir su conocimiento. Fueron varias ocasiones en que la invitamos al estado de Hidalgo para impartir alguna actividad, conferencia o diálogos y, sin condición alguna, aceptaba de buen agrado. Una invitación que tengo presente que le hicimos fue ser lectora-sinodal de la tesis de maestría

de mi esposa Martha Guadalupe Amador Arista, a quien hizo importantes puntualizaciones y aportes. Desde entonces mi esposa la tuvo en una gran estima, no solo por su solidez académica, sino por su calidad humana.

En el 2003, en el Centro de Investigación Educativa y Fortalecimiento Institucional, organizamos un evento denominado *Diálogos de Investigación* con la participación de directivos, profesores, especialistas, investigadores y otros actores interesados en el debate sobre el campo de la investigación educativa. Este espacio tenía como propósito promover, a través del diálogo razonado, la importancia de la indagación y búsqueda sistemática de respuestas a problemáticas que enfrentamos en la práctica educativa, además de ponderar la relevancia de incursionar con mayores elementos en la sociedad del conocimiento. Sonia Comboni fue nuestra invitada principal. Manuel Toledano, compañero de trabajo y doctorante en el mismo programa, invitamos a la Dra. Comboni a participar en este evento.

En ese tiempo, trabajábamos para darle mayor solidez y sentido institucional a la tarea del CIEFI. En su disertación, la Dra. Comboni nos hacía reflexionar al decirnos: “Pensé en varios elementos muy importantes en relación al *porqué es importante la investigación*. Porque en cierta forma genera miedo y, por otro lado, una cierta resistencia a pensar que podemos hacer investigación, o a minimizar también la importancia que puede tener en el campo educativo. Son esas las preguntas fundamentales: *¿Por qué es importante la investigación en la educación? ¿Cuál es la trayectoria de la investigación en educación?* Para llegar a estos momentos en los que están luchando varios, podríamos decir “paradigmas”, entre comillas, en relación a este proceso. Entonces, una cuestión que se me hacía importante en este sentido es plantear, para poder intercambiar más la propuesta que les hago, es que más o menos enmarque las dificultades de la educación, cómo esta se enfrenta, cómo esta define directrices específicas de acuerdo a cierto tipo de modas y relacionarla con la investigación y la importancia de un centro de esta naturaleza, como el que ustedes están creando, y después podemos tener un tiempo de intercambio para que ustedes participen

con sus inquietudes, sus propuestas, sus quehaceres específicos y podamos tener un intercambio más profundo de ideas, y hacer más agradable el intercambio” (Comboni, 2003).

Las ideas que nos compartió, en éste y otros momentos, se constituyeron, sin duda alguna en referentes para darle mayor cuerpo y sentido al Centro de Investigación Educativa y Fortalecimiento Institucional, particularmente en su estructura organizativa y a su Acuerdo Secretarial de creación.

En paralelo a este tiempo, en el programa de Doctorado se llevó a cabo la designación de directores de tesis. La designación de mi tutoría recayó en una doctora cuya línea de investigación consideré que no se asociaba a mi proyecto de tesis. Planteé mi situación a la Dra. Comboni y, después de analizar el sentido de mi proyecto, aceptó dirigirme en la construcción de la tesis. Obviamente, con la autorización de la coordinación del doctorado. La Dra. Comboni tuvo bajo su responsabilidad tres proyectos, entre ellos el mío. Para el desarrollo de la tutoría se generó un espacio adicional, en el que en ocasiones acudíamos los tres doctorantes y en otros momentos de manera individual. Las sesiones siempre resultaron muy generosas en compartir conocimientos, reflexiones, orientaciones y experiencias.

En el último semestre del Doctorado, por decisiones de política interna de la UAEH, se tomaron algunas decisiones que afectaron al programa; entre ellas, el recorte de personal, siendo la Dra. Comboni una de las afectadas al ya no tener una renovación de contrato y nosotros al quedarnos a la deriva, sin directora de tesis. Sin embargo, la bondad de la Dra. Comboni se mostró nuevamente al ofrecernos continuar con la dirección de nuestras tesis sin pago alguno y con la única condición de acudir a tutorías a su espacio laboral base que tenía en la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco. A pesar de las dificultades para empatar tiempos, la tutoría que recibí de la Dra. Comboni fue muy puntual y me permitió concluir la elaboración de la tesis y la presentación de mi examen de grado de manera exitosa. La tesis, situada en el campo de la supervisión escolar en educación básica, fue un referente para algunas de sus clases en la UAM, según me comentó la Dra. Comboni.

Después de la obtención del grado, la comunicación con la Dra. Comboni se mantuvo. En 2010 me invitó a ser participante en el foro “Educación y poder” celebrado en la UAM-Xochimilco, en la mesa Actores Sociales, Educación y sindicalismo en el siglo XX. Presenté una ponencia sobre el corporativismo sindical que más adelante fue parte del libro “El poder y la educación en el proyecto de nación”. Otra invitación que me hizo la Dra. Comboni fue la de ser dictaminador del libro “El arte de investigar”, coordinado por Pablo Mejía Montes de Oca, José Manuel Juárez Nuñez y Sonia Comboni Salinas. Esta actividad resultó todo un reto para mí, por todo lo que representaba ser dictaminador de las ideas y aportes de quien había sido mi mentora y referente en las cuestiones educativas durante varios años.

En mi calidad de Director de la UPN, Unidad 131, Pachuca, Hidalgo tenía un propósito institucional bien definido: abrir un programa de Doctorado en Educación. Por espacio de seis años, de 2008 a 2014, estuvimos en gestión, hasta que finalmente concretamos un trabajo colectivo con las Unidades de Cuernavaca, Puebla y Acapulco, para ofertar el Doctorado en Investigación e Intervención Educativa en las cuatro Unidades UPN. En nuestro caso, la Dra. Comboni fue parte del equipo académico de la primera generación y un baluarte para consolidar el inicio del doctorado. Impartió dos cursos sobre epistemología y metodología de la investigación. La vasta experiencia de la Dra. Comboni, junto con la de otros académicos invitados, permitió que el programa del Doctorado en la UPN-Hidalgo tuviera una primera generación muy sólida en sus procesos formativos.

Más adelante, invitamos a la Dra. Comboni a ser parte de un ciclo de conferencias que se impartirían en las tres regiones de educación indígena del estado de Hidalgo: el Valle del Mezquital, la Huasteca y la Otomí-Tepehua. Con gran gusto acepto participar, motivada por el tema de la interculturalidad y la educación indígena y, por supuesto, por conocer estas tres hermosas regiones de Hidalgo. La pasión de la Dra. Comboni por estos temas le llevó a tener un reconocimiento nacional e internacional. Sus aportaciones al campo de la interculturalidad en educación se han constituido en un referente obligado para investigadores y educadores. Su formación en sociología en la Uni-

versidad Católica de Lovaina, Bélgica, Licenciatura en Ciencias de la Educación por la Universidad de París V, René Descartes, Sorbonne, Maestría en Ciencias de la Educación por la misma universidad y Doctorado en sociología en el Instituto de Altos Estudios sobre América Latina, París III, la llevó a tener un acercamiento constante con poblaciones vulnerables como los indígenas y los inmigrantes, siempre desarrollando grandes proyectos para el desarrollo del medio rural. Desde su llegada a la UAM-Xochimilco en 1977, se destacó por conocimiento y capacidad para el diálogo, la colectividad y dirección de proyectos, lo que le permitió transitar por varias responsabilidades y puestos.

Sonia Comboni Salinas, en toda su trayectoria profesional, se distinguió por siempre ser un referente académico en las instituciones donde laboró; sus libros y numerosos artículos que escribió así lo demuestran, pero quizá el recuerdo más grato que tenemos de ella es su calidez humana, su eterna sonrisa para saludarte, hacer un pequeño chascarrillo o conversar de manera abierta.

La noticia de su fallecimiento representó un duro golpe para quienes le guardamos un gran afecto y cariño, y un gran respeto a sus aportaciones a la educación. Nació boliviana, pero México fue su segunda patria, a quien, sin duda, le entregó toda su sapiencia y calidad humana. En cada enseñanza, en cada conversación, en los momentos compartidos, la Dra. Comboni vive en nosotros.

Referencias

Comboni Salinas, Sonia. (2003). La importancia de la investigación educativa. *Conferencia dictada en el Centro de Investigación Educativa y Fortalecimiento Institucional*. Pachuca, Hidalgo.

Reemplazables para el sistema, irremplazables para la sociedad

Mariana Pérez Jiménez

Licenciada en Educación Preescolar. Docente en el Jardín de Niños “Salvador Novo” de Tepatitlán de Morelos, Jalisco. adyle25@gmail.com

“La muerte no existe, la gente sólo muere cuando la olvidan;
si puedes recordarme, siempre estaré contigo”.
Isabel Allende

Gabriela Hernández Martín vio la luz por primera vez el 6 de agosto de 1977, hija de un agricultor-ganadero y de una docente de primaria que trabajó frente a grupo por 4 décadas. Compartió sus años con 4 hermanas y un hermano, radicando parte de su vida en Santa María del Valle y Arandas en el estado de Jalisco.

Educadora por vocación y convicción, cursó la Escuela Normal para Educadores de Arandas (ENEA), luego siguió con su formación cursando un posgrado; asimismo, obtuvo una acreditación en el dominio del idioma inglés. Se desempeñó laborando en colegios del municipio donde radicaba. Toda esta experiencia y preparación permanente la ayudó a regresar a su alma mater, la ENEA, como formadora de formadores.

Yo la conocí en el año 2008 cuando, por fortuna, fui su alumna. Desde el primer día se notaba su vocación, su ética profesional, sus valores como persona y ciudadana, su pasión por todo lo que hacía, sus ganas de seguir aprendiendo, pero, sobre todo, su compromiso con la educación de futuros docentes, mismos que son de gran impacto para la niñez mexicana. Era reconocida por su excelente manejo de los planes y programas del nivel y, sobre todo, de las asignaturas que impartía. Se caracterizaba por ser tan organizada y exigir a sus alumnas y alumnos la misma organización y dedicación en el desempeño, tanto en el aula como en los planteles de práctica.

Por aquel tiempo de mi ingreso a la ENEA, se empezaron a implementar las tutorías, entonces pude acercarme más a ella, tener mo-

mentos de mayor interacción dentro y fuera de la institución. Siempre mostró un gran interés por el bienestar mental, emocional, físico y académico de sus tutoradas, con una actitud de escucha permanente, en todo momento dispuesta a aconsejar o trabajar en alguna área de oportunidad. Una mujer tan empática, preocupada y comprometida con el desarrollo integral de sus estudiantes. Tenía las puertas de su casa y de su corazón siempre abiertas para quienes buscábamos un refugio o un ratito de paz. Era tan profesional que podía ser la maestra más exigente y, a la vez, una amiga siempre disponible y confiable.

Fue una docente presente, siempre con la camiseta puesta para representar a la institución, para acompañar a las y los estudiantes a cualquier evento en horarios dentro o fuera de clases. Con disposición absoluta con sus autoridades, sus compañeros y sus estudiantes. Era tan entregada que dio de sí hasta donde su cuerpo se lo permitió.

Ella abandonó este plano terrenal el 13 de abril de 2015, luego de sufrir un tiempo con complicaciones de salud física. Dejó muchos huecos en los espacios físicos: su casa, las aulas y patios de su escuela Normal y del Jardín de Niños donde era maestra frente a grupo. Dejó vacíos en el corazón y en la mente de su familia, de sus colegas, compañeras y compañeros de trabajo. Desde luego, se sintió su ausencia en la mente y los corazones de los estudiantes grandes y chiquitos que compartían las aulas con ella.

En ese año yo gané mi plaza como docente de preescolar; al revisar el listado de plazas disponibles para elegir, me di cuenta de que su lugar estaba en la lista de vacantes. Recuerdo que en ese momento sentí de nuevo mucha tristeza por su ausencia en mi vida, pero el sentimiento se incrementó porque aún no entraba al sistema y ya estaba tomando conciencia de lo reemplazables que somos para una Secretaría, sólo un número en su archivo de datos.

En este campo laboral cada vez más orientado a la eficacia, los resultados y la carga administrativa, se pierde un poco el valor del ser humano, el reconocimiento individualizado, la participación y el bienestar de los trabajadores. Tomándonos más como objeto que como personas. Fue muy duro para mí vivir esta experiencia a partir de la ausencia de mi maestra y amiga Gaby.

En esos momentos pensaba que mi sueño laboral implicaba pertenecer a esa lista de claves presupuestales que solo podía significar que yo también era reemplazable; reemplazable en lo que para mí no es solo un trabajo, sino una carrera de vida, una pasión y una vocación por querer mejorar las condiciones de vida y educativas de los niños de mi país. La docencia nos demanda muchas cosas, incluido el descuido de nuestras familias e incluso de nuestra salud física, emocional y mental. Nos entregamos con tanta pasión que se nos olvida lo vulnerables que podemos ser nosotros o las personas que nos rodean y que son importantes. Me llena de tristeza pensar que los docentes muchas veces somos tratados más como engranajes de una máquina que como personas con vocación, experiencia y una enorme carga emocional y social.

Ahora, con 10 años de servicio y mucha reflexión sobre y en la práctica, me pongo a pensar en Gaby. Sé que sus últimos meses en este mundo no fueron gratos, que luchó por su bienestar y, aunque su cuerpo ya no quería seguir, su alma sí y su espíritu tan entregado le hubiera gustado seguir dando lo mejor de ella porque eso la hacía feliz. Estoy segura de que si volviera a nacer y tuviera la oportunidad de elegir de nuevo, volvería a escoger la docencia y se entregaría con la misma pasión con la que vivió durante todos los años de desarrollo laboral como educadora y como formadora de formadores.

Deseo de corazón que se haya dado cuenta de lo importante que fue para todas y todos los docentes que fuimos sus alumnos y alumnas en algún momento, que se fuera con la certeza de que se queda habitando en un cachito de corazón de todos sus peques de preescolar y de toda la sociedad en general que la conoció y tuvo la fortuna de tenerla en sus vidas, aunque fuera por un corto tiempo.

Es así que puedo comprender que cada paso dado en este camino llamado docencia deja una huella gigante e imborrable en los corazones de niños, niñas y de la sociedad donde hemos aportado granitos de arena con nuestras enseñanzas, nuestro cariño y nuestra vocación. El espíritu del docente siempre estará caracterizado por dar, por entregarse, por sus ganas de lograr algo que cambie este mundo, por empoderar, abrir mentes, romper ciclos, fomentar el pensamiento

crítico y transformar realidades. Eso es lo que nos motiva y eso es lo que nos hace estar en el piso del servicio todos los días por muchos años.

Jamás debemos olvidar que tenemos la dicha de que nuestro trabajo sea de los pocos privilegiados en dejar una marca en la sociedad, un grito que hace eco por la eternidad mientras haya un alumno que nos recuerde.

Corazones rotos y las andanzas magisteriales

Jaime Navarro Saras

Pedagogo. Editor de la Revista Educ@rnos. jaimenavs@hotmail.com

En 2021, después de librar muchas batallas en contra de un corazón que tenía dificultades para funcionar, fallece Francisco Zaras Sandoval, lo cual le venía de la herencia que le dejó su padre Gilberto Zaras López, quien también perdió la batalla y se fue de esta vida a los 46 años de edad (1905-1949).

Así es como dejó la vida terrenal el profesor Francisco Zaras Sandoval, a la edad de 80 años (1941-2021), de los cuales dedicó 31 años al magisterio. Francisco era de esa generación de mexicanos donde el Estado se encargaba de la educación de hijos de campesinos de las comunidades rurales y de obreros en zonas urbanas. Siempre nos contaba que un día llegó al rancho la noticia que convocaba a niños en edad escolar para participar en un programa de internado. El rancho donde vivía era una comunidad del municipio de Ameca llamada La Villita, a 14 kilómetros de la cabecera municipal y parte de la Ruta del Peregrino, justo a 6 kilómetros de Lagunillas (punto tradicional donde se inicia la caminata hacia el templo de la Virgen del Rosario o de Talpa, como se le conoce popularmente). Aunque él y la mayoría de sus hermanos (salvo la mayor y la menor) nacieron en una comunidad pequeña de Ameca, casi colindando con el estado de Nayarit, llamada Zacapoaxtla, lugar que ya no existe como pueblo habitacional, solo quedan ruinas de lo que fue en sus mejores tiempos, gracias a la migración y a la crisis del campo.

Mi tío Francisco nos comentaba infinitas veces que un día llegó una camioneta se que llevó a varios muchachos del rancho a un internado que se ubicaba en Pacana, una comunidad de Tala, Jalisco. Dicho internado ya no existe; hoy alberga a la Escuela Secundaria Técnica núm. 5 del subsistema federalizado de la SEJ. Allí aplicó para un examen en el cual obtuvo 60 en promedio, que lo hacía elegible para el programa; por cómo lo platicaba, ese 60 para él era como un 100, ya

que eso representó una oportunidad de las que se presentan de cuando en cuando para cambiar el destino de una persona.

En el Internado de Pacana terminó la educación primaria. Después que cerró ese internado, fue trasladado al internado El Quinto en Sonora, pero gracias a la intervención de Elena Saras, entonces funcionaria de la SEP y que por razones del destino supo que había un niño de apellido Saras, lo quiso conocer y generó un cambio para otro internado que se encontraba en La Huerta, Michoacán, muy cerca de Morelia. Allí terminó la secundaria en tres años y posteriormente la educación Normal en otros tres años. La Huerta estaba más cerca de La Villita, que El Quinto, pero aún lejana para una madre viuda, Beatriz Sandoval Aranda, y a cargo de otros 5 hijos, entre ellos mi madre, que era la mayor y quien falleció el 17 de octubre de 2023.

Francisco o “Tío Chico”, como le decíamos, básicamente abandonó el rancho y solo lo visitaba en temporada de vacaciones, cuando éstas duraban 2 meses. Se la pasó de internado en internado hasta titularse como profesor normalista. De eso pasaron poco más de 10 años desde que migró de La Villita, a la edad de 24 años. Su primera plaza como profesor de primaria fue en la comunidad de Vicente, Camalote, Oaxaca, muy cerca de Tierra Blanca, Veracruz, lugar donde se encontraban las oficinas de la SEP para cualquier trámite, entre otras el área de pagos. En Vicente, Camalote, se encontraba el Ingenio La Margarita como el gran referente. En esa escuela duró un par de ciclos escolares porque realizó una permuta con su primo José Manuel Chávez, quien había tenido unos problemas en una escuela de Irapuato, Guanajuato. Una vez que llegó a ese estado, ya nunca lo dejó; allí vivió, formó una familia, trabajó y, finalmente, falleció.

Sus visitas a La Villita terminaron cuando la mayoría de sus hermanos (salvo uno, Alfonso) migraron a la ciudad de Guadalajara. En temporada de vacaciones y en eventos familiares lo veíamos seguido; aún recuerdo que llegaba con trincas de fresas de Irapuato, así como zarapes y cobijas tejidas de Tlaxcala para regalarnos. Las visitas eran frecuentes, pero estas terminaron en 1981, cuando fallece su madre, mi abuela. Para ella fue su gran orgullo debido a que fue el único hijo que terminó una carrera, además porque recibió no solo su apoyo, sino

que gracias a la plaza como docente tuvo derecho a servicios médicos en el ISSSTE, así como la posibilidad de comprar productos económicos en las tiendas extintas del mismo Instituto.

Hizo, como muchos maestros, la Normal superior en la ciudad de Tlaxcala, estudiando la especialidad de Geografía durante 6 veranos; dicha escuela ya no existe como tal porque fue absorbida por el Departamento de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Tlaxcala en 1976. Allí mismo conoció a su esposa Lydia López Luna, con quien procreó 4 hijos (Luis Francisco, Gilberto, Cinthia y Carlos), con quien tuvo un noviazgo de algunos veranos y finalmente se casó en 1974 en la población pintoresca de Acámbaro, Guanajuato, a la cual asistí acompañando a mi abuela Beatriz y otros familiares. En mi caso era la primera boda elegante a la que asistía; tenía 14 años y cursaba la secundaria.

Su trayectoria como docente inició en 1965 y culminó en 1996, 31 años de servicio cumplidos, primero como maestro de primaria, después de secundaria, enseguida como subdirector de secundaria y finalmente como director del mismo nivel; los lugares donde laboró fueron Vicente, Camalote, Oaxaca; Irapuato, Salamanca y Cortazar, Guanajuato.

Tanto en la familia de mi padre como en la de mi madre, solo mi Tío Chico se dedicó a la docencia, por lo cual, de una manera u otra, se convirtió en un referente para todos los que nos incorporamos a la docencia después. En él vimos un ejemplo de vida porque construyó una carrera y una familia desde cero, de no tener nada (materialmente hablando), debido a que no recibió herencia, solo la bendición de su madre cuando dejó el rancho para irse al internado de Pacana.

Nunca lo vi trabajar en un aula y de su práctica docente y directiva solo lo sé por referentes de sus amigos, familiares y él mismo. La bonhomía era su principal característica, además la de hacer amigos, y su entusiasmo irradiaba energía cuando se trataba de reunirse con ellos: sus hermanos, como él los llamaba, porque fueron su verdadera familia desde niños, adolescentes y hasta la edad adulta; con ellos compartió cumpleaños y demás festividades que se viven en familia, debido a que su familia (madre, hermanos, tíos, primos y sobrinos) estaba a muchos kilómetros de distancia.

Es obvio que este tipo de historias ya no las escuchamos por diferentes razones, principalmente porque desde que el Estado dejó de apoyar a las escuelas Normales, y de manera específica a las rurales, desde entonces, algo raro sucedió con la educación pública. No por algo el gobierno de Díaz Ordaz casi las desaparece al afirmar que eran nidos de comunistas. Qué decir de la reforma educativa de Enrique Peña Nieto y sus sicarios Emilio Chuayffet y Aurelio Nuño, que gracias a la tragedia de los 43 Estudiantes de Ayotzinapa no le pudieron dar el zarpazo final a las Normales rurales, tal como lo hicieron con las escuelas multigrado.

Ahora que se habla de crisis de las escuelas Normales, bien valdría la pena que se revisara a fondo lo que generaciones como la de mi Tío Chico le aportaron a la educación pública, con profesores cuyo origen venía desde el campesinado y la clase obrera. Vaya, pues, un pequeño homenaje al esfuerzo y legado del tío Francisco Zaras Sandoval (que, además era mi padrino), tanto a nuestra familia como a las de otros familiares y amigos que tuvimos el honor de haberlo conocido como docente, pero principalmente como ser humano.

Gracias a ustedes soy maestra

María del Rocío Ofelia Ruiz

Doctora en Ciencias de la Educación. Académica de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal Oficial de Guanajuato. m_rocior@bcenog.edu.mx

“El verdadero maestro crea maestros, no seguidores. El verdadero maestro te devuelve a ti mismo. Todo su esfuerzo es hacerse independiente de él, porque has sido dependiente durante siglos y no te ha llevado a ninguna parte. Todavía continúas tropezando en la oscura noche del alma” (Osho, 1974).

Esta frase ha resonado en mi cabeza desde que ingresé a la carrera como Licenciada en Educación: era un reto el trascender en la memoria de mis alumnos, como mis maestros se han quedado en la mía; es lo que me motiva a continuar en esta hermosa y difícil labor, es mi razón de ser y de seguir preparándome cada día.

Mi memoria divaga entre la realidad actual y mis recuerdos, sobre todo cuando llegan imágenes de docentes que dejaron huella profunda por su generosidad de pensamiento y actitud valiente ante cualquier situación adversa. Tengo presentes a maestras y maestros muy queridos que se convirtieron en mi inspiración y ejemplo de vida; fueron pilares importantes en cada etapa de mi formación, ellos me mostraron la bondad del ser maestra. Han sido importantes en distintos momentos y, gracias a su guía, he logrado llegar hasta donde estoy y, en retribución, este pequeño escrito será un homenaje inspirado en su recuerdo.

Comenzaré desde la primaria: el recuerdo de mi maestra Abigail de tercer grado, con su rostro sonriente y pecoso, además de un hermoso pelo ondulado y rojo (creo que la quería porque yo también tenía pecas y era pelirroja). Con ella aprendí las tablas de multiplicar de una manera divertida y aprendí caligrafía para escribir bien la letra manuscrita, que era la que usábamos en ese tiempo. Era dinámica y buena persona; lo que más recuerdo fue que a quienes salimos en el

bailable del “comal y la olla” nos prestó todas sus joyas. Siempre tenía una sonrisa para todos y nos hacía sentir a gusto en sus clases.

En la secundaria tuve a quien se convertiría en mi modelo a seguir por sus consejos y amor hacia la lectura, el maestro Guilebaldo; con su ejemplo me inculcó que leer nos lleva a mundos que existen en nuestra imaginación. Solía recomendar libros que consideraba apropiados para nuestras edades. Entre los primeros que leí, puedo mencionar a Marianela de Benito Pérez Galdós, *El diario de Ana Frank* del coautor Otto Frank y, como reto, nos pidió la lectura completa del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* de Miguel de Cervantes Saavedra. Debo decir con mucho orgullo que fui la única que lo terminó, pero me llevó todo el ciclo escolar. Algo importante que debo mencionar es que nunca pidió reporte de las lecturas; sólo nos preguntaba cómo nos sentíamos con lo que estaba pasando en la historia que leíamos. Además nos enseñó a elaborar las fichas bibliográficas, ya que los libros nos los prestaba de la biblioteca de la escuela.

Por las vicisitudes de la vida, no continué con mis estudios formales y fue mucho tiempo después que hice el bachillerato para adultos de manera abierta; en este período me esforcé en el cumplimiento de mis tareas, ya que debía combinar con mi trabajo y el cuidado de mis hijos. Aun así, recuerdo con mucho afecto a mi maestra Jimena de Biología y a mi maestro José de Psicología; ellos dos me retaban para que cada día me superara a pesar de mis ocupaciones y, en su momento, me ofrecieron ayuda para ingresar a alguna universidad, argumentando que mi edad no era un impedimento. Sin duda, ese apoyo era lo que necesitaba para postularme en la UPN 112, donde realicé mis estudios como Licenciada en Educación de manera formal, ya que en ese momento me desempeñaba como maestra de inglés en un colegio particular, por no contar con la preparación necesaria para ser docente de tiempo completo.

Una vez en la UPN, mi maestra Rosalía fue mi mentora durante toda la carrera, además de ser mi asesora de tesis y sinodal. La exigencia de sus clases contrastaba con la dulce armonía de su rostro; con ella aprendí que los planes de estudio se desmenuzan para comprenderlos desde “adentro” y que los libros del maestro (que en ese tiempo

estaban presentes en las escuelas) solo proporcionaban “recetas de cocina” para dar las clases. Por ello me retó a omitirlos y a diseñar estrategias propias acordes al grupo que tenía en ese momento. Me enseñó a preguntarme siempre el porqué de todo lo que hacía con mis alumnos e ir más allá de una carita triste o de un “no traje la tarea”; me mostró el verdadero valor del ser maestro y a sentir la empatía por cada uno de mis estudiantes.

En mis estudios de maestría también tuve la fortuna de contar con grandes maestros; entre ellos puedo mencionar al Dr. Mauro y a la Dra. Lucina. El primero me acompañó durante todo mi posgrado, siendo mi asesor de tesis y sinodal. La forma en que nos impartía las clases era amena, a modo de charla donde todos compartíamos los temas. Sus clases iban de los textos a sus experiencias y viceversa; exigente con la revisión de trabajos que hasta una coma o un acento mal puestos los tomaba en cuenta. Con esto me enseñó a poner atención a los pequeños detalles que hacen grandes cambios.

Mi maestra Lucina era rigurosa con sus clases, pero también era muy humana y nos transmitía sus conocimientos con el ejemplo. Cabe mencionar que en este tiempo me sentía “fuera de lugar” porque todos mis compañeros habían estudiado en esta Normal y eran jóvenes; todos ellos se conocían, tenían una dinámica diferente y, por lo tanto, yo “desentonaba” tanto por tener diferente forma de ser como por mi edad. Recuerdo que al final del propedéutico me dijo: “De todos los estudiantes, creí que eras tú quien no llegaría, pero me da mucho gusto ver lo que has logrado”. Entonces me leyó los comentarios que un maestro había puesto sobre mi desempeño y me felicitó. He de decir que de la tercera generación de la Maestría en Investigación y Desarrollo de Innovaciones Educativas (MIDIE), he sido la única titulada, lo que me permitió participar para ingresar a laborar en esta institución y convertirme en compañera de trabajo de ella y del Dr. Mauro. Con mucho orgullo sigo pensando que son mi ejemplo a seguir y que es un honor seguir aprendiendo de ellos.

Durante el Doctorado en Ciencias de la Educación, tuve dos figuras importantes en el desempeño de mis estudios: la Mtra. Áurea y el Dr. Cacho; ellos dos fueron guías para mi formación doctoral. Recuer-

do con especial cariño a mi maestra Áurea, quien con su exigencia, dedicación y cariño me llevó a comprender que el legado más importante de un maestro trasciende más allá de un camino de conocimiento, y que lo más valioso son las experiencias compartidas con cada uno de los alumnos a través del tiempo. No solo fue mi guía, también fue un apoyo importante en mi vida personal. Vivirá siempre en mi corazón (en su memoria).

Del Dr. Cacho, agradezco su infinita paciencia por su apoyo y acompañamiento profesional e incondicional durante todo el doctorado, para la culminación de mi tesis que me dio el grado de Doctora en Ciencias de la Educación. Sin duda, su sonrisa apacible fue clave para no tirar la toalla en el camino. Con él aprendí que la paciencia es un don que pocos tenemos, que el trabajo hecho día a día es mucho mejor que las prisas y que el camino es incierto cuando no se tiene la preparación necesaria para hacer frente a los cambios dentro de la educación.

Desde aquí hago un reconocimiento a todos los maestros que han sido parte de mi formación; todos ellos han dejado una huella imborrable en mi memoria, han sido mis modelos a seguir y he tomado algo de cada uno para crearme a mí misma como maestra. Ahora, mi reto como formadora de formadores es que, al estar frente a mis alumnos, me vean como alguien confiable y en quien pueden apoyarse con la certeza de que estaré a su lado durante su aprendizaje como futuros docentes y considerarme algo más que una guía, así como en su momento yo vi a quienes reforzaron mi vocación y forjaron mi espíritu de maestra.

Referencia

Osho. (1974). *El verdadero nombre. La melodía de la existencia*. Barcelona: 1974.

Las experiencias con mis buenos maestros se mantienen vivas en mi quehacer docente

Juan Fernando Abarca Reyes

Doctor en Ciencias Jurídicas. Docente del Centro de Bachillerato Tecnológico Agropecuario núm. 191, Ayutla de los Libres, Guerrero.
juanabarcar191@dgetaycm.sems.gob.mx

Antes de ser docente, jamás imaginé que llegaría a experimentar ese profundo sentimiento de desaliento y desesperanza al ver cómo, cada vez más, el rezago educativo de muchos estudiantes se ha incrementado. Lo que resulta aún más angustiante es que este rezago suele ir acompañado de una apatía y rebeldía generalizada por parte de los estudiantes adolescentes. Al menos, así ha sucedido repetidamente en la institución educativa en la que trabajo actualmente, ubicada en el municipio de Tecoaapa, Guerrero; uno de los municipios con mayor rezago económico no solo de la entidad federativa, sino tal vez incluso del país.

Lo que resulta aún más desalentador es descubrir que esas actitudes y esos bajos resultados académicos tienen un trasfondo mucho más complejo y profundo. Así lo pude comprobar aquella dura mañana de enero. En un intento por reducir los altos índices de deserción escolar y reprobación en la escuela, y dentro de mis funciones como Jefe de Departamento Académico, decidí hablar directamente con los alumnos de bajo rendimiento académico. Fue entonces cuando me di cuenta de que detrás de esos alumnos, etiquetados como “problemáticos” o “flojos”, se esconden, en su mayoría, problemas emocionales, familiares o sociales. Aunque ya había leído sobre esto en ocasiones anteriores, enfrentar esa cruel realidad de manera directa fue mucho más impactante y doloroso de lo que imaginaba.

Al enfrentar esa dura realidad, no pude evitar recordar que, en muchos momentos, yo mismo fui ese tipo de alumno que parecía ser incomprendido y del que muchos profesores se quejaban. ¡Cuántas veces me dije a mí mismo que nadie me comprendía! Pensaba que

nadie podría visualizar mis ideales como yo lo hacía y que en realidad no necesitaba las sugerencias ni los consejos de los docentes ni de los adultos que, según yo, trataban de controlar y dirigir mi vida. Recordé que, a pesar de mi resistencia a los procesos de enseñanza-aprendizaje, hubo algunas prácticas y actitudes docentes que me permitieron seguir formándome a pesar de las dificultades emocionales, personales y familiares que atravesaba en ese entonces.

Por ello, cuando decidí dialogar con los alumnos considerados “problemáticos”, lo hice de la misma manera en que me hubiera gustado que me trataran cuando yo era estudiante. Procuré, en todo momento, evitar los gritos, los chantajes, las amenazas y, mucho menos, los prejuicios. Mi enfoque fue siempre escucharles, no solo lo que decían con palabras, sino también lo que comunicaban a través de sus gestos y expresiones no verbales. Aunque no fue fácil –nunca faltaron las bromas, distracciones y actitudes desafiantes– logré mantener un diálogo fluido con ellos. Les dejé claro que, en lugar de castigos, recibirían mi apoyo; y que todos nos beneficiaríamos si ellos ponían más empeño y adoptaban una actitud más positiva frente al estudio. Al final de la conversación pude ver en sus ojos una mayor seguridad y tranquilidad.

Pero, ¿cómo logré esto? La verdad es que esas buenas prácticas que han sido la base de mi trabajo docente a lo largo de mi carrera surgieron porque pude observarlas en el pasado. Fueron transmitidas por algunos de los docentes que me atendieron durante mis años de estudiante. Sin duda, esas acciones, esas palabras y esas estrategias siguen vivas en mí. Ellos me enseñaron a confiar en mí mismo y en los demás, a mantener la motivación hacia el estudio y la superación personal e incluso a buscar nuevas formas de superar mis límites.

En mi mente siempre están presentes los docentes que me mostraron que podía convertirme en un buen alumno y, sobre todo, en un buen docente. Algunos de esos maestros, hoy jubilados, como Javier y Abel en la primaria, Norberto, Alfonso, Rosalinda, Jaime en la secundaria y Ezequías, además de Tomás, en el bachillerato, marcaron profundamente mi formación. Otros más, cuyo legado perdura, ya descansan en un sueño eterno. Los recuerdo con cariño: Ana María y Marcial en la primaria, Primitivo en la secundaria y Celestino en el

bachillerato. Ellos, aunque ya no están con nosotros, nos dejaron un ejemplo de esfuerzo, dedicación y humanidad en sus aulas.

Hoy, aunque muchos argumentan que la educación y los contextos han cambiado, los docentes nos enfrentamos a nuevos retos como la falta de apoyo gubernamental, las escasas oportunidades de crecimiento profesional y la actitud apática de algunos estudiantes; la realidad es que las buenas prácticas docentes siguen siendo valiosas. Esas experiencias y enseñanzas que recibí en su momento siguen vivas en mí y sé que, al igual que me ayudaron a mí, también darán frutos con mis estudiantes. Así lo siento y lo creo firmemente.

Aunque mencioné a algunos de esos maestros que ya se encuentran jubilados o fallecidos, quiero rendir homenaje a todos los profesionales de la enseñanza que, con su forma de ser, demostraron que la vida en las aulas puede ser mucho más que un simple intercambio de conocimientos académicos. Esos maestros supieron que cada clase es una oportunidad para descubrir, para compartir buenas experiencias y para formar el carácter tan esencial para la vida cotidiana. Esos docentes, cuyas prácticas siguen vivas generación tras generación, dejaron un legado que se transmite de maestro a alumno y de alumno a maestro.

Por todo esto, siempre será un honor recordar que la docencia es una labor integral. Más allá de la formación profesional, requiere una calidad humana genuina y una visión diferente de la educación, entendida como un verdadero medio para transformar vidas. ¡De esos docentes, sus prácticas siguen vivas y seguirán vivas por mucho tiempo!

**Legado magisterial de vida, ser o no ser,
Profr. Abel Coral Carrillo (1966–2021)**

Francisco Palacios Gómez

Maestro en Educación. Docente de la Escuela Primaria Federal “Francisco Villa” T/M en la SEJ. frapago150293@gmail.com

Originario del municipio de Tonalá, Jalisco, nacido en el año de 1966, realizó sus estudios de Educación Secundaria en la Escuela Secundaria General No. 10 “Agustín Yáñez”. Estudió la especialidad de Matemáticas en la Escuela Normal Superior de Jalisco, una vez que egresó como profesor de educación primaria de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco.

Como docente de educación primaria, siempre se le observó puntual en sus entradas al plantel escolar, responsable y atento a las necesidades académicas de sus alumnos; siempre se le miraba trabajando dentro de su aula escolar con sus educandos, rara vez se le miraba fuera de su salón de clases, como a veces suele pasar con algunos colegas de trabajo.

Aun en los espacios de receso, siempre se le veía en su salón calificando y corrigiendo trabajos y tareas de sus estudiantes, comprometido al 100% y estrictamente celoso de su deber profesional como ningún otro profesor dentro del plantel escolar.

Su frase célebre siempre fue “Yo no quiero caballitos de carreras”, haciendo alusión a que no comulgaba con la idea de que a los alumnos se les trabajara en el aula desde grados escolares menores para participar y ganar en concursos académicos. Para él, lo más importante era despertar en ellos la reflexión e interpretación a la hora de apropiarse de nuevos saberes, y no tanto la memorización o el ser macheteros para ganar o ganarle a alguien, ya que en la vida laboral todo sería diferente.

Tuve la fortuna de coincidir con él cuando llegué de cambio a la Escuela Primaria “Francisco Villa” a finales del año 2020, pero lo conocí en persona al igual que a todos mis compañeros de centro de

trabajo, hasta el 17 de mayo de 2021, cuando el estado de Jalisco se reincorporó a la normalidad en actividades académicas, después de permanecer confinados por la pandemia COVID-19 desde marzo de 2020.

Durante el poco tiempo que tuve la fortuna de convivir con él en los diferentes espacios laborales, observé en su persona a un docente inteligente con muchos saberes adquiridos no solo a través de la experiencia en la docencia, sino también por medio del hábito de la lectura.

Era un docente muy preparado de manera autodidacta; constantemente leía y consultaba material reciente relacionado con el tema de la educación, lo cual saltaba a la vista al escucharlo. Claro ejemplo de ello se reflejaba en que se encontraba en el más alto nivel del programa por incentivos de Carrera Magisterial en sus dos plazas laborales (matutino y vespertino), así como en el incentivo de K1 en una de sus claves presupuestales.

Durante las reuniones de Consejo Técnico Escolar siempre se le observó cooperativo y paciente al explicarnos a detalle términos pedagógicos que observaba que a nosotros no nos estaban quedando claros del todo; cualquier duda que se le consultara, con gusto la resolvía.

Además de su gusto por la docencia, le apasionaba jugar basquetbol desde muy joven, siendo miembro de importantes equipos de basquetbol en Tonalá, Jalisco.

Falleció a causa de un derrame cerebral en el mes de julio de 2021 en Guadalajara, Jalisco, dejando un gran legado durante su trayecto por este mundo terrenal.

Mis maestros, influencia que dejaron huellas con su esencia en las travesías de mi vida

J. Carolina Vera

Doctora en Ecología del desarrollo humano. Docente en la Universidad de Los Andes (ULA) Núcleo Universitario “Dr. Rafael Ángel Gallegos Ortiz”. vrycgre@gmail.com

Abordar la realidad misma del proceso de aprendizaje desde la perspectiva educativa del ser humano nos conlleva reflexionar sobre la influencia del transcurrir continuo que se ha generado en cada individuo en su propia formación. Donde confluyen un sinfín de factores de los cuales se pueden mencionar: el entorno familiar, la convivencia diaria en el sistema educativo e incluso el modelo y paradigma que se visualiza a diario en la formación perenne de los espacios donde éstas se gestan, ya sea en planteles educativos, institutos de formación, universidades e incluso desde espacios de aprendizaje más artesanales y distintivos como el hogar; todas éstas, tienen como cimientos y raíces sin duda alguna la influencia de algunas personas como grandes maestros, quienes nos han permitido alcanzar el desarrollo desde punto de vista epistemológico, gnoseológico, ontológico, axiológico, heurísticos y holístico, quizás es porque ellos, no solo nos transmitieron sus conocimientos, sino que también moldearon nuestra forma de ver el mundo y nos inspiraron a ser cada día mejores individuos.

En este particular, pienso que todo esto se debe a que la educación va más allá de una simple transmisión de conocimientos e información; desde mi particular forma de ver, para mí ha representado un proceso complejo que abarca diferentes dimensiones del conocimiento y la comprensión de los mismos, donde ha coexistido la influencia particular de cada una de ellas, que han marcado de forma exclusiva nuestra existencia. Además, si no fuera por todos ellos, seres maravillosos dispuestos a formar, a dar, a transformar y a dejar su esencia a cada persona con la que han interactuado a lo largo de su existencia, la sociedad no fuera la misma.

Este proceso complejo abarca factores transcendentales como el bienestar emocional y social, lo que contribuye a aportar al mundo, a la sociedad y al entorno donde interviene, entre las cuales se destacan las prácticas como la educación socioemocional o actividades que van fomentando la colaboración, las prácticas con empatía e influencias entre sus congéneres. Es bien sabido que la virtud de una persona que consagra sus valores y principios adquiridos, y es capaz de producir, aportar, contribuir, construir e incluso trabajar con un único propósito; servir siempre, será un ente que inserte a la sociedad valores incalculables.

Dentro de estos factores se puede destacar el epistemológico que nos ayuda a entender cómo se construye el conocimiento y qué significa realmente saber algo; el gnoseológico se centra en cómo percibimos y conocemos el mundo, lo cual puede ser influenciado por nuestras experiencias y contextos; ontológico nos lleva a cuestionar nuestra existencia y el ser, cómo nos definimos en el mundo; el axiológico relacionado con los valores, nos enseña lo que consideramos importante y cómo esos valores influyen en nuestras decisiones; el heurístico que fomenta el descubrimiento y el aprendizaje a través de la exploración, permitiendo que los seres humanos se conviertan en investigadores activos y el holístico considera al individuo en su totalidad, integrando aspectos emocionales, sociales y culturales en el proceso formativo, todos ellos fomentan el pensamiento crítico, donde se aprenden a cuestionar y analizar lo que considera “verdadero”.

En referencia a esto, cada momento, vivencia, experiencia, aprendizaje, desavenencia con la que he consentido amalgamar la constitución del ser, han alimentado con una serie de sentimientos, valores, prácticas, costumbres, hábitos, lo cual en lo particular me ha permitido lograr eso que me define o me ha transformado en el ser humano que soy. Mi constitución educativa se la debo a la suma continua de ese interactuar del día a día con mis formadores, es decir, a cada maestro, lo que me ha permitido hoy día integrar una familia, una sociedad, una comunidad y una institución.

Es aquí donde quiero hacer una remembranza para honrar la labor de mis maestros desde mi infancia hasta lo que soy hoy día,

para darle sentido a esta exploración que me ayudara a autovalorar no solo la punta del icerberg, sino todo el complemento de mi formación personal, profesional y laboral, donde narro muchos acontecimientos que han permitido la constitución de mi personalidad, teniendo siempre la firme convicción de que innegablemente este proceso nació en el seno familiar, continuando en cada una de las vivencias del día a día y su contexto que incuestionablemente influye en nuestras vidas y que se transforman en un constante aprendizaje, comenzando desde mi transitar por la vida en la travesía de mi niñez.

Este proceso se gestó desde el hogar, donde los principales fomentadores educativos que dejaron esas huellas indelebles, sin duda alguna, han sido cada ser humano con el que he convivido y compartido a lo largo de mi existencia, pero hoy especialmente quiero dejar constancia de cada uno de los que ya han dejado este plano terrenal, con quienes compartí parte de mi niñez, pero sus enseñanzas aún siguen latentes; de los que puedo mencionar a mi querido padre Jesús Vera, mis abuelos maternos María Rangel de Dugarte y Amadeo Dugarte, seres humanos abnegados de principios firmes y valores definidos. Mis grandes y maravillosas maestras Leisis, Doris, Francisca, creo que la diferencia siempre la hicieron estas tres heroínas. Eran muy estrictas, pero me dieron la mejor educación inicial que se le puede dar a un niño, no solo porque me enseñaron matemáticas, lengua e historia, sino porque dejaron en mí la visión de que lo que se persevera se alcanza. Aparte, nos alentaban a continuar en la misión de seguir adelante para luchar y perseguir los sueños. Es importante mencionar que ellas lograron instaurar una escuela en un medio rural donde nadie antes se había preocupado. Esta travesía sembró en mí el amor por luchar y alcanzar las metas propuestas; me dejó enseñanzas fructíferas que aún las continuo usando.

En la travesía de mi adolescencia descubrí que mis maestros me nutrieron con algo tan importante como la conciencia de asociar los conocimientos anteriores e integrarlo a las nuevas vivencias, sapiencias y experiencias estos hechos me condujeron a desenvolverme mejor en cada etapa de mi vida, pero principalmente en lo laboral, además de la conciencia de discernir entre las experiencias positivas y negativas

del aprendizaje aprovechando lo que nos deja cada uno de éstas, sin duda alguna me han ayudado a lo largo de la vida a cambiar o enfrentar situaciones posteriores porque nos enseñan a madurar y no cometer los mismos errores, esto nos permite detenernos a recapacitar antes de sortear las situaciones, en este particular no puedo dejar de mencionar a Germán Ramírez, Juan Carlos González, quienes influyeron de manera positiva en mi formación académica fortaleciendo el amor por la exploración bibliográfica de diferentes temas, enseñándome a no conformarme con lo visto en el aula de clases, a contrastar los libros con las vivencias diarias.

En la travesía de mi adultez, sin duda alguna, atesoro cada enseñanza, huella y vivencia que me han dejado mis admirados y recordados maestros que, sin duda alguna, me inculcaron una forma particular de ver la vida, de manejar la educación continua como un deber diario donde debemos de incentivar a todos con los que interactuamos. Debemos perder el miedo, demostrando que dentro de cada uno de nosotros hay algo nuevo que podemos enseñar y mucho que podemos aprender. En este particular, la enseñanza adquirida en esta travesía de mi vida me invita a emular y establecer un continuo desarrollo de lo aprendido como un compromiso recibido de mis queridos maestros, donde surge la necesidad de dar cada día lo mejor de mí, a crecer en todos los aspectos para seguir germinando esa semilla que sembraron y que debe seguir surgiendo para que de esta manera lo esencial también quede reflejado en mis discípulos. Es meritorio en esta etapa mencionar: Jairo Castillo, Johnny Arandia, Gerardo Espinoza, Jaime Baley, Luis Valera, Arenis Colina, Carlota Pereira, Blanca Mireya de Gavidia, Honorio Contreras, Edison, Lucila Araque, Carmen Torres, todos ustedes dejaron aprendizajes significativos tanto en mi vida personal como educativa que siempre estaré dispuesta a colocar en práctica.

Mis queridos y por siempre recordados maestros, quiero aprovechar para rendir este homenaje a todos ustedes, pero muy especialmente a los que ya no están y que siempre recordaré con un inmenso cariño, además del aporte de sus conocimientos, de sus valores, principios, de lo esencial de cada uno de ustedes en praxis educativa y

profesional. Su labor es encomiable por permanecer bajo la firme convicción de transformar vidas. También quiero expresar mi más profundo agradecimiento por las huellas que han dejado en mi formación, la dedicación, paciencia y pasión que cada uno de ustedes le impregnó a la enseñanza y han sido fundamentales en mi crecimiento personal y académico. Cada clase, cada consejo y cada palabra de aliento han contribuido a moldear la persona que soy hoy. Estoy convencida de que el impacto no solo fue en mí, sino en el grupo de discípulos con los que interactuaron a lo largo de su existencia.

Gracias por inspirar la curiosidad, fomentar el pensamiento crítico y, sobre todo, por creer en nosotros, incluso en momentos difíciles. Ustedes no solo fueron educadores, sino también mentores y guías que han dejado una marca imborrable.

Permitirnos contar estas experiencias a través del libro *Docentes que dejaron huellas. Historias y textos de docentes*, es inestimable, gracias; enaltecer el rol del maestro y, sobre todo, aquellos que influyeron en el proceso educativo es fundamental porque su esencia influyó significativamente en el desarrollo académico, emocional y social.

Reconocimiento a las y los maestros que me inspiraron a ser docente

José Edgar Correa Terán

Doctor en Educación. Coordinador de Investigación y cuerpos académicos de la Universidad Pedagógica Nacional 144, Ciudad Guzmán.
edgar.correa@upn144cdguzman.edu.mx

*“La enseñanza es más que impartir conocimiento,
es inspirar el cambio.
El aprendizaje es más que absorber hechos,
es adquirir entendimiento”.*
William Arthur Ward

El psicoanálisis como punto de partida...

Según los postulados teóricos de la escuela psicoanalítica, las personas escogemos una profesión a partir de satisfacer deseos o necesidades inconscientes. La docencia no queda ajena a considerarse dentro de estos postulados. La decisión de ser docente va más allá de querer enseñar a determinada población de estudiantes o asumir una postura como experto/asesor. Los mismos psicoanalistas aseguran que la docencia representa una inmejorable oportunidad para ser apreciados en una sociedad, apoyar a otros con la intención de superarse, fortalecer el *alter ego* a veces dañado por la gente del entorno o circunstancias de la vida, o dar continuidad a la profesión que alguna vez ejercieron nuestros padres o ancestros. En sí, son diversos y subjetivos los motivos determinantes para la elección de la docencia como carrera profesional y vocación laboral.

Conforme a lo anterior, el mismo psicoanálisis trata de dar respuesta al estilo y personalidad docente. Desde una perspectiva institucional, las escuelas Normales e instituciones de educación superior ofertan programas de formación inicial docente que brindan los conocimientos, habilidades, actitudes y valores para desempeñarse con calidad en cualquier ámbito educativo (perfiles de egreso). Incluso, en las mismas Nor-

males dentro del mapa curricular, se contemplan espacios de laboratorio para la docencia, donde se profundiza en las metodologías pedagógicas, retórica y control de grupo necesarios para ejercer la enseñanza.

Sin embargo, también existe una postura psicoanalítica que pertenece al currículum oculto en las instituciones formadoras de docentes. Es decir, el estilo y personalidad que el estudiante adquirirá para ejercer la enseñanza será introyectado de las y los docentes que imparten clases en diferentes momentos de la carrera profesional. No obstante, congruente con la postura psicoanalítica, estas introyecciones surgen a partir de la relación con nuestros primeros educadores, que son los padres de familia, además de las y los docentes en diferentes etapas de la vida escolar; por ejemplo, desde las experiencias en la guardería (educación inicial) hasta en el nivel de posgrado.

Por ello, es importante proyectar estas influencias conscientes o inconscientes que determinan el devenir en el ámbito de la docencia. Derivado de los procesos señalados, son comunes las siguientes frases: “hay que aprender de los mejores maestros”, “no hay que repetir los errores de los peores maestros”, “el maestro no sabe dar clases, pero es una persona muy amable y humana”, “el grupo es indisciplinado porque el maestro no pone orden”. Dichas frases dejan entrever la concepción y el imaginario que cada persona tiene acerca de las buenas o malas prácticas docentes.

Sin embargo, como toda práctica psicoanalítica, existen personas o situaciones bien identificadas consideradas “influyentes” para el ejercicio profesional o ético dentro de la docencia, aunque siguen siendo aún más las que definitivamente pasan desapercibidas porque se alojan en el inconsciente. De esta forma, un ejercicio catártico (sirve hasta para el desahogo emocional) es tratar de recordar a las y los docentes, quienes, por su impacto o legado, son parte importante dentro de una trayectoria académica y profesional.

Las y los docentes que merecen mi reconocimiento...

Comienzo con la maestra *Isabel* del preescolar. Siempre admiré su pasión por la enseñanza; me enseñó a dibujar, colorear, recortar, pegar;

habilidades consideradas básicas, pero para un niño de 4 años significan alcanzar un sueño y comenzar a aprender acerca de la vida y del mundo. De esa etapa, también tengo presentes las clases de música y de educación física; en esta última descubrí una de mis grandes pasiones: el fútbol.

De la educación primaria, quiero destacar a dos grandes maestros en toda la extensión de la palabra: el profesor *Casiano*, de primer grado, y el profesor *Edmundo*, de quinto y sexto grado. El primero lo tengo muy presente porque me enseñó a leer en tan solo tres meses (tiempo récord para el año 1985); además, comencé a escribir de manera estética y, sobre todo, perfeccioné la técnica para dibujar personajes de caricaturas. Del segundo profesor, destaco su profesionalismo, tenacidad y disciplina. Aunque ahorita identifico que ejercía con tradicionalismo, su amor por las matemáticas y las teorías de Piaget lo llevaban a lograr en cada uno de nosotros aprendizajes bien consolidados, tanto que sirvieron para aplicarlos en la educación secundaria. Fue una hermosa época donde participé en concursos de declamación, lectura, escoltas, torneos de fútbol y, especialmente, de rendimiento escolar.

De la educación secundaria tengo excelentes recuerdos de cuatro docentes. La profesora *María del Carmen* de español, quien me ayudó a lograr una escritura bien hecha o estética, adentrarme a la lectura de obras clásicas como “La Iliada”, “La Odisea” y “El Quijote de la Mancha”. La forma de enseñarnos las reglas de ortografía y gramática fue excepcional, siempre con ejemplos y anotaciones de retroalimentación en el cuaderno. Por su parte, la profesora *Irma* de ciencias naturales implementaba estrategias impactantes como eran las prácticas de laboratorio y los experimentos. Puedo afirmar que, a partir de esto, comenzó mi pasión por la ciencia y la investigación. También son dignos de mencionar el profesor *Roberto*, quien impartía matemáticas y se desempeñaba como tutor del grupo y entrenador de fútbol; y la profesora *Bertha Alicia* de historia, quien con sus explicaciones y narrativas la considero pieza clave para decidirme por estudiar la licenciatura en historia y civismo.

Con respecto al nivel de bachillerato, agradezco las enseñanzas del profesor *César* de literatura. Recuerdo cuando nos ponía a redactar poesías, cuentos o memorias de vida. Por otro lado, el profesor *Idelfonso*

fue encargado de impartirnos la materia de psicología. Sus explicaciones, ejemplos y dinámicas; fortalecieron mi gusto personal por la psicología, a tal grado que la estudié posteriormente como carrera profesional.

Precisamente, durante la licenciatura en psicología, la profesora *Teresa* impartió materias relacionadas con metodología de investigación; y su esposo, el profesor *Antonio*, nos brindó la inducción a la psicología experimental. De ambos conservo grandes recuerdos y enseñanzas, que incluso hoy en día tengo presentes cuando ejerzo la investigación. En lo sucesivo, tuve la fortuna de tenerlos como compañeros de trabajo en la Universidad Pedagógica Nacional. Asimismo, mi reconocimiento y gratitud para otros dos grandes docentes: la profesora *Mayda* (cubana de origen), médico de formación y especialista en fisiología, quien con su dureza y disciplina me ayudó a conocer los enigmas del cerebro y la psique humana; y el profesor *Carlos* (chileno de origen), encargado de impartir las clases de terapia psicológica. Con sus enseñanzas y orientaciones pude conocerme más como persona y trabajar a profundidad conflictos internos.

A su vez, de la licenciatura en historia y civismo; recuerdo al profesor *Jorge*, quien impartió las asignaturas de laboratorio de docencia; y al profesor *Juan*, por ser doctor en historia. Él enseñaba las asignaturas de historia universal. Cabe señalar que era un profesor bastante tradicionalista; se distinguía por escribir la información en el pizarrón. Sus explicaciones acerca de los acontecimientos históricos estaban matizadas de un gran amor y pasión hacia la historia.

Enseguida, en el nivel de maestría, identifiqué plenamente a dos grandes maestros en toda la extensión de la palabra: el profesor *Perrusquía* (así era conocido por su apellido) y el profesor *Juan*. Ambos catedráticos no solamente demostraban un gran bagaje de conocimientos y cultura al momento de impartir sus clases, sino también una trayectoria como investigadores destacados a nivel nacional e internacional. Tengo muy presente la formación de licenciatura y posgrado del profesor Juan en la Universidad de Cambridge (Inglaterra), que lo hacía único al momento de asesorarnos con la elaboración de la tesis de maestría.

Con respecto al doctorado, agradezco a la profesora *Patty*, mi asesora de tesis, por el acompañamiento brindado durante más de 3

años hasta lograr la obtención del grado; y al profesor *César*, quien fue artífice para fortalecer los conocimientos sobre redacción académica. Esto me trajo seguridad para adentrarme al mundo de las publicaciones en libros y revistas indexadas.

Finalmente, durante la especialidad en investigación educativa, conocí a tres grandes docentes. La profesora *Mayela*, quien al ser mi asesora de la tesina me transmitió sus conocimientos y experiencias en torno a la investigación; el profesor *Maclovio*, experto en etnografía, le debo los referentes teóricos y metodológicos para realizar una investigación basada en la observación; y el profesor *Jorge Eduardo*, un docente e investigador de gran prestigio, quien representa una de las mejores escuelas de historia oral (método cualitativo) a nivel mundial.

Honor a quien honor merece...

Se puede pensar que para quienes somos docentes, los profesores de la Normal o de las instituciones donde nos formamos son nuestra principal influencia; sin embargo, queda claro que esto puede ocurrir desde los primeros años de la vida escolar. Se aceptan las aportaciones teóricas y metodológicas de los docentes universitarios; de lo contrario, se tendrían serias dificultades en el ejercicio profesional y ético. Aunque también son dignas de destacar las figuras de los docentes que hicieron posible en nosotros las habilidades básicas de lectura, escritura, redacción, solución de problemas matemáticos, exposiciones orales, dibujo y otras que se trabajaron en su adquisición y consolidación desde los niveles de preescolar hasta bachillerato.

Por ejemplo, en materia de investigación, agradezco las aportaciones de mis profesoras de secundaria: *Irma*, quien me contagió su pasión por la ciencia y la experimentación; y *María del Carmen*, por inculcarme el gusto hacia la lectura y la redacción. Estos aprendizajes pude profundizarlos y consolidarlos en pregrado y posgrado; además, hoy en día muestro orgullo por formar parte del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores (SNI) de México.

Sin duda, no todo son conocimientos teóricos y metodológicos en la formación docente; la personalidad y actitud son aspectos que

muchas veces marcan las diferencias. Es así que se valoran y agradecen las aportaciones e influencias de las y los docentes que me acompañaron en la trayectoria académica. Con base en esto, trato de ser disciplinado y ordenado desde que cuido la hora para comenzar y terminar la clase, brindo un saludo al grupo en general, planeo la clase para mostrar seguridad en su desarrollo, apporto mucho más allá de los materiales revisados en la clase, retroalimento la participación o trabajo de los alumnos; y, sobre todo, trato de educar bajo el ejemplo, es decir, mostrar congruencia entre mi forma de ser y el actuar como docente.

La maestra de vida: mi mamá...

Mención especial merece mi mamá *María Amparo*. Ella estudió para profesora de educación primaria, pero por azares de la vida, nunca pudo ejercer. Se dedicó al trabajo administrativo en la Universidad Pedagógica Nacional, donde en sus 40 años de servicio siempre fue sobresaliente. Destacó por su trato amable, humano y actitud positiva ante circunstancias negativas. Ella me enseñó el valor del trabajo, a mostrar valentía ante cualquier adversidad, a controlar la ansiedad aún en los peores momentos, a luchar para ser el mejor, a valorar a las personas sin importar su clase o extracto social, a ser humilde a pesar de los triunfos o reconocimientos obtenidos y, especialmente, a mantener “los pies sobre la tierra”. Por esto y más, ¡gracias, mamá, por tu cátedra acerca de la vida!”.

Conclusión

Docentes van, docentes vienen; lo importante es no solamente adquirir sus enseñanzas, sino ponerlas en práctica para buscar ser mejores profesionistas y personas, con la misión de lograr un impacto en nuestros alumnos, así como en su momento algunas(os) docentes lo hicieron con nosotros. Lo anterior significa una forma real de trascender, independientemente de si se ejerció la enseñanza en un nivel de preescolar o doctorado.

Memorias de adolescencia en Chiguará: Entre montañas, campanas y maestros inolvidables

María Cecylia Méndez Anaya

Magíster en Educación. Docente en la Universidad de Los Andes (ULA).
Núcleo Universitario “Dr. Rafael Ángel Gallegos Ortiz”. Mérida, Venezuela.
cecyliaamar@gmail.com

Chiguará es una localidad del estado Mérida en Venezuela, situada en la región andina, a aproximadamente 40 minutos de la ciudad capital del estado. Esta parroquia se encuentra asentada en la vertiente norte del lado sur de la cordillera de los Andes, a una altitud de 900 metros sobre el nivel del mar. Caracterizado por su atmósfera apacible y su ritmo pausado. Chiguará presenta una vida cotidiana tranquila, especialmente en aquellos días que no coinciden con fechas festivas o celebraciones locales. En este entorno rural y sereno funcionan las instituciones educativas de nivel primario y secundario, que constituyen el eje fundamental de la formación académica de los niños y jóvenes de la zona.

Fue entre los años 1989 y 1994 cuando cursé mis estudios de educación secundaria en la única institución para ese entonces llamada: Unidad Educativa “Francisco Antonio Uzcátegui”. La experiencia educativa en Chiguará estuvo profundamente marcada por su contexto geográfico y sociocultural, el cual imprimía un carácter particular a la vida escolar y comunitaria.

Chiguará, enclavado entre montañas y colinas sembradas de cafetales y pastizales, ofrecía un paisaje que propiciaba la contemplación y el recogimiento. Las jornadas transcurrían con la serenidad de un tiempo que parecía moverse lentamente, casi suspendido entre el canto de los gallos al amanecer y el eco de las campanas de la iglesia cada hora. Asimismo, esos repiques se hacían sentir cuando alguno de sus habitantes daba su último suspiro; igualmente, se escuchaban con alegría durante las fiestas religiosas del pueblo cuando este recobraba una vitalidad vibrante y la plaza se llenaba de música, color y alegría.

Los habitantes participaban activamente en actividades culturales y recreativas que fortalecían el sentido de pertenencia.

El proceso educativo, aunque modesto en recursos con pupitres de madera y pizarras de color verde empolvadas con tiza blanca, se desarrollaba en un ambiente donde el conocimiento se entrelazaba con los valores propios de la vida rural: el respeto, la cooperación, el esfuerzo constante. Las aulas, aunque sencillas, constituían espacios de crecimiento personal e intelectual, donde el aprendizaje se enriquecía con el entorno natural y humano que nos rodeaba. Fue en ese contexto donde se sentaron las bases de mi formación, no solo académica, sino también ética y emocional, forjando una etapa crucial en mi desarrollo como individuo y como futura profesional.

En ese mismo escenario conviví con un grupo de docentes que guiaron y orientaron mi proceso de aprendizaje en las diversas áreas del saber. En su mayoría eran foráneos que se trasladaban desde zonas urbanas hasta Chiguará con la vocación de impartir conocimiento en un entorno rural. Entre ellos, recuerdo con especial gratitud a la profesora Mailing, quien desde su rol como autoridad de la institución me enseñó el valor de la responsabilidad y la constancia como pilares fundamentales para alcanzar las metas y construir los sueños. Su ejemplo dejó una huella perdurable en mi formación.

También formaba parte del equipo docente la profesora Omai-ra, encargada del área de Ciencias Biológicas. Su carácter fuerte y su exigencia académica marcaban el ritmo de sus clases. Aunque en lo personal no consideraba esa área como una prioridad dentro de mis intereses, comprendía su importancia dentro de una formación integral.

Por otro lado, el profesor Castillo, responsable del área de Matemáticas, se distinguía por su firmeza en cuanto a disciplina y comportamiento. Las matemáticas, al igual que las ciencias biológicas, representaban para mí un desafío, ya que no despertaban mayor interés y las asumía con dificultad. No obstante, sus enseñanzas me llevaron a enfrentar las obligaciones con responsabilidad y respeto, aun cuando no se tratara de contenidos afines a mis preferencias personales.

Además de los docentes ya mencionados, hubo otras figuras memorables que contribuyeron significativamente a mi formación en

aquellos años. Entre ellas, la profesora Eira destacaba no solo por ser la única docente originaria del pueblo en ese momento, sino también por su carisma y compromiso con la enseñanza de la literatura. Era una profesora exigente, firme en sus criterios académicos, pero con un carácter afable y un sentido del humor que hacían de sus clases espacios encantadores y desafiantes a la vez. Nos introdujo en la lectura de grandes clásicos de la literatura latinoamericana y universal, como Doña Bárbara de Rómulo Gallegos y Cien años de soledad de Gabriel García Márquez, estimulando en muchos de nosotros el gusto por la lectura y la reflexión crítica. Hoy en día, con orgullo, puedo decir que la relación con ella se ha transformado en una amistad valiosa que se mantiene en otros espacios de encuentro y colaboración.

Asimismo, la profesora María, encargada del área de Educación Artística, dejaba en cada clase una huella de sensibilidad y dedicación. Era una persona afable, cercana y empática, que combinaba la calidez de su trato con una exigencia clara desde su área de conocimiento. Más allá de las aulas, su presencia era activa dentro de la comunidad: participaba y colaboraba con actividades culturales y educativas del pueblo, demostrando un genuino compromiso con el entorno en el que ejercía su labor docente.

La profesora Ítala, quien impartía las asignaturas de Física y Dibujo Técnico, se destacaba por la claridad de sus explicaciones y la cercanía con sus estudiantes. Sus clases eran agradables y dinámicas; lograba captar nuestra atención de manera natural. Mostraba siempre una actitud relajada, paciente y empática, brindando apoyo y demostrando confianza en las capacidades de cada uno. Esa combinación de serenidad y compromiso la convirtió en una docente admirada y muy querida.

Otro de los profesores que dejó una impresión perdurable fue el profesor Carlos Rojas, docente del área de Ciencias en el primer año. Su estilo particular de enseñanza integraba constantemente situaciones de la vida cotidiana con los contenidos del aula, facilitando así la comprensión de los temas y dándole sentido práctico al conocimiento. Con un carácter jovial y espontáneo, su carisma y humor lo hacían inolvidable. Era, además, un apasionado conversador que solía bromear

con simpatía sobre su preferencia por las estudiantes trigueñas, lo cual generaba risas y complicidad entre sus alumnos, sin perder nunca el respeto ni la seriedad hacia su rol educativo.

También estuvo la profesora Ana Julia, quien nos dio Biología en los últimos años. Era una docente muy centrada en su área, dedicada y exigente. Siempre nos dejaba tareas y trabajos para la casa, los cuales revisaba cuidadosamente en su cuaderno al día siguiente. Su manera de evaluar nos mantenía atentos, y gracias a ella aprendimos a ser más responsables con nuestras asignaciones. Su firmeza y compromiso con la enseñanza dejaron una huella en nuestra formación académica.

La rutina escolar en la Unidad Educativa “Francisco Antonio Uzcátegui” seguía un ritmo sencillo pero significativo. Las jornadas comenzaban a primera hora de la mañana, cuando el aire aún conservaba el frescor de las montañas y el cielo se despejaba lentamente. Los estudiantes, provenientes tanto del casco central del pueblo como de sectores aledaños, llegaban a pie, algunos tras recorrer largas distancias por caminos de tierra y tramos empinados. El saludo matutino en el patio central, bajo el asta donde ondeaba la bandera, marcaba el inicio de las actividades académicas.

Las aulas, organizadas en módulos independientes, eran espacios de convivencia más que de simple instrucción. Las clases se ejecutaban en bloques de 45 minutos, y aunque el mobiliario era austero y los recursos limitados, los docentes se esmeraban en transmitir sus conocimientos con entrega y creatividad. No era raro que los materiales didácticos fueran elaborados por los propios profesores o incluso por los estudiantes, como parte de actividades grupales o exposiciones.

Los recreos ofrecían un respiro al quehacer académico; en ese breve tiempo, el patio se transformaba en un espacio de socialización, juegos sencillos y conversación. Allí también se compartían meriendas caseras, se intercambiaban anécdotas del fin de semana y se fortalecían vínculos de compañerismo que trascendían el aula.

Las tardes, cuando tocaban clases en horario extendido, solían tornarse más calurosas, lo que hacía que el cansancio se mezclara con la expectativa del regreso a casa. Sin embargo, el compromiso de los docentes y el ambiente comunitario lograban mantener la atención y

el interés de la mayoría. Más allá de los contenidos académicos, se fomentaban actitudes de respeto, participación y pertenencia, elementos fundamentales en una comunidad donde la escuela ocupaba un lugar central en la vida cotidiana.

Recordar aquellos días es evocar no solo una etapa formativa, sino también una época de construcción de identidad, donde el contexto geográfico, la cercanía entre estudiantes y docentes, y el valor de la educación como herramienta de superación convergían para dar sentido a cada jornada.

A la distancia, evocar aquellos años escolares en Chiguará es reconocer la profundidad de una experiencia formativa que trascendió las aulas. La suma de paisajes, afectos, rutinas y enseñanzas fue configurando un entramado significativo que no solo alimentó mi curiosidad intelectual, sino que también forjó mis valores y mi sensibilidad social. Cada docente, con su estilo particular, aportó una semilla a ese proceso de crecimiento; y cada jornada, con sus desafíos y aprendizajes, contribuyó a modelar la persona en la que me convertiría. La escuela, más que un espacio físico, fue un hogar de conocimiento, y Chiguará, con su modesta grandeza, sigue siendo un referente entrañable en mi memoria y en mi identidad.

Gracias, maestros

Rosa Isela González Rivas

Estudiante de la Escuela Normal “Profesora Leonarda Gómez Blanco”,
Santa Apolonia, Teacalco, Tlaxcala. itselaarg@gmail.com

“Gracias” parecía una simple palabra, pero para mí tenía un enorme significado, porque durante largo tiempo este maestro me había enseñado algo tanpreciado como la música; no es que los demás profesores no lo hubieran hecho, pero entender y leer la música había sido un regalo excepcional que él me había dado y que disfruté profundamente. Por eso sentía que decirle un simple gracias a quien me impartió clases tan enriquecedoras, por tan poco salario, nunca sería suficiente. De hecho, aún puedo escuchar sus consejos: *“Si lo entiendes, no es necesario que lo memorices”* o *“No te detengas, aunque te equivoques”*, mismos que han sido de utilidad para otras cuestiones de mi vida.

Por lo menos dije “gracias”, porque si me remonto a toda mi trayectoria académica, han sido contadas las veces en las que he mostrado un verdadero agradecimiento a mis maestros; son tantos los conocimientos y enseñanzas que me han dejado que, ahora que me encuentro hacia el mismo camino llamado docencia, he llegado a reflexionar si realmente he agradecido lo suficiente.

Anterior a mi formación docente, nunca me detuve a pensar verdaderamente lo que implicaba ser maestro; recuerdo a profesores de todo tipo, aquellos que fueron los mejores enseñando y tan exigentes, y a otros que eran absolutamente todo lo contrario. Sin embargo, era tan fácil juzgarlos a todos. Cuando te reprendían, entonces era fácil mencionar sus fallos, pero cuando te elogiaban, era fácil defenderlo.

Siempre ha sido difícil comprender las verdaderas razones de los comportamientos y decisiones que llegan a tomar los docentes; casi siempre pensamos en razones completamente contrarias a las verdaderas, sin lograr entender que detrás de dichas acciones hay experiencias, responsabilidades y presiones.

En nuestros días puede ser que siga ocurriendo lo mismo, pero creo que se puede ser más consciente sobre lo que implica dedicarse a dar cla-

ses; por ello, pienso que no he agradecido lo suficiente, porque, por ejemplo, aprender a multiplicar implicó que la docente se quedara conmigo a la hora de recreo a explicarme después de tantas veces; o porque el recibir una buena clase de química implicó una gran preparación por parte de mi maestra.

Escuchar palabras de aliento como “Tú puedes” o “No te rindas” reflejaba profunda empatía y cuando me exigieron, me corrigieron o me brindaron las oportunidades para crecer, entendí que había una auténtica vocación por la enseñanza a pesar del poco reconocimiento que tenían. Es ahí cuando me di cuenta de que enseñar implica un verdadero compromiso y poca valoración.

Esta falta de valoración y reconocimiento es bastante común, porque, cuando alguien pregunta “¿A qué te dedicas?” y la respuesta es “Soy maestro”, se ríen y mencionan: “Es muy fácil ser maestro”. En cambio, cuando escuchas la respuesta de “Soy doctor” o “Soy ingeniero”, la reacción suele ser de respeto y admiración.

Pareciera que en las escuelas se vive lo mismo, pues algunos alumnos no hacen otra cosa más que demostrar su desagrado por las instrucciones que dan los maestros; de hecho, creo que solo quieren complicarles la vida cuando lo único que quieren es ayudarlos, tanto, que incluso, a veces se percibe la resignación en ellos o ciertas muestras de haberse rendido.

No obstante lo anterior, considero que hay estudiantes que recordarán por siempre las enseñanzas y consejos de sus maestros y que, desde luego, agradecerán enormemente lo que hicieron por ellos; aun cuando esto no es tan visible o nunca se los hayan dicho.

He escuchado entre los estudiantes, mis compañeros, “Solo vine hoy por su clase” o “Yo nunca me perdería sus clases”, “Me gusta la forma en la que enseña”, “Menos mal ella va a ser nuestra maestra”; son palabras que denotan reconocimiento y valoración, pero, además, que muchos docentes son admirados, tan es así que casi podría escuchar “Quisiera ser como usted”. Esos maestros suelen formar parte importante en su vida, en nuestra vida.

Por todo ello gracias, gracias, a los docentes de ayer, de hoy y de mañana, aun cuando algunos de ellos hayan dejado más huella que otros, en unos más que otros, y cuyos esfuerzos se hayan notado al interior de las aulas unos más que otros. A todos ellos: muchas gracias.

Las pioneras en la docencia de la medicina veterinaria en Jalisco

Silvia Ruvalcaba Barrera

Maestra en Ciencias Pecuarias. Profesora jubilada del CUCBA de la Universidad de Guadalajara. silvia.rbarrera@academicos.udg.mx

La profesión de la Medicina Veterinaria, diseñada para que la ejercieran los varones ligados a la producción agropecuaria, a través de los años se caracterizó por la misoginia entre maestros y alumnos. En la década de los setentas, resultaba muy difícil para las mujeres incursionar como médico veterinario de campo; la descalificación y el machismo eran obstáculos naturales que se tenían que vencer. Aún en el primer cuarto del siglo XXI, todavía hay barreras por derribar. El avance en la incursión de las mujeres en estos ámbitos es muy evidente; actualmente el número de mujeres estudiantes de Veterinaria es mayor que el de varones (Rodríguez, 2025) y mucho se debe a grandes mujeres que abrieron brecha en este camino.

En el caso de la Escuela, Facultad y actualmente División de Ciencias Veterinarias del Centro Universitario de Ciencias Biológicas y Agropecuarias (CUCBA) de la Universidad de Guadalajara, destacan cinco profesionistas que dejaron una huella imborrable y un gran legado académico y cuya trayectoria se llevó a cabo en una época en la que no existía el reconocimiento para las mujeres y en un ámbito considerado casi exclusivo para varones.

La MVZ Martha Alicia Acosta Padilla

Fue la única mujer egresada de la primera generación (1964-1969). Durante su carrera como estudiante, incursionó en la docencia como ayudante en las cátedras de Anatomía, Zootecnia de Ovinos y Caprinos y Cirugía. Además, es considerada la primera docente de tiempo completo de Anatomía, Cirugía, Ovinos y Caprinos y Bacteriología de la escuela de Medicina Veterinaria de la UdeG. Nombramiento que obtuvo una vez que se graduó con honores.

En 1973 abandonó la docencia para cursar una especialidad en animales de laboratorio y leptospirosis y realizar sus estudios de posgrado en Texas A&M, obteniendo la maestría en Nutrición en Monogástricos y las especialidades en Educación Agropecuaria y en Administración de Negocios Agropecuarios.

En la actualidad, es empresaria con más de 40 años de experiencia en la industria porcina. En 2021 creó la organización civil “Fundación Martha Acosta”, con el objetivo de otorgar becas para estudiantes de Medicina Veterinaria y Zootecnia.

Testimonio del MVZ Héctor Quiles Corona, expresidente de la Asociación Mexicana de Veterinarios Especialistas en Cerdos (AM-VEC), A.C.:

“Lo más importante que hay que comentar de la Dra. Martha, además de su labor altruista con el tema de las becas para nuevos elementos de la carrera, es su evolución en la tecnología, como una persona importante en el tema de la informática para la producción de las granjas, al estar relacionada durante muchísimos años con los programas administrativos para producción. El manejo de la informática y la computación y de hacer análisis de los resultados a través del diseño, ejecución y representación de un programa informático de gestión de granjas porcinas (PigCHAMP Software)”.

MVZ Laura Imelda Orozco Sánchez

Junto con María Teresa López Valdivia, fueron las únicas mujeres egresadas de la segunda generación (1965-1970) conformada por 34 alumnos. Laura Imelda se ha desempeñado principalmente en el área de higiene y tecnología de alimentos de origen animal. Su trayectoria como docente en la Escuela y Facultad de Medicina Veterinaria de la Universidad de Guadalajara de 1970-2004 incluyó los cursos de Anatomía, Ciencia de la Leche, Terapéutica, Industrias Animales, Higiene e Industrialización de la Leche, Inspección de Alimentos de Origen Animal y Apicultura.

Es empresaria, promotora de la salud animal, fundadora de la Asociación de Egresados de la FMVZ y de la Asociación Mexicana de Médicos Veterinarios Especialistas en Abejas. Además, funge como organizadora y anfitriona de las reuniones anuales de egresados.

Dra. Irma Elizondo Espinoza

De la quinta generación (1968-1973) surgieron dos maestras (ambas finadas), Minerva Soto Rosales y la Dra. Irma Elizondo Espinoza, quien fue pionera en la investigación científica, colaboró para varias revistas de divulgación y publicó artículos científicos en revistas de reconocimiento internacional. Se desempeñó como médico de campo, asesora y consultora en el área de nutrición animal.

Obtuvo el grado de maestría en Nutrición Animal en la Facultad de Estudios Superiores de Cuautitlán en la UNAM en 1989 y el Doctorado en Ciencias Pecuarias en la Universidad de Colima en 1998. En la academia se desempeñó en la materia de Nutrición animal; además, fue miembro del Consejo de División y jefa del Departamento de Producción Animal de la División de Ciencias Veterinarias de la Universidad de Guadalajara.

Por su calidad profesional, su legado académico y la formación de recursos humanos, recibió diversos homenajes de las diferentes asociaciones de profesionistas, de los cuales destaca el que la Fundación Martha Acosta en 2024 haya instaurado la beca “Dra. Irma Elizondo Espinoza” para apoyar a estudiantes que concluyan sus estudios.

Testimonio del MVZ Héctor Quiles Corona, expresidente de la Asociación Mexicana de Veterinarios Especialistas en Cerdos (AM-VEC), A.C.:

“Respecto a Irma Elizondo, nuestra gran Chachita, yo creo que su aportación más importante en el plano profesionista fue esa gran integración que hizo entre la práctica y la teoría; o sea, los nutriólogos se especializan mucho en solo formular o hacer las recetas para los fabricantes de alimentos. Y yo creo que algo importantísimo que hizo Irma fue ese legado de trabajar de manera prác-

tica con nosotros, los técnicos de las granjas. En el año 2000, la AMVEC, A. C. le otorgó el reconocimiento del jabalí dorado. Aunque no era especialista en cerdos, la Asociación se lo otorgó por su importante contribución a la porcicultura y como profesionista consolidada. En ese año también yo lo recibí como joven profesionista, siendo apenas un polluelo. Ese fue un momento maravilloso que pude compartir con ella y del que guardo un grato recuerdo”.

MVZ María del Consuelo Arana Flores

De la séptima generación (1970-1975) egresó otra gran profesionista, destacada en la docencia, la asesoría y la consultoría en porcicultura y la genética animal, la MVZ María del Consuelo Arana Flores, quien impartió las materias de Zootecnia, Producción y Clínica de cerdos. Fue miembro fundador de la Asociación de Médicos Veterinarios Especialistas en Cerdos (AMVEC) y de la cual es socio emérito.

La Dra. Consuelo es una de las grandes pioneras en el campo de la clínica, producción, zootecnia y genética porcícola, referente para cualquier profesionista de esa área profesional. Sin duda alguna, quien se enfrentó al machismo y la misoginia de la época, pero supo abrir camino, dejar un legado y formar excelentes profesionistas.

En el Congreso Nacional de la AMVEC A. C. realizado en Puerto Vallarta, Jalisco, en el 2002, fue galardonada con el premio “Jabalí Dorado”, que se otorga como una distinción especial a los mejores profesionistas del área.

Desde 2021 existe la beca “MVZ María del Consuelo Arana Flores”, que es otorgada por la Fundación Martha Acosta y de la cual han sido beneficiadas varias estudiantes de Medicina Veterinaria con orientación en el sector porcino.

El 9 de febrero del 2023, la Asociación de Médicos Veterinarios Especialistas en Cerdos de Los Altos de Jalisco (AMVECAJ) llevó a cabo un homenaje póstumo para la Dra. Consuelo. En este evento se recordó su trayectoria y se agradeció su legado para los profesionistas y se realizó un tributo a su dedicación y contribución al desarrollo de la industria porcícola.

Testimonio del MVZ Héctor Quiles Corona, expresidente de la Asociación Mexicana de Veterinarios Especialistas en Cerdos (AM-VEC), A.C.:

“Bueno, de Consuelo Flores me quedo con la mujer que abrió brecha en las granjas, con la mujer veterinaria en el campo. Yo creo que es quien abrió esa senda, ese camino para que siguieran después todas las nuevas generaciones de mujeres, que cada vez son más en la profesión. Lo más importante fue su pluralidad en el manejo de los porcinos; sabía de producción, sabía de salud, ejercía muy bien la veterinaria, también la zootecnia innovadora. Siempre inquieta, siempre buscando algo para mejorar en la industria, maestra de muchos de nosotros con una especial y curiosa manera de calificar. En el tema personal, es una guerrera luchando por seguir viviendo, seguir trabajando, por seguir participando y poniendo su granito de arena en el negocio de los cerdos a pesar de las molestias que le producía el cáncer que la aquejaba.

Y de manera muy personal, aunque nunca fue mi asesora, ni tuve la fortuna de trabajar directamente con ella, siempre recibí respeto por mi trabajo. Ella decía al reconocernos: Ahí van mis muchachitos. Al final de su vida, me buscó para ofrecermé información y su cartera de clientes para que yo continuara con todo lo que ella había hecho. No sé la causa, pero no lo acepté; quizá me equivoqué”.

QFB María del Carmen Yolanda Partida Ortiz

Una mención aparte merece esta maestra que llegó a la Facultad de Medicina Veterinaria en 1970, recién egresada de la carrera de Químico Farmacobiólogo; impartió las materias de Bioquímica, Bromatología e Inmunología, entre otras. Fue formadora de veterinarios durante 31 años. Jefa del Departamento de Bioquímica, miembro del Consejo de Facultad, se caracterizó por su rectitud en la docencia y la formación de recursos humanos. Fue la primera de algunas maestras con la

formación de químicas farmacobiólogas, encabezó el trío de las Yolandas (Yolanda Partida, Yolanda López y Yolanda Maravilla), grupo de excelentes docentes y maravillosas personas.

En la década de los ochenta y noventa, ingresó un considerable grupo de maestras que se destacaron por continuar con el legado de las grandes pioneras de la docencia y el quehacer veterinario y que, a la postre, serían la inspiración de las actuales docentes y profesionistas de la Medicina Veterinaria del CUCBA en la Universidad de Guadalajara, sobresaliendo en la docencia, la investigación científica, la salud y la producción animal, la salud pública y la calidad e inocuidad de los alimentos de origen animal.

Bibliografía consultada

Rodríguez, Ana. (2025). *8M: Las mujeres veterinarias aún se enfrentan a la brecha salarial y mayores dificultades para conciliar*. (<https://www.diarioveterinario.com/t/5202257/8m-mujeres-veterinarias-enfrentan-brecha-salarial-mayores-dificultades-conciliar>).

Asociación Mexicana de Veterinarios Especialistas en Cerdos, A.C. *Memorias del cincuenta aniversario*. (<https://www.amvec.com/memories/memorias/resumen.pdf>).

Fundación Martha Acosta. (<https://marthaacostafoundation.org/quienes-somos/>).

La licenciatura en Historia y el estudio del mundo colonial: Las maestras que dejaron huella

Alida Genoveva Moreno Martínez

Doctora en Historia y Estudios Regionales. Profesora-investigadora del Departamento de Sociología de la Universidad de Guadalajara.
alida.moreno@academicos.udg.mx

En la década de los 90, tuve la oportunidad de cursar la Licenciatura en Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara, una época donde los estudiantes de estas carreras se distinguían por su indumentaria. Era frecuente el uso de huaraches de suela de llanta y correas de piel, blusas o camisas de manta bordada con motivos florales, de rombos, morral de lana o de cuero elaborados en Chiapas; los libros de Marx, Weber y Rosa Luxemburgo eran parte de la vida estudiantil. En el tercer semestre se cursaba la materia de Historia colonial, una asignatura relevante para todos aquellos interesados en conocer el pasado de México e iniciar con el trabajo en los archivos locales. La maestra que tenía la tarea de introducirnos en el lenguaje, contenido y corriente historiográfica era la Dra. Carmen Castañeda García, egresada de la licenciatura en Historia y de las primeras mujeres en obtener el grado de doctora en Historia por el Colegio de México, sus temas de investigación estaban centrados en la historia de la educación en la Nueva Galicia, la historia del libro, los lectores y los estudiantes del Seminario de Guadalajara; con el paso del tiempo sabríamos que la corriente historiográfica que utilizaba para sus análisis era la Escuela francesa de los Annales encabezada por Marc Bloch, Lucien Febvre y Roger Chartier, en aquel momento una mirada novedosa sobre el abordaje de la historia. El libro obligatorio para esta materia era la obra de Richard Konetzke titulada *América Latina II. La época colonial* de la colección Historia Universal del Siglo XXI (1985), una obra que abarcaba desde los indios americanos y su actitud frente a los conquistadores, los títulos jurídicos de la colonización en América, la política colonizadora, la historia de la población, el desarrollo de

la organización estatal, la política indígena de españoles y portugueses, la Iglesia y las misiones, la explotación económica de los imperios coloniales español y portugués, es decir, una mirada general y básica sobre el mundo colonial y su relación con América Latina.

Este ha sido uno de los libros que me han acompañado a lo largo de mi vida como académica y docente; abrir sus páginas me hace recordar las clases vespertinas de historia colonial con la Dra. Carmen Castañeda, en la antigua Facultad de Filosofía y Letras, en las aulas con sus mesabancos de metal color azul. Recuerdo que la Dra. Castañeda llegaba puntualmente a clase, con su bolsa al hombro y en sus manos libros o alguna tesis que estaba revisando. Saludaba e inmediatamente pasaba asistencia; había que llegar a tiempo porque era mal visto ingresar a su clase después de la hora. Con la lista en mano, pasaba a preguntar uno por uno la lectura asignada desde la sesión anterior, motivo por el cual había que tener el libro y las notas preparadas para responder a la profesora. En particular, recuerdo un verano, a principios del mes de julio, cuando decidió organizar un viaje a la Ciudad de México y a la antigua Antequera para visitar museos y la Guelaguetza. Lo realizó con algunos alumnos de la licenciatura en Historia y otros de los exalumnos más allegados a ella; logró que la Facultad de Filosofía y Letras prestara uno de los autobuses de la universidad para realizar el recorrido. El autobús asignado fue uno de aquellos modelos chatos, sin aire acondicionado, donde se podían abrir las ventanas para ventilar el interior y no tenía baño.

En la Ciudad de México visitamos el Museo Nacional de Antropología, el Castillo de Chapultepec, Bellas Artes y la Alameda. El último día comimos en El Hórreo, un restaurante de platillos españoles, famoso por la paella y los mariscos, ubicado en el centro histórico; en lo personal me fue mal, la comida me pareció bastante pesada y difícil de digerir. Al día siguiente, muy temprano, dejamos la Ciudad de México y nos dirigimos a Oaxaca. El conductor de la unidad era un hombre serio, que no estaba contento con el recorrido; desde que salimos se iba quejando de las distancias, el tiempo de espera y el itinerario. Por fin llegamos a nuestro destino, después de pasar por las numerosas curvas que estaban entre Tehuacán, Puebla, y Cuicatlán, Oaxaca. Uno de los objetivos era ver la

Guelaguetza y visitar el pueblo de Tlacolula de Matamoros, famoso por su mercado tradicional y el uso del trueque, su templo dominico con una gran colección de pinturas y retablos barrocos.

Asistir a la Guelaguetza fue una tarea imposible; no pudimos conseguir boletos, las agencias de viaje ya los habían vendido con mucha anticipación. El domingo, después de desayunar, salimos del hotel y nos dirigimos al pueblo de Tlacolulan de Matamoros para recorrer el mercado tradicional y sus atractivos; primero hicimos una parada en la zona arqueológica Yagul, después de admirar el paisaje, su muralla y los antiguos basamentos; regresamos a la carretera. En una bifurcación del camino, el conductor tomó una desviación equivocada que nos llevó a una población pequeña, de calles de tierra y polvosas. Era medio día; en ese momento sus habitantes tomaban la siesta después de comer, no había a quien preguntar cómo regresar a Oaxaca. Bajamos del autobús en la plaza del pueblo, caminamos por los portales; el único lugar abierto fue la cárcel municipal. Ahí los policías nos informaron que estábamos en Ocotlán de Morelos, la tierra del pintor Rodolfo Morales. En los 90, Ocotlán era una población pequeña, sin opciones para comer; no había autopista, sino una carretera local. Compramos algunas frituras en la única tiendita que estaba abierta cerca de la salida del pueblo, emprendimos el regreso y llegamos a Oaxaca al oscurecer, cansados y hambrientos. El conductor estaba molesto porque se había salido del itinerario establecido y habíamos gastado gasolina que tendríamos que pagar. A los pocos días regresamos a Guadalajara; sin embargo, a la Dra. Castañeda no le quedaron ganas de volver a organizar otro viaje. Tuvimos el privilegio de acompañarla en esa única ocasión.

Pasó el tiempo y volví a encontrar a la Dra. Carmen Castañeda algunos años después en unas conferencias organizadas por la Cátedra Julio Cortázar; se veía bien, sonriente, ahora utilizaba un bastón y un chofer la llevaba a sus compromisos. Parecía que había logrado salir delante de su pronóstico de cáncer. Lamentablemente, sería la última vez que la vería; a los pocos meses falleció. Todavía alcanzó a recibir un homenaje en vida en el CIESAS, su espacio de trabajo. Todavía conservo el libro de Richard Konetzke, la obra de consulta para

las clases de Historia colonial. Al hojear sus páginas, es inevitable no recordar a la Dra. Carmen Castañeda, la profesora que nos abrió las puertas del México colonial, de sus instituciones y la corona española. Descanse en paz una profesora inolvidable, cuyo recuerdo siempre estará ligado a la licenciatura en Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Guadalajara.

Maestra

Carlos Jovani Moran Esteban

Doctor en Investigación e Innovación Educativa. Docente de educación primaria, secundaria y superior en Tepatitlán de Morelos, Jalisco. jovanimoranes@gmail.com

El término “MAESTRO” popularmente se les adjudica a personas que transmiten algún tipo de enseñanza, que se perciben como un diferenciador social y hasta un ejemplo en lo popular, y que no necesariamente deben tener un título que avale semejante calificativo. Los maestros se muestran como cuidadores, sabios, protectores, compañeros, amigos y ejemplo, y mediante todas estas representaciones, desempeñan papeles diversos, pero que, en esencia, transmiten el amor de enseñar.

Partiendo de esta concepción, me honra poder llamar maestro o maestra a algunas personas que han sido claves en mi vida, mi madre, por ejemplo, una mujer que, a base de esfuerzo y convicción, logró llevar adelante una familia. Como lo mencioné renglones antes, para que te identifiquen como “maestro”, no siempre se necesita un documento que lo compruebe, sin embargo; la vocación de actuar bajo las normas del amor y la bondad te puede dar tal mérito.

La maestra

La maestra con tonos de calidez, amor, paz, desinterés y protección muestra la más pura esencia de la enseñanza, porque el enseñar es desprenderse de una parte de uno mismo, para que se vaya con el otro o con los otros, de por vida, para siempre, en un acto indirecto de la más clara representación de la eternidad. Es por eso que la maestra se puede comparar casi a la par de la imagen de la madre, la cual tiene la misma misión.

Partiendo de mi definición de “la maestra/madre”, me gustaría honrar a quien me honró educándome, amándome sin interés y límite

alguno, a quien me cuidó con el reflejo de su sabiduría y quien me reprendió en aras del amor y la preocupación. Mi mamá, mi maestra.

A estas alturas, tal vez se pudiera suponer que mi madre fue maestra de profesión y que fue ella quien me inculcó el gusto por la docencia, pero no, no fue así. Mi madre Rosa María Esteban Alonso, nacida en Ciudad Guzmán, Jalisco, apenas y pudo terminar la primaria; con carencias, pero con convicción, forjó el carácter más decisivo que al día de hoy conozco. Concibió 4 seres dentro de su vientre (yo, el último de ellos): tres varones y una mujer. Ella me enseñó aún antes de nacer el poder que tiene la perseverancia, el derribar las adversidades y darlo todo por amor. Me enseñó a dar mis primeros pasos, a levantarme si me caía (muy a pesar del dolor o las rodillas raspadas), me enseñó a andar en bicicleta, a vencer el miedo a la oscuridad, a afrontar nuevos retos y que, a pesar de fallar, siempre podría volver a sus brazos y sentirme reconfortado en ese lugar seguro (eso aún es válido en la actualidad).

Toda una maestra en el arte de nunca hacerme sentir o saber las carencias de las alacenas, ella, mi maestra, a la que siempre le dediqué aquellos diplomas de aprovechamiento, desde el primer hasta el sexto grado, a quien siempre esperaba con ilusión que me fuera a ver a los partidos de fútbol o las competencias de atletismo, lamentablemente nunca o tal vez un par de veces (no recuerdo con claridad) pudo asistir a verme, dado que se la pasaba trabajando todo el día y todos los días, y es aquí en donde me dio una de las lecciones más importantes de mi vida, la cual se basa en la omnipresencia, a pesar de que no estaba físicamente, siempre la llevaba en el pensamiento, ansioso de que pasaran las horas para poder llegar a contarle con lujo de detalle todo lo que había sucedido.

Mi maestra... quien me enseñó a contar, con ella, el valor de la familia, a sumar momentos buenos, a restar los malos, a multiplicar los abrazos y las acciones buenas, a dividir lo negativo para que pese más lo positivo, y a fraccionar el corazón para que una parte de uno se la lleve alguien a quien enseñaste y dejaste huella, y precisamente en el cúmulo de todas estas enseñanzas, una vez más reitero que para ser maestro, a veces no hace falta tener un documento que lo avale. En

mi caso, más allá de los profesores que me ayudaron a forjarme en mi desarrollo académico, me gustaría dar gracias a mi maestra, quien hizo hasta lo imposible para que yo pudiera ir a la escuela.

Hoy quiero compartir este homenaje a mi madre, la cual considero como la mejor maestra del mundo, y a su vez a todos los colegas, donde sé a la perfección que no seré el primero, el único o el último en percibir a mi madre/padre como maestra/maestro, por tanto les invito a reconocer el esfuerzo de aquellos que lo dieron todo para que nosotros asistiéramos a clases con nuestros útiles, uniformes y lonche, en la primaria, secundaria, preparatoria y en el gran paso de la universidad, en donde tuvimos que dejar ese plato de comida caliente todos los días a la hora de la comida, para salir a buscar el sueño de la docencia en las Normales, UPN o cualquier otra Universidad, y que cuando nos graduamos, les dedicamos nuestro título para que se cuelgue en la sala como el trofeo que represente su esfuerzo y amor incondicional.

Así, como cuando iniciamos el viaje a nuestro primer centro de trabajo, en donde ellos, nuestros maestros y maestras, iban con nosotros, en nuestros pensamientos, en nuestras maletas, en forma de cartas o en las fotografías en nuestros teléfonos, una vez más comprobando una de sus enseñanzas más grandes (la omnipresencia, van con nosotros siempre), sabiendo que fueron, son y serán los maestros más importantes de nuestras vidas, que los llevaremos hasta el último día.

Por eso y más, Maestra... GRACIAS.

Recuerdos y memorias de maestras, una huella en el corazón

Gloria Angélica Barba Castañeda

Licenciada en educación primaria. Docente de la Escuela Primaria “Juventino Rosas” en Ecatepec de Morelos, Estado de México.
gloria.barba@isceem.edu.mx

Hacer memoria de mi vida escolar es recordar a cada uno de mis maestros y maestras que estuvieron en mi camino desde el preescolar, primaria, secundaria, educación media superior, superior y posgrado. Cada uno de ellos me enseñó, compartió y mostró temas, anécdotas, reflexiones que hoy en día están dentro de mi corazón y mente; también fueron parte decisiva para convertirme en maestra.

Cada uno de los maestros que he conocido a lo largo de mi vida forma parte de los cimientos que me ayudaron a construirme como persona, compañera, colega y docente en servicio. Son maestros y maestras que, con su voz, ejemplo y entrega diaria, sembraron en cada uno de sus alumnos algo más que conocimientos: una forma de mirar la vida con respeto, interés y esperanza. Cada uno dejó una semilla que sigue creciendo en quienes tuvieron el privilegio de aprender de ellos.

En esta ocasión me enfocaré en aquellas maestras, compañeras de trabajo que hoy ya no están con nosotros, pero siguen vivas en las historias que contaron, en los consejos que ofrecieron, en el amor que pusieron en cada clase. También viven en los pasillos que recorrieron, en las aulas que llenaron de sabiduría, en los proyectos que impulsaron con entusiasmo y en los vínculos que construyeron con quienes compartimos la misma escuela. Fueron más que colegas: fueron cómplices de jornadas difíciles, aliados en el compromiso por educar y fuentes permanentes de inspiración.

El inicio de un compañerismo, de un trabajo en equipo fue en el momento en que ingresé a mi escuela primaria y fui presentada a las maestras que formaban parte del equipo docente. Fue entonces cuando conocí a mi directora escolar, la maestra María Cristina Trejo Hernández; aquella mujer con ya varios años de servicio me dio la

bienvenida para sentirme acogida en ese espacio nuevo en el que me encontraba, especialmente por ser una maestra recién egresada de la Normal.

Su bienvenida no fue solo un gesto amable, sino la puerta de entrada a una cultura escolar construida por años de esfuerzo colectivo, donde se tejían vínculos sólidos entre colegas y se vivían formas muy particulares de entender el quehacer docente. A través de su liderazgo fui descubriendo las costumbres, las tradiciones, los estilos de relación entre maestros, así como las ceremonias y los ritos que daban identidad a la escuela. Su modelo de gestión no solo organizaba, sino que inspiraba, al transmitir con el ejemplo aquellas pautas que daban sentido al día a día educativo.

Tal como lo expresan Fierro, Fortoul y Rosas (2002), cada escuela está conformada por una serie de prácticas y formas de convivencia que incluyen tradiciones, vínculos entre los actores educativos, celebraciones significativas y estilos de liderazgo que orientan su organización interna. En mi experiencia, estos aspectos no fueron ideas abstractas, sino vivencias concretas que compartí junto a la maestra Cristina. Ella, con su forma de dirigir, transformó la escuela en un verdadero espacio de pertenencia, donde su liderazgo, discreto, pero firme, dejó una huella profunda en mi formación como docente.

La maestra Cristina, después de haber concluido su etapa laboral y de haber entregado su vida al servicio educativo, su legado permanece en la escuela, en quienes tuvimos el privilegio de conocerla y en las generaciones de docentes a los que formó con su ejemplo. Su partida se llena de un vacío profundo, pero también de una huella imborrable. Recordarla y conmemorarla es hacer eco de lo que muchos sentimos: la maestra Cristina no solo dirigió una escuela, ella hizo esta escuela; también fue un espacio de encuentro, de aprendizaje y comunidad. Por eso su memoria está en nuestros actos, en nuestras palabras y en el compromiso que seguimos manteniendo con la educación, tal como ella nos enseñó.

Compartir experiencias, espacios y momentos cotidianos como los recreos o las comidas se convirtió en una fuente invaluable de aprendizaje junto a mi compañera Yolanda Cisneros Vite. Ella, con

más de veinte años de servicio, fue una de las primeras personas con las que entablé una relación cercana desde mi llegada a la escuela. Aunque veníamos de trayectorias distintas: ella con una larga carrera docente y yo como recién egresada, logramos construir una relación sólida de compañerismo y amistad.

Recuerdo cómo se acercaba para explicarme el llenado de formatos que yo aún no dominaba, o cómo me orientaba sobre la forma correcta de iniciar una junta de padres de familia, una práctica que en la escuela Normal solo había aprendido de manera superficial. Su disposición a compartir su experiencia no solo me ayudó a comprender el funcionamiento de la escuela, sino también a fortalecer mi práctica docente desde la realidad misma.

Tal como lo mencionan Fierro, Fortoul y Rosas (2002), cada docente tiene una manera particular de conducir las situaciones de enseñanza y de interpretar cómo aprenden sus alumnos. En este sentido, la maestra Yolanda no solo entendía el aprendizaje desde el aula, sino también el acompañamiento entre colegas como una forma genuina de enseñanza. A través de su ejemplo, descubrí que educar también implica compartir saberes entre maestros, cultivar la solidaridad profesional y reconocer que siempre hay algo nuevo por aprender, incluso fuera del salón de clases.

La maestra Yolanda fue una gran compañera, una mujer íntegra y entregada, cuya vocación dejó una marca profunda en quienes tuvimos la dicha de compartir con ella el camino docente. Con su ejemplo, dedicación incansable, fuerza y un inmenso amor por trabajar con los niños, nos enseñó que la verdadera labor del maestro va más allá de las aulas: es un acto constante de entrega, incluso en los momentos más difíciles. En plena pandemia por COVID-19, siguió participando en las clases en línea, acompañando con compromiso hasta el final. Esas fueron sus últimas intervenciones, llenas de calidez, sabiduría y pasión por enseñar. El 24 de diciembre, justo cuando el mundo celebraba la esperanza y la unión, ella nos dijo adiós. Desde entonces, su recuerdo habita en cada historia compartida, en cada enseñanza que sembró y en cada corazón que tocó con su presencia serena y luminosa.

Recordar a quienes dedicaron su vida a enseñar es también agradecerles desde lo más profundo del corazón. Son los sembradores del futuro, los artesanos de la esperanza, porque su labor trascendió los libros y los horarios escolares. Su ausencia física no borra su presencia en nuestra memoria institucional. Cada recuerdo suyo es una lección viva que permanece con nosotros, acompañándonos y recordándonos que enseñar es un acto de entrega que deja huellas imborrables.

Bibliografía

Fierro, C., Fortuol, B. y Rosas, L. (2002). *Transformando la práctica docente. Una propuesta basada en la investigación-acción*. México: Paidós.

Maestros que dejaron huella

María Catalina Josefina González Pérez

Maestra en Investigación de la Educación. Docente en el Instituto Superior de Ciencias de la Educación, División Académica Ecatepec.
cepauled@gmail.com

En los rincones de la memoria, recuerdos a veces nebulosos, claros u oscuros no vienen al presente tan seguido. He de decir que, entre aquellas remembranzas que dejaron huella, que están vivas por su entretrejo con la propia historia, no por ser las únicas, sino por su significado, son las que ahora comparto.

Cuando regreso a mis primeros años de vida, recuerdo cuando mi tía Simona me llevaba a su escuela, donde trabajaba como maestra de educación primaria, con un grupo numeroso en un salón con bancas binarias, un pizarrón verde, en el que escribía con gises blancos y de colores. Tenía un escritorio lleno de libros, cuadernos, lápices, una silla y un armario de madera repleto de materiales. Las paredes lucían letreros, dibujos hechos por ella misma y por sus alumnos.

Me sentaba en una de las bancas de enfrente con alguna niña con quien me encargaba y desde ahí miraba cómo explicaba, cantaba, contaba cuentos, leía en voz alta, ponía algo en el pizarrón y pasaba a alguien a hacer lo que ella le indicaba. Podía ver al conjunto de niñas y niños poniendo atención, respondiendo a coro algo que les preguntaba, escribiendo en sus cuadernos, platicando entre ellos, mientras tomaba lectura o les calificaba. A veces les escribía con letra manuscrita muy bonita en sus cuadernos. En esas visitas que me causaban fascinación, empecé con la idea de seguir los pasos de mi tía y me vi a futuro como maestra. Ella, sin duda, fue mi primera inspiración para transitar mis etapas escolares con esa idea en mente.

En los periodos vacacionales en casa de los abuelos paternos, los libros de mi tía me llamaban la atención; desde la colección Tesoro de la juventud hasta los textos del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, que en los años sesenta le permitieron obtener su título

como maestra, pues había iniciado a trabajar en Tlacotepec después de la primaria. Posteriormente, en los ochenta en la UPN Puebla, estudió la licenciatura y platicaba sus andanzas para acreditar las materias con la ilusión de contar con un concepto que sumaría a su sueldo. Además, en la casa organizaba cursos de verano que, hasta hace pocos años, aún tenía alumnos que la buscaban e incluso, hijos de sus alumnos que la conocían.

En noviembre de 2024, falleció. Llegaron muchas personas a despedirla, entre ellas un taxista, maestro jubilado, que al pasar frente a la casa se enteró. Con lágrimas en los ojos miraba el féretro y me acerqué para que me contara cuándo había sido su alumno. Recordaba lo exigente y duro carácter que tenía para mantener la disciplina de los chiquillos y cómo apoyaba a los más pobres que no tenían ni para el cuaderno o el lápiz; la paciencia para enseñar a quien le costaba trabajo; los desfiles que organizaba con toda la escuela; los concursos de oratoria, los juegos de volibol, entre tantas actividades. También dijo recordar que la maestra llevaba a una niña a veces con ella, pero no podía ser su hija por la edad y en el tiempo que él estudió. Era yo.

Al sepelio llegó un señor de más de 60 años, fue su ahijado cuando salió de sexto grado. Nos mostró fotos y su notable contrariedad al despedirse de su maestra. Adiós a quien nos ofreció lecciones de vida.

Durante mis estudios de primaria en turno vespertino, mis maestros y maestras eran muy buenos para enseñar; la maestra Delia, con su paciencia y método onomatopéyico, pedía leer en coro textos del libro de primer año (los de la Patria). Cuando entré a la escuela, ya sabía leer porque mi madre me enseñó con el silabario de San Miguel, por lo que no tuve dificultades. Mi maestra Mode (Modesta), ya de la tercera edad, me enseñó a bailar *El rascapetate* para el Día de las Madres; la maestra Conchita, joven y guapa, me apoyó en la práctica de la lectura; el maestro José Luis, con las clases de Geografía de México; el maestro Nelson, en quinto y sexto, nos exigía aprender bien las operaciones básicas porque en la secundaria Matemáticas era materia muy difícil. De ellos, no volví a saber. Del director, el maestro Vicente Mojica Cuevas, originario de Guerrero, con su silbato y su fuerte carácter, un

día me preguntó qué pensaba estudiar. Le dije que para maestra, ante lo cual me respondió que debería estudiar mucho para lograrlo y, como la escuela estaba frente a mi casa, cuando me veía, me pedía informarle cómo iba. Cuando ingresé a la Normal, me felicitó y, muy orgulloso, asistió a mi graduación. Le admiraba su firmeza, disciplina y compromiso para que los chicos cursaran una buena escuela y siguieran sus estudios y si no podían, que tuvieran lo necesario para salir adelante. Un día llegó la noticia de que había sido asesinado en su casa, frente a su familia. No supimos los motivos. Adiós a un gran director.

En la secundaria y en la Normal tuve muy buenos maestros y maestras, y otros no tanto. De pronto, en algunas situaciones recuerdo algo que aprendí en Biología, Química, Historia, Literatura, Matemáticas, Inglés o Física; sin duda mis maestras de Geografía, Pilar y Martha Cienfuegos, me impregnaron el interés por esta asignatura, que posteriormente estudié en la Normal Superior. Creo que les habría gustado saberlo.

En la Normal aprendí la responsabilidad, la ética de la profesión, de psicología, de didáctica y otros saberes clave para la profesión, con docentes exigentes.

Durante la especialidad de geografía, fui discípula del maestro Jaime Humberto Graniel Graniel. Para mí, fue uno de los maestros que me dejó enormes enseñanzas en lo personal y en lo académico. Tuve la fortuna de convivir con su familia y de integrarme a un equipo de trabajo bajo su liderazgo. Al terminar el primer año, me invitó al grupo de adjuntos para el curso intensivo del verano. En las clases de geología le tenía miedo porque pensé que era un gruñón de mal carácter y, como no le entendía de rocas afaníticas y faneríticas, afallamientos, sinclinales, detritos, intersticios, me compré libros de geología en La Lagunilla para estudiar y prepararme para las prácticas de campo, porque éstas eran en serio, con equipo para el efecto que adquirimos, como botas, sleeping, tienda de campaña, lámparas, rompevientos rojos, martillos. Aprendí a manejar cartografía temática, observar las formas del relieve y analizar la orogenia y el tectonismo, los tipos de rocas, los procesos de desertización, la teoría de la deriva continental, que por esos años en ese tema solo había textos especializados en

inglés, hasta que Conacyt publicó un espléndido libro. Estuve a cargo de la estación meteorológica de la escuela que formaba parte de la red del Sistema Meteorológico Nacional, para lo que aprendí la lectura de los instrumentos y reportar a diario a Tacubaya. Aprendí bajo su orientación a organizar las prácticas de campo, las rutas y las paradas de trabajo, en las que varias veces me dejó dirigir sin avisarme. Nos enseñó a observar el cielo nocturno e identificar planetas, estrellas y constelaciones. Lo acompañé a prácticas que eran de otros grupos y de inmediato me ponía a trabajar, no sin antes preguntar si tenía permiso de mi papá, quien estaba afuera vigilante. Aprendí que era tan importante participar en la naciente corriente democrática del magisterio (CNTE) como estudiar a fondo la materia, porque pronto estaríamos frente a grupo en las secundarias. A la fecha trato de participar en los Congresos Nacionales de Geografía y otros eventos académicos a los que nos llevaba, primero como asistentes y luego con ponencia, pues había que contribuir en los avances de la disciplina y plantarnos junto con especialistas de primer nivel. Con orgullo expreso que el maestro Graniel fue mi mentor en la especialidad y cambió mi vida. Lamento mucho su partida porque me han hecho mucha falta sus charlas sobre temas geográficos o sus expediciones; también escuchar sus consejos para emprender proyectos, sus razones para defender la geografía como materia de estudio en educación básica y en la formación docente; echo de menos su guía para seguir rutas y caminar en el terreno. ¡Ánimo, geógrafos! La geografía se hace con los pies...

Maestros que no puedo olvidar por su alto compromiso con la educación y la sociedad de este país fueron para mí Ramiro Reyes Esparza y Rosa María Zúñiga Rodríguez, cofundadores de la *Revista Cero en Conducta* de Educación y Cambio, A. C. Desde que los conocí, mi tema de trabajo académico ha sido la formación docente, sin dejar de lado las prácticas y contextos de las escuelas. En los inicios de los 90 incorporaron el estudio de la subjetividad en los procesos formativos y la perspectiva psicoanalítica. Con el profe Ramiro participé en una investigación sobre la formación inicial, empleando historias de vida. Fueron maestros ejemplares, participaron en su juventud en el Movimiento Estudiantil del 68 y en la izquierda mexicana. Cobijaron a estu-

diantes normalistas como a sus hijos; su trato personal y académico, así como sus enseñanzas, fueron inigualables. En un viaje a Ciudad Victoria, Tamaulipas, ambos perdieron la vida junto con un sobrino, en un fatal accidente automovilístico. Aún los extraño.

Hace un año, por el 15 de mayo, perdimos al profe Olac Fuentes Molinar. Como subsecretario de Educación Básica y Normal, impulsó un ambicioso proyecto educativo que incluyó nuevos planes y programas de educación básica, materiales de apoyo al trabajo docente, el diseño de licenciaturas de educación primaria, secundaria, preescolar y educación física; crear los centros de maestros y otros programas para apoyar a los maestros. Pertenecer a su equipo de trabajo fue un privilegio en una etapa de intenso aprendizaje; le agradezco enseñarme a mirar de otra manera la educación geográfica y su sentido en la escuela.

Mi gratitud a todos mis maestros y maestras, que estoy segura dejaron huella no solo en mí, sino en la historia del magisterio.

Mi admiración y respeto por siempre

María del Carmen González

Profesora normalista. Maestra jubilada. mcgpzetina@yahoo.com.mx

En esta profesión tengo la fortuna de haber encontrado personas a las que llamo MAESTROS, no sólo porque estudiaron en la Normal o en alguna institución formadora de docentes. Maestro, para mí, no es el que presume títulos. Maestro es el que comparte sus saberes, técnicas, consejos, tiempo y materiales, sin egoísmo; es que el que, por su dedicación y empatía, escucha a los alumnos, ya sean niños, jóvenes o adultos. Éstos saben que pueden acercarse para aclarar sus dudas, expresar sus preocupaciones o hablar de sus vidas, secretos y sueños sin ser juzgados o etiquetados. Un maestro sabe que son personas diferentes y hay que conocerlos, reconocerlos e impulsarlos. Es el que ayuda a quien lo necesite.

Por su pasión y por el trabajo, sigue estudiando, investigando y aprendiendo para mejorar su práctica profesional y humana, muchas veces sacrificando su tiempo de descanso.

Involucra a la comunidad con la escuela, promoviendo actividades para recortar la distancia entre ambas.

La mayoría de sus colegas reconoce sus cualidades y aprecia su opinión. Otros siempre están en su contra.

En este texto voy a hablar de las maestras que admiro y respeto.

María Catalina Josefina González Pérez

Catalina es la hija mayor de seis hermanos, desde pequeña quiso ser maestra, nunca tuvo dudas y su proceso empezó a fluir para lograrlo. Su tía, la Profra. Simona González Ramírez fue un referente en su vida, de niña la acompañaba a su escuela y tenía contacto con sus alumnos, allí la semillita fue creciendo, siempre fue una alumna destacada y disciplinada, orgullo de sus padres.

En la primaria “Leyes de Reforma” obtuvo las mejores calificaciones durante los seis años, en sexto grado formó parte de la escolta. En la secundaria “Iván Petrovich Pávlov” apareció en el cuadro de honor, siempre apreciada por sus maestros.

Su formación académica como maestra de educación primaria inició en la Benemérita Escuela Nacional de Maestros (Generación 76-80), con las prácticas de cada semestre estando frente a grupo. Puso mucha atención en las materias para elaborar sus planeaciones y materiales, así transcurrieron los cuatro años de carrera entre estudios, sueños de juventud y amistades duraderas.

Al graduarse, ingresó a la Normal Superior para cursar Geografía, a la par de su trabajo en la primaria. Ahí conoció a grandes maestros que la inspiraron.

Trabajó en primaria, secundaria, la Normal Superior y colaboró en revistas educativas; tuvo la oportunidad de participar a lo largo de los años en varios proyectos en la Secretaría de Educación Pública, fue coautora de libros de texto y materiales para docentes. En especial del *Atlas de México* y colaboró en la coordinación editorial de la colección *Desafíos*, que se distribuyó en las escuelas primarias de la Ciudad de México, entre otros. Actualmente, trabaja en el Instituto de Ciencias de la Educación del Estado de México.

Con toda su experiencia laboral y grandes logros académicos, sigue siendo una persona sencilla, de fácil trato con sus compañeros, alumnos y autoridades, dispuesta a trabajar en equipo y ayudar a los demás, aún cuando tenga el viento en contra.

Blanca Margarita Beatriz Ortega Galván

A Magos, como todos le dicen, la conocí en la Escuela Ricardo Reyes en la Ciudad de México. No recuerdo mucho de su vida personal porque generalmente hablábamos de la escuela, del apoyo de los padres de familia, de las problemáticas de los niños y niñas, de la planeación, de si funcionaba o no hacerla por semana o inclusive algunos temas por día acordes a las características de los alumnos de nuestra escuela.

En las juntas de Consejo Técnico proponía actividades no sólo para sus alumnos, sino para todos los grupos, compartía sus saberes, dirigía el Coro con alumnos de toda la escuela para los concursos de interpretación del Himno Nacional y la Canción Mexicana.

Nos convencía y alentaba para bailar en festivales y ceremonias de fechas importantes, ensayando a la hora de la salida, a hacer recorridos por las calles de la colonia con movimientos gimnásticos, generalmente para el Aniversario de la Revolución Mexicana. Nos animaba a solicitar permiso para hacer visitas a lugares de interés autorizados por la SEP, porque generalmente nuestros niños en casa no tenían esa oportunidad, lo que nos generaba verificar precios, planear, llenar permisos y muchas cosas más. Su incansable entusiasmo era contagioso, compartido por la mayoría de los compañeros, con sus excepciones. Era tan organizada que le daba tiempo para todo.

En su grupo se le oía impartiendo clase, revisando, motivando a sus alumnos, no los vi desordenados, mantenía la atención, se acercaba para escuchar, resolviendo dudas, le platicaban sus vidas, les hacía comentarios para hacerlos sentir bien.

Al ser una escuela de tiempo completo, había comedor, sus alumnos se apuraban a entrar para sentarse junto a ella y conversar.

Magos ha escrito libros, actualmente tiene su canal de *YouTube*, da tutoriales de bailes de México, tiene un grupo de danza con niños, hizo una propuesta para la enseñanza de las matemáticas, es una defensora y rescatista de animales, es amante de la danza folklórica. Su entrega la ha llevado a trabajar con sus vecinos limpiando un terreno baldío, sembrando árboles, flores, pintaron un mural en la pared, dibujaron juegos y demás, ello con recursos propios.

Cuando se jubiló, trabajó un tiempo en una escuela particular, primero dando clases de danza y después como maestra frente a grupo, lo que generó inconformidad de algunos padres de familia porque, ¿cómo una maestra de danza les iba a dar otras clases a sus hijos?, llevando sus quejas hasta la Supervisora de zona. En ese momento yo iniciaba como apoyo técnico en dicha zona y, al escuchar su nombre,

le comenté a la Supervisora quién era la Maestra Margarita. Checó su expediente y hablaron con los descontentos.

Para mí, siempre fue un ejemplo de entrega, organización, compromiso e inspiración de un trabajo bien hecho. Me enorgullece que me considere su amiga.

Mi admiración y respeto por siempre para ambas.

Aprender a ser docente

Blanca Cuautle Díaz

Maestra en Educación. Supervisora de educación preescolar en la Secretaría de Educación de Tlaxcala. Ice_ulala@hotmail.com

Hace ya unas décadas fui formada en una escuela Normal privada muy pequeña, tan pequeña que todos quienes nos formamos en ella parecíamos una gran familia, nos conocíamos muy bien, así como también nuestros profesores eran muy cercanos a nosotros. Esta Normal era dirigida por una familia cuya tradición era el ser docente generación tras generación.

En aquella época la Normal era dirigida por los hermanos Carrasco Malpica, los cuales diferían tanto de personalidad; por un lado el maestro Juan Manuel quien era el subdirector de la Normal, un personaje irreverente bonachón de carácter tosco con una franqueza memorable a quien le gustaba que existieran maestros de vocación y no por herencia, quien en todo momento exigía portar un uniforme con orgullo y pulcritud como lo esperado por alguien que en algún momento será el ejemplo de sus alumnos, con zapatos lustrados y cabello bien peinado, a los caballeros les recomendaba no ser unos “mamarrachos” les decía, corten su cabello, rasuren las barbas y vistan bien que se vea que de aquí saldrán los mejores maestros y a las señoritas nos decía eviten reír como guacamayos compórtese como unas damas y sean delicadas, pero caminen siempre con firmeza que esos pasos que den les permitan avanzar siempre a sus metas, pero, sobre todo, sean humildes y eviten ser unas señoritas presumidas que están todo el tiempo en el escritorio, pues recuerden que trabajan con niños y los niños necesitan movimiento. Cuando vayan a las comunidades siempre saluden, practiquen la amabilidad saludando de buenos días a las personas de allí, para que los conozcan, pues ustedes serán algún día líderes de esas comunidades, eso nos lo decía de manera reiterada, cada que salíamos a realizar prácticas nos organizaba un protocolo para la entrega de órdenes y nos llenaba de una cátedra llena de con-

sejos que por aquellos tiempos éramos demasiado jóvenes para darles sentido y que debíamos llevar un paso adelante para responder a los imprevistos del aula, que la planeación era importante, pero aun más la responsabilidad social que tiene un maestro; el maestro Juan Manuel agregaba en todos sus discursos cosas como: el error del médico se entierra, el error del arquitecto se borra, pero el error de maestro permanece para siempre, así que mucho cuidado con lo que le decimos y hacemos a un alumno porque podemos marcarlo de por vida. A veces al maestro Juan Manuel lo tachábamos de exagerado porque le encantaba imprimir perfección a sus eventos cívicos y sociales, los cuales se preparaban con antelación, se ensayaban y llevaban toda una logística, lo cual, ahora comprendo, es parte de la proyección a la comunidad. También que ese orden y uniformidad era parte de tener disciplina, que ese entusiasmo por cantar a todo pulmón nuestros himnos era para desarrollar el sentido de la identidad y hoy agradezco todos sus consejos porque gracias a ello trato de ser eso que tanto me dijo acerca de dejar algo positivo a la sociedad.

Por otro lado, su hermano Moisés, quien en ese tiempo fungía como director de la escuela Normal, era un maestro de un enorme porte, de esos hombres cuya presencia impone, de difícil sonrisa, pero cuando lo hacía era por alguna cosa que le provocara orgullo, tal vez por escuchar un buen orador, una buena disertación de un tema político o por una excelente participación del coro normalista. Él era un hombre de pocas palabras, pero de gran reflexión en ellas. de él admiré su pasión por la música clásica y la fiesta taurina, siempre quiso ampliar nuestro horizonte de significancia y que viéramos más allá. Organizaba una semana cultural con conferencias y arte. Gustaba de invitar a la sinfónica del estado, también apoyaba la existencia de un ballet folclórico y el coro de la escuela, además, tenía en su oficina una colección de libros clásicos y nos hablaba de ellos. Gracias a él conocí *El hombre en busca de sentido*, *Los miserables* y *El coronel no tiene quien le escriba*. Su oficina olía a una tienda departamental, le gustaba tenerla decorada con pinturas y esculturas, además de que siempre estaba escuchando música clásica. Me explicó un poco el contexto del Bolero de Ravel y El huapango de Moncayo. Hubo una

vez que nos llevó a una comunidad alejada a donar un equipo de audio, ahora comprendo lo que eso representa. Él soñaba con que sus estudiantes en algún momento fueran unos maestros llenos de cultura y valores, que pudieran compartir con los demás. Aunque los maestros Carrasco Malpica eran muy diferentes, ambos tenían algo en común, mostrar que el ser docente es un trabajo que ennoblece y dignifica a quien posee este título de maestro y, de ello, la sociedad espera lo mejor de sí, el mejor ser humano, el mejor porte, la mejor versión de sí, quien pueda y se asegure de sacar lo mejor que hay de una sociedad y quien pueda ofrecer lo mejor que se ha construido hasta ahora y que se ponga al servicio de quienes lo necesitan, me gusta esa idea fundamentada por estos dos maestros: ser un líder de la comunidad porque existe una potencial influencia para incidir en cambiar estilos de vida, de abrir mentes, sembrar curiosidades, desear aprender más de todo siempre, con la finalidad de vivir mejor y aprovechar cada oportunidad para perfeccionar el actuar hacia los demás y hacia este mundo, porque gracias a eso construimos juntos esta vida que afortunadamente aún no está resuelta y por mucho necesita de los grandes maestros.

Aprender de quien enseña con el corazón

Verónica González Méndez

Estudiante de la Licenciatura en Educación Primaria de la Escuela Normal “Profesora Leonarda Gómez Blanco”, Teacalco, Tlaxcala.
gonzalezmendez.vgm@gmail.com

Hay personas que no necesitan hablar mucho para enseñar; basta con observarlas para entender que su vocación nace del corazón. Así fue como conocí a la maestra Claudia durante mis prácticas docentes en la escuela primaria de la comunidad La Concordia, en Nativitas, Tlaxcala. Desde el inicio me encontré con una mujer firme, exigente, pero profundamente humana.

En nuestro primer encuentro fue muy clara: no quería practicante. Las malas experiencias con anteriores normalistas le habían dejado cierta desconfianza. Aunque su sinceridad me tomó por sorpresa, no puedo negar que al principio sentí temor e inseguridad. Dudé si lograría tener una buena experiencia durante mis prácticas con ella, en ese grupo y en esa escuela. Sin embargo, los días pasaron y algo en su forma de enseñar comenzó a llamar mi atención.

La maestra Claudia no era una docente común. Tenía una energía especial en el aula, una forma dinámica de trabajar que lograba mantener a los niños atentos, participativos, pero, sobre todo, felices. Fue entonces cuando empecé a observarla con otros ojos, con ojos de aprendiz; poco a poco entendí que detrás de su exigencia había una gran maestra.

Le gustaba que todo en el aula tuviera un sentido: que hubiera orden, que los niños dieran lo mejor de sí, que cada actividad tuviera un propósito. No obstante, lo que más admiré de ella, sin duda, fue el profundo sentido de los valores que buscaba inculcar en sus alumnos, incluso siendo tan pequeños, pues cursaban apenas cuarto grado. Su aula no solo era un espacio para el aprendizaje académico, sino también para la formación humana. La honestidad y la solidaridad eran los pilares de su enseñanza. *“Un niño puede olvidar un contenido, pero*

nunca olvidará una enseñanza sobre cómo ser una mejor persona”, solía decir.

Uno de los consejos que guardo con aprecio en mi mente y mi alma es el de identificar a los líderes del grupo y enfocar en ellos los valores y actitudes que se quieren promover. *“Un grupo con buenos líderes funciona mejor”*, me dijo un día. Desde ese momento, esa frase me ha acompañado en todas las actividades que he realizado con mis alumnos durante mis prácticas. Gracias a ella, comprendí que liderar también implica sembrar en otros, para que florezca un ambiente de respeto y colaboración.

Además de inculcar valores, Claudia me enseñó que la docencia necesita emoción. *“No basta con enseñar, hay que emocionar”*, repetía con convicción. Me motivó a preparar actividades para que los niños no solo aprendieran, sino que también se divirtieran. Juegos, retos, actividades en equipo... todo formaba parte de su método; cada elemento tenía un propósito claro. Fue así como descubrí que enseñar también es crear experiencias, conectar desde lo lúdico y hacer del aula un lugar al que los niños quieran volver cada día.

Me conmovía cómo podía sostener una clase con orden y, al mismo tiempo, mostrar tanto cariño. No necesitaba levantar la voz para hacerse respetar. Bastaba con su mirada segura, con su tono claro, con su manera de estar presente. Aun así, siempre tuvo espacio para el abrazo, para escuchar, para preocuparse por sus alumnos más allá de lo académico. Verla trabajar era como presenciar una coreografía, donde disciplina, afecto y propósito se entrelazaban con armonía.

Lo que más valoro de ella es que la maestra Claudia no veía su trabajo como una obligación. Se notaba que cada cosa que hacía nacía desde el amor. Cada alumno era para ella una semilla que merecía cuidado, atención y guía. Su vocación, sin duda, iba mucho más allá de lo profesional; era genuina, entregada, profundamente humana.

Por todo esto, puedo decir que la maestra Claudia no solo dejó huella en su grupo: también la dejó en mí. Me ayudó a reconciliarme con la práctica, a reafirmar mi vocación, a querer ser una maestra que no solo enseñe, sino que transforme. Porque al final, la grandeza de

una docente no se mide por lo que enseña, sino por lo que deja sembrado en el corazón de quienes la rodean.

Gracias, maestra Claudia...

Por enseñarme con el ejemplo.

Por hacerme sentir que ser maestra es mucho más que pararse frente a un grupo.

Por mostrarme que educar también es abrazar, escuchar, formar y amar.

Gracias por tu tiempo, tus palabras, tus silencios llenos de significado.

Gracias por mirar más allá del error y creer en lo que puede florecer.

Gracias, porque tu forma de enseñar me dio una nueva forma de mirar la docencia.

Gracias, muchas gracias.

Educando en la montaña

Alen David Montilla Soto

Licenciado en Educación. Coordinador académico del Colegio Privado Sagrado Corazón de Jesús. licenciadoalen@gmail.com

En la bucólica población de La Chapa, en la comunidad de Las Tres Flores, sector perteneciente al municipio Autónomo Bolivariano Pampanito, del estado Trujillo, zona andina en la República Bolivariana de Venezuela, Sudamérica, se desarrolla nuestra historia. Acontecía el año mil novecientos ochenta: la novel bachiller-docente Elsy Coromoto Gil, recién egresada como normalista del liceo “Pedro García Leal” ubicado en la ciudad de Valera, estado Trujillo, ante la ausencia de profesores debidamente graduados, se le concede una plaza docente en la escuela rural “Doña Estefanía Morón de Rumbos” en una zona campesina relativamente cercana al pueblo trujillano de Pampanito.

Amante de la docencia, decide la maestra Elsy continuar en su formación pedagógica, puesto que no quería ser el resto de su vida una bachiller-docente, busca de manera incansable poder seguir estudiando para prepararse mejor y hacerle frente de manera más digna a los desafíos propios de la pedagogía; sin embargo, esta tarea no será nada fácil. Puesto que para esa fecha en la entidad trujillana lastimosamente no hay universidades presentes, que le permitan estudiar de manera oficial como maestra de preescolar y posteriormente obtener una titulación superior oficial como profesora que pueda ejercer en un jardín de infancia, con la pericia universitaria necesaria.

La única universidad presente en Trujillo en el año mil novecientos ochenta es la Universidad de los Andes, que tiene abierto un núcleo universitario en La Concepción, perteneciente al municipio Pampanito, pero no existe en ese momento entre sus ofertas académicas válidas registradas la carrera de maestra de parvulario. Tres años después de fungir como maestra rural, toma la decisión de inscribirse en la carrera (Licenciatura) en Educación Inicial. Para ello selecciona la Universidad

Pedagógica Experimental Libertador (UPEL), casa de estudio superior fundada el 28 de julio de 1983.

Afortunadamente, es admitida en la primera cohorte de docentes de dicha casa de estudio en Valera. La sede principal de la universidad estaba ubicada en Caracas, capital de la nación venezolana, pero para efectos de clases en las provincias (interior del país), ante la ausencia de espacios físicos aptos para dicha misión, se usan las instalaciones de los liceos -escuelas de bachillerato- y es así como la maestra Elsy logra estudiar. Puesto que, a Valera, la ciudad más poblada de la entidad trujillana, llega la UPEL.

La UPEL logra conseguir un convenio con uno de los liceos más grandes de la urbe, para que se lleven a cabo las clases y de esta manera la universidad puede tener presencia y acción en el estado Trujillo. Este liceo se llama “Rafael Rangel” aún hoy día, en pleno año 2025, se siguen usando las aulas y los espacios de dicho liceo para las actividades universitarias de esta casa de estudio, debido a que la UPEL solo cuenta con oficinas administrativas en Valera, pero no con aulas.

En el año mil novecientos ochenta y ocho, consigue de manera esforzada, honrada, muy merecida y satisfactoria, la maestra Elsy Coromoto Gil; la licencia en Educación Inicial, otorgada por la ilustre Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Es así como logra ser la primera licenciada universitaria –a excepción del director- de los docentes que ejercen funciones laborales pedagógicas en la Escuela “Doña Estefanía Morón de Rumbos”, motivo esto de impulso, animación, celebración, orgullo, ejemplo y estimulación para todos sus compañeros de trabajo en la ya mencionada institución educativa.

Luego cuenta con la dicha de que la universidad apertura el posgrado en Gerencia Educativa. Sin pensarlos dos veces, decide en mil novecientos ochenta y nueve formalizar de manera legal y oficial su inscripción en la maestría en Gerencia Educativa, asiste a la entrevista con el claustro profesoral encargado de las admisiones para la carrera de posgrado y satisfactoriamente logra ingresar en el programa de estudios. En mil novecientos noventa y uno logra egresar como Magister Scientiarum de la muy benemérita Universidad Pedagógica Experimental Libertador (conocida por su acrónimo UPEL).

La maestra Elsy se convirtió de esta manera en la primera docente con máster en la escuela rural “Doña Estefanía Morón de Rumbos”, superando así en grado académico al director de la institución educativa donde laboraba. Una vez que la docente registró civilmente su título, se le rindió un homenaje en la escuela. A dicho acto asistieron autoridades educativas de instituciones vecinas, el párroco de Pampanito, para ese momento el presbítero católico ya fallecido Edesio Gil. Fue un motivo de ardiente orgullo homenajear a esta docente, puesto que importa muchísimo más el ejemplo que la palabra. La maestra Elsy logró con sus acciones, logros y esfuerzos servir de arquetipo para muchas de las personas que le conocieron.

Durante su ejercicio docente, la maestra Elsy consiguió gestionar con ayuda del director, el profesor Gilmer Avendaño (Licenciado en Educación Básica Integral), de la escuela, la ampliación, remodelación, reforma y dotación del aula de jardín de infancia escolar. Acudía a personas pudientes que desearan obsequiar juguetes, material escolar y cuanto hiciese falta para que los niños tuviesen un aprendizaje divertido y satisfactorio, puesto que al estar ubicada la escuela en una zona donde la gente tenía muy bajos recursos, era imposible que los padres les diesen a sus niños todos los útiles escolares para desarrollar las distintas actividades educativas en pro de su desarrollo cognitivo y curricular.

En la década de los noventa, se logra incorporar un grupo importante de nuevos profesores a la escuela “Doña Estefanía Morón de Rumbos” y ya la profesora Elsy es asignada como coordinadora del jardín de infancia de la institución, cargo que ejerce con el mayor cariño y mística posible en lo que a deontología pedagógica se refiere. Su mayor preocupación siempre es el efectivo desarrollo de la motricidad fina y gruesa en cada uno de sus estudiantes. La creatividad, la lectura de cuentos, los juegos, los cantos, la pintura, los valores familiares y civiles, todos estos aspectos marcan cada una de sus clases día a día. La jornada de la maestra comenzaba a las 7:00 am y su llegada a la institución se caracterizaba por su rígida e innegociable puntualidad, una de sus mayores características.

Siempre, con muchísima paciencia, se dedicaba a embellecer los espacios destinados al aprendizaje con la elaboración de hermosí-

simas carteleras y la incorporación de los inolvidables cineforos, donde, luego de proyectar películas infantiles, rescataba el mensaje que dichos filmes tenían para el bien, moral y luces de los niños que se deleitaban con dichas proyecciones. Cabe destacar que la maestra Elsy siempre mantenía contacto permanente y eficaz con cada uno de los representantes de los niños, puesto que, para ella, el bienestar familiar era fundamental en el desarrollo emocional y académico de cada uno de los niños que eran matriculados en el jardín de infancia que gustosamente ella dirigía.

En el año 2004, lanza su candidatura independiente al cargo de alcaldesa del municipio Autónomo Bolivariano Pampanito en el estado Trujillo, con el partido Alternativo Independiente. En la contienda electoral, pierde frente al candidato Luis Emilio Cordero, adscrito oficialmente al ya extinto partido político Movimiento V República o MVR (se lee Movimiento Quinta República). Incluso en YouTube aún se conserva un video promocional de su candidatura, aquí el enlace de dicha publicación: Canal Arturock Rumbos 666 (3 de junio de 2019). HOMENAJE A MI TÍA ELSY COROMOTO GIL “MAMÁ LINDA” [Archivo de video]. YouTube. (<https://www.youtube.com/watch?v=kyN5bMPZpog>).

Una vez que no consigue consolidar su aspiración política de ocupar el cargo de alcaldesa de Pampanito. Toma la decisión de comenzar una nueva carrera de pregrado, en esta ocasión determina inscribirse en Estudios Jurídicos. En el año dos mil nueve, egresa como abogada con el título otorgado oficialmente por la Universidad Bolivariana de Venezuela (UBV). Combinando su trabajo como profesora, funda su propio escritorio jurídico en la ciudad de Trujillo, capital del estado homónimo, y cuando no se encuentra dedicándose a la docencia, funge como jurisprudente de manera privada con libre ejercicio de su profesión en Derecho.

En el año 2020, fallece producto de un infarto mientras estaba de visita en la República de Colombia, ella se encontraba de visita en la ciudad de Bogotá, donde residía su hija. La maestra Elsy continuaba ejerciendo sus funciones como docente porque, aunque tenía la edad y el tiempo trabajando como profesora para jubilarse, no quería introducir la documentación necesaria para obtener la jubilación y disfrutar

de su retiro. La muerte de la maestra Elsy fue un acontecimiento muy doloroso para la población de Pampanito, cuando trajeron sus restos desde Colombia al templo católico parroquial, el ambiente lúgubre, de pesar, pena y dolor era notorio.

La iglesia San Juan Bautista de dicha localidad se quedó muy pequeña y no pudo albergar la cantidad impresionante de asistentes a los actos religiosos en su funeral. El rito católico fue acompañado por un porcentaje altísimo de la población pampanitense y personas de los alrededores: exalumnos, compañeros de trabajo, el señor alcalde del pueblo, don Leonel Ruíz (quien curiosamente la había vencido en las elecciones municipales), vecinos, el presbítero católico José Luis Nava, párroco de la iglesia San Juan Bautista, todos con notable dolor y respeto ante irreparable pérdida. La herencia que deja en cada uno de los corazones que interactuaron con ella es indudable, a tal punto que quien escribe estas letras fue su alumno y ella inspiró una de mis razones para ser profesor.

“Siguen siendo luz”

Patricia Escobedo Guzmán

Maestra en Educación. Subdirectora de Gestión en la Escuela Primaria Alfredo E. Uruchurtu de la Alcaldía La Magdalena Contreras, Ciudad de México. patricia.escobedo@aeefcm.gob.mx

Quien diga que no tuvo un maestro especial o varios a lo largo de su vida, sin duda, no ha vivido del todo.

Y es que siempre hay en nuestra historia un maestro que alumbró nuestro andar académico; con su presencia, con sus palabras, con su apariencia física, con sus dichos, con su manera de ser, con sus regaños, con su forma de enseñar, con su amor por la docencia, con su insuperable modo de comunicarse con nosotros; en fin, docentes que, aunque ya trascendieron, siguen siendo luz.

Debo confesar que yo soy maestra, gracias al destello de cada uno de ellos.

Y justo hoy, dedico estos testimonios a todos ellos, pues, desde niña fui bendecida con la cercanía de algún docente que iba guiando mis pasos; desde mis padres Amparito y Rodrigo, que con su ejemplo y su misión de vida fueron delineando la mía, con aquella directora que a los seis años me detuvo en el patio y me pidió que la ayudara en la dirección a manejar el mimeógrafo para imprimir los exámenes y ayudarla a contestar el teléfono de la escuela, pues su secretaria se había fracturado la pierna e iba a faltar por un tiempo largo; con mi primer maestra de primaria, la hermosa maestra Mary, que con su inmenso cariño y su apoyo ayudó a infinidad de generaciones a aprender a leer y escribir con una dedicación y templanza inmejorable, con mi maestro Miguel que vio en mí la capacidad de poder ser oradora en grandes escenarios y desde los siete años me preparó con sus saberes de oratoria y declamación a destacarme en un mundo que yo no conocía y que actualmente me apasiona y guía mis pasos, o mi maestra Margarita, profesora de primaria de quinto y sexto grado de primaria, que me decía que estaba orgullosa de ser mi

maestra pues, yo le daba muchas alegrías cuando ganaba mis concursos de oratoria y declamación; cuando la que estaba feliz de ser su alumna, era yo, pues todos la querían como maestra por su porte, su elegancia y su saber; con mis maestros de la educación Normal que crearon el mejor de los ambientes para que mis compañeras y yo pudiéramos convertirnos en unas docentes comprometidas y ávidas de ayudar a otros.

En fin, estos testimonios van más allá del simple deseo de dejar en claro que cada uno de los educadores que han guiado mi camino han sido mi faro; tengo muy presente aún las palabras de mi maestra María Antonia que preparándome para ser docente siempre me decía que cuando fuera a entrar a un lugar donde no me conocieran ni yo a ellos, entrara con tal convicción que nadie se atreviera a detenerme, pues yo sabía a donde me dirigía; y esa sabiduría me ha servido hasta el día de hoy para integrarme en todas partes con gran celeridad; con mi maestra Bertha, la dueña de la escuela de mi primer trabajo como maestra, aprendí mucho de lo que hoy soy, pues era una persona de lo más discreta y auténtica más su gran corazón siempre le abrieron las puertas de cualquier lugar, aunque lo que recuerdo y admiro de ella siempre ha sido su capacidad de asombro y su mirada inocente y expectante ante las cosas y las experiencias que la apasionaban; asimismo con su esposo Xavier adquirí la sabiduría de sus palabras y su manejo de los alumnos, pero en especial su vocación innata para educar y mantener un espléndido control de grupo; es algo que a la fecha me apasiona e intento guardar en mi disco duro de recuerdos, vivencias y formas de estar en presente con alumnos, compañeros docentes y con padres de familia.

Un punto y aparte es el recuerdo de mi amiga y maestra de vida, Alma Delia, su manera de dominar el escenario académico con su sola presencia y la valía que tenía para realizar actividades administrativas y docentes como un reloj suizo son aspectos que yo intento replicar en mi vida académica como un latente homenaje hacia ella. Otra persona que acaparaba siempre la atención de todos era mi amiga y maestra Sarabel, quien, siento yo, se fue muy joven a enseñar en otras dimen-

siones; su trato personal, su pasión por los alumnos, su mirada diáfana y auténtica y el cariño que derrochaba eran factores de verdadero aprendizaje para propios y extraños.

No puedo dejar de mencionar también a la maestra María de los Ángeles, una excepcional maestra de Historia que se fue joven y con muchas cosas por enseñar a sus alumnos, aunque estoy cierta de que todos los que tuvimos la fortuna de coincidir con ella sabemos que, más allá de las clases de historia, su personalidad, sus charlas, su sapiencia y su carácter fuerte, pero aterciopelado, valieron la pena, pues conformaron nuestro bagaje de vida.

Ser docente no es tarea sencilla, pero además ser maestro y aquilatar cada pisada andada para ir conformando personas con valores, con conocimientos y que, con el paso del tiempo, vuelvas a encontrar y te digan que cursaron tal o cual carrera, o que se dedican a tal o cual cosa porque tú, docente, así se los dijiste o te desearon seguir y también son maestros para parecerse un poquito a ti, es realmente ser luz.

Este año 2025 cumpla 40 años de ser docente de educación primaria. Las vivencias que yo he tenido, lo que he tenido oportunidad de ver y escuchar, las generaciones de docentes, alumnos y padres de familia que he tenido la fortuna de conocer y valorar y toda la experiencia de vida que he adquirido son un verdadero regalo para mí; por tal motivo, el que hoy me permitan rendir homenaje a todos aquellos docentes que he conocido a lo largo de mi diario andar y que han trascendido en amor, es un total privilegio, pues han formado el andamiaje de conocimiento, experiencia y magia de amor total que permea mi vida académica.

Y claro que siguen siendo luz, todos y cada uno de ellos, pues no fue casualidad que emparejáramos nuestras vidas en algún momento y yo, la verdad, me siento bendecida de haber contado con su amistad, sabiduría y coincidencia de vida.

Así pues, sin duda, le hallé un significado a mi vida, ayudando a otros a encontrar un significado a sus vidas y sin pensarlo ha sido una dicha ser una pieza de rompecabezas en la línea de vida de cada uno de mis docentes, los de antaño, los del presente y los del futuro.

Y a los que se fueron muy pronto y han trascendido, mil gracias por seguir siendo luz en nuestras vidas.

Que su alma descanse y su conocimiento nos guíe a cada instante en Amor.

Maestra Elvia: Su vocación es una medicina para el dolor

Roxana Karen García Santiago

Licenciada en educación primaria. Docente de la Escuela Primaria “Profr. Manuel Hinojosa Giles” en el Estado de México. roxgcia0@gmail.com

Era agosto del 2008, con apenas catorce años, me encontraba por cursar el segundo grado en la Escuela Secundaria “Jaime Sabines” del municipio de Ecatepec. Siempre fui una estudiante tímida, callada, pero dedicada a cada una de mis clases. Honestamente, la asignatura de español fue mi batalla personal durante esos años. En un ciclo anterior, tuve una experiencia no grata con la maestra que impartía dicha asignatura, que, en lugar de motivarme, sus clases me generaban miedo. Aún tengo presente el nudo en el estómago, cada vez que quería acercarme a resolver alguna duda. Esa situación ocasionó que le agarrara desagrado a la materia, lo que afectó mi desempeño y la adquisición de los aprendizajes, no por falta de interés, sino por temor.

Cuando pasé a segundo grado, sentí alivio porque ya no estaría la maestra del ciclo anterior. Me sentí relajada, pensé que podría ser un nuevo inicio para mejorar en ello; pero para mi sorpresa, este nuevo año estaría a cargo de la maestra Elvia. Generalmente, ella era conocida por impartir clases a los alumnos de tercer grado, pero ese ciclo, por alguna razón, estaría con nosotros.

Todavía en mis memorias está su primera clase. La maestra Elvia era una mujer de semblante serio. En la escuela era conocida por ser estricta y exigente. Al entrar, el aula guardó silencio. Ella permaneció en silencio, se mostraba muy pensativa.

Mis compañeros, sin antes conocerla, se burlaban de ella, principalmente por su apariencia física. Nunca supe qué pensar de ella. La maestra Elvia era la clásica maestra que corregía a detalle cada uno de los trabajos y tareas. Una persona que rara vez mostraba una sonrisa. Me parecía fría, distante y dura. No obstante, con el tiempo descubrí que detrás de ese rostro había una mujer que estaba cargando con una lucha interna que la fue apagando lentamente. Ello, no fue impedi-

to para mantener su compromiso a su quehacer docente; la escuela se convirtió en su refugio, un espacio en el cual se sentía segura y momentáneamente podía olvidarse de sus preocupaciones.

Fue entonces que comprendí su seriedad, en el fondo fue una gran persona que se preocupaba por sus estudiantes. De alguna manera me veía reflejada en ella, como aquella chica de la que se burlaban sin conocerla, a la que molestaban, sentí una conexión con ella. La maestra Elvia fue muy paciente conmigo, cuando tenía alguna duda, ella dedicaba su tiempo para resolverlo, siempre con respeto y amabilidad. Una docente que, con su guía, comencé a entender mejor la asignatura, poco a poco fui ganando esa confianza que había perdido en mí misma.

Tratar con adolescentes fue complejo, ya que no todos mis compañeros estaban dispuestos a aprender, en ocasiones trataron de sabotear sus clases. No obstante, la maestra, día a día, se mantenía firme frente al grupo, defendiendo con pasión la coma, cada acento y palabra como uno de sus tesoros más preciados. Había algo en su manera de expresarse de los libros, de los contenidos, de ella emanaba un brillo en sus ojos que no podría explicar, pero que evidenciaba lo mucho que amaba lo que hacía.

Nunca externó detalles de su vida privada ante el grupo. En ocasiones sí se le llegaba a ver cansada, pero en esos tiempos atribuí que su agotamiento se debía a que tenía un bebé de escasos meses. Nunca mencionó sus dificultades o preocupaciones, simplemente cumplía su labor como cada día, sin esperar nada a cambio.

A finales del ciclo escolar, la maestra realizó un comentario personal que aún recuerdo con cariño. Me felicitó por mi gran avance, de lo cual me sorprendí porque no pensé que fuera capaz de disfrutar tal asignatura.

Esperaba poder terminar con ella mi último grado de secundaria, para el siguiente ciclo escolar, la maestra ya no regresó, lo cual fue extraño porque nos habían dicho que sería ella quien continuaría con la clase de español. En su lugar llegó otra maestra. Pasaron los días y meses, parecía que nadie la recordaba, ni siquiera los otros maestros de la institución llegaron a mencionar de ella. Es como si no hubiera

existido o hubiera desaparecido de la memoria institucional. En ocasiones pienso que la escuela no fue justa con ella, al no reconocerle su gran labor. Quizá no fue la persona más expresiva, o una docente perfecta, pero puedo decir que para mí fue la maestra más humana que conocí en mi adolescencia.

Muchos años después, me enteré de su partida. Mi hermana se encontraba estudiando en la misma secundaria. En un evento del Día de Muertos, les tocó colocar la ofrenda, y fue ella quien me comentó que la foto de la maestra se encontraba ahí. Me cayó de golpe la noticia, lo primero que pensé fue en el pequeño niño que dejó. Era una persona que merecía vivir más, compartir más de su conocimiento, ser comprendida y valorada por quién era.

Me quedé con ganas de poder volver a verla, de decirle hasta dónde he llegado. Compartirle que ahora disfruto escribir, que su ejemplo me acompaña en mi propia labor docente. Que cuando corrijo a alguien me acuerdo de ella, del amor en cómo hacía ver lo difícil posible y que ha dejado huella en la forma de ver la vida y de estar frente a un grupo.

Hoy, al recordarla, me invade la tristeza por no haberle dado las gracias. Me pesa nunca haber preguntado alguna vez cómo estaba. Y es bien cierto que la profesión docente no ha sido valorada como debe ser, no me cabe duda de que a veces quienes están enseñando atraviesan sus propias batallas. La labor de los maestros y maestras no siempre es valorada como merece. Un simple “¿cómo está?” puede marcar la diferencia.

En estas líneas reconozco la labor, amor y dedicación que ofreció en sus aulas. Estoy eternamente agradecida, gracias por cruzarse en mi camino. Gracias, maestra Elvia, por enseñar con el corazón. Gracias por enseñarme... aun cuando nadie preguntó cómo estaba.

Porque me cambió la vida

Alicia González Romero

Maestra en Ciencias de la Enseñanza de las Matemáticas. Profesora del Departamento de Estudios Políticos del CUCSH de la UdeG. alicia.gromero@academicos.udg.mx

Querido maestro José Luis de la Torre Ramírez. Difícil resistir la tentación de escribir un poco de tu grandeza como profesor y compañero de trabajo.

Se acaba de abrir la convocatoria para publicar un artículo en el libro “Maestros que dejan huella” y lo menos que podría hacer ante todas tus enseñanzas sería hablar un poco de ellas y de ti, como excelente ser humano. Justamente ahora que acabo de cumplir 63 años y me encuentro en la costa, tratando de organizar un poco las reparaciones necesarias de la casa que construyeron mis padres, recuerdo que me comentaste que la edad es un factor determinante. Que, si las personas se cansan después de los 50, después de los 60 es peor.

Curiosa es la vida. Actualmente, soy maestra de matemáticas y estadística. Y siempre me gustaron las ciencias exactas. Cuando era pequeña, rápidamente entendía los problemas que implicaban razonamientos lógicos, pero más de alguna vez me ganaron las inquietudes existenciales y terminaba castigada en la dirección. Estudié la primaria en el Colegio Guadalupe. Mis maestras fueron monjitas y recuerdo que una vez la directora, como castigo, me pidió que me aprendiera las tablas de multiplicar, pero, gracias a que mi padre las dominaba muy bien, se le ocurrió la idea de que me aprendiera las tablas del 10 al 15. En aquel entonces, las tablas del 1 al 10 se encontraban escritas en la pasta posterior de los cuadernos, así que no me quedó otra que reconstruir las del 11 al 15, porque no estaban escritas en ningún lado. Cuando llegó la hora de salida, el maestro de deportes fue el encargado de verificar que realmente había cumplido con el castigo. Recuerdo que le presté la hoja en la que tenía escritos mis cálculos y que, para no verse mal ante el resto de los directivos, prefirió no consultarlas.

De esa manera, me fue preguntando, y ante su desconocimiento, me decía que el resultado estaba bien.

Pasaron los años, y admiro a mis padres por su gran paciencia. Entré a la secundaria técnica para señoritas. Exconvento de San Agustín, actualmente Escuela de Música de la Universidad de Guadalajara. Las aulas, totalmente improvisadas con bloques de concreto y sin ventanas, no eran la mejor opción para motivar el aprendizaje de tantas adolescentes juntas, así que al finalizar mi segundo año de secundaria me quedaron 5 materias para repetir en extraordinario, entre ellas, matemáticas. El hablar de ti, en este artículo, no le resta importancia a personajes que han pasado por mi vida. Así fue como un novio, “El mago Miguel”, me ayudó a entender el álgebra. Fue así como, después de librar batallas, llegué a la preparatoria 5, con el célebre Dr. José Jurado Parres como director. En aquel entonces, teníamos tres días con materias básicas en la preparatoria, dos días en tecnológicas y uno en desarrollo de la comunidad. Como siempre me ha gustado el campo y los animales, decidí optar por la especialidad en plantas de ornato, que estaba ubicada en el área de industriales, en el espacio ahora conocido como CUCI. Fue ahí que, por azares del destino, durante dos semestres fui admiradora fiel de ti y de tus clases de matemáticas, querido maestro José Luis. Recuerdo que escribías todas las explicaciones en el pizarrón con letra perfectamente alineada y clara. Después de anotar y transcribir, a nosotros nos explicabas en qué consistía el tema. Nos dejabas como trabajo ejercicios muy similares a los explicados en clase. Contigo entendí perfectamente que una ecuación se refería a una igualdad, como su nombre lo indica. Fui tu fiel aprendiz; llegaba a casa y desarrollaba todas mis tareas de álgebra y trigonometría en papel milimétrico y en mi cuaderno. Era algo mágico el poder comprobar que los resultados de los ejercicios planteados coincidían en su representación gráfica y algebraica.

En los exámenes me fue muy bien. Recuerdo perfectamente y todavía lo conservo, el examen que con tu letra perfectamente alineada me escribiste: “*Mis más sinceras felicitaciones, Alicia*”.

Fue tanto mi orgullo, que se lo enseñé a mi mamá. Ella me dijo: “*Qué letra tan bonita y clara tiene tu maestro; se observa en ella que es una persona segura de sí misma*”.

Apenas tenía 18 años. Fue así como transcurrió un año completo de verdaderas matemáticas...

Francamente, no puedo decir qué tanta fue la influencia que tuviste en mi decisión de cambiar de carrera. En lugar de estudiar Agronomía o Biología, terminé estudiando la Licenciatura en Matemáticas.

Transcurrieron los años y Dios sabe por qué hace las cosas. En el año 2000, cuando estaba pasando por situaciones difíciles, coincidimos en el Congreso Nacional de Enseñanza y Aprendizaje de las Matemáticas. Nos encontramos o te encontré en un pasillo del CUCEI. Curiosamente, en el lugar en el que 20 años atrás había sido tu estudiante. Te saludé y te recordé quién era. No creo que me hayas identificado fácilmente. Sin embargo, te comenté que había estudiado la carrera de matemáticas y que estaba buscando trabajo. Fue entonces cuando anotaste mi nombre y teléfono en un papel.

El teléfono sonó en casa. Eras tú, que, con tu voz segura y amable, recuerdo que le comenté a la psicóloga que entonces estaba conmigo. Me pediste mi currículum y me citaste en tu cubículo, que se encontraba en la Licenciatura en Sociología en el CUCSH. Debo reconocer que no fue fácil elaborar mi expediente. Era la oportunidad de trabajo que siempre había deseado.

Cuando llegué, el Departamento de Sociología y tu cubículo estaban pulcramente limpios y ordenados. Revisaste rápidamente mi currículum, y sin escuchar quién era ni de dónde venía, me llevaste a la Licenciatura en Estudios Políticos e Internacionales y me presentaste. Fue ahí en donde, después de cinco años de trabajo en el Sistema de Educación Media Superior (SEMS), trabajando sin contrato formal, fui apoyada por ti para que tuviera un nombramiento como maestra de asignatura. A partir de ese momento, empecé a trabajar con estudiantes de las licenciaturas en Filosofía y Estudios Políticos e Internacionales.

Como era nueva en las carreras, no faltaban los problemas. Sin embargo, me comentaste: “Los grupos son como las personas. No todos son iguales”. Es necesario adaptarse a ellos. Algo que me gustaba de ti es que no centrabas las pláticas en los problemas. Rápidamente canalizabas las energías en la producción de material didáctico y en actividades propias de la academia.

Una vez me invitaste a dar clases de Estadística. Yo te comenté que no conocía los temas. Fue así como regresé a tus aulas como estudiante y asistente. Segura estaba de que iba a estar frente a un excelente maestro. El 11 de septiembre del 2001 llegué a tu primera clase. Día triste para la humanidad. Recuerdo que, hablando solo, mencionaste que era el fin del mundo. Sin embargo, no suspendiste tu clase ni mencionaste nada al respecto. Un consejo que ahora recuerdo. “Sé profesional”, “No debes expresar tu sentir con tus alumnos”.

Desde entonces he sido integrante de la academia de Análisis de Datos Cuantitativos y del Cuerpo Académico de Estudios Sociológicos. Años de trabajo, estudios y enseñanzas. Organización de coloquios, elaboración de material didáctico y juntas de academia.

Años de continuo trabajo y estudio. En el 2013, me entregaste un oficio en el que me asignaron el cargo de presidenta de la academia de Análisis de Datos en la Licenciatura en Estudios Internacionales. Decidiste jubilarte.

Gracias a ti, como profesor y gran amigo, continúo impartiendo clases de matemáticas y estadística en las licenciaturas de Sociología y Estudios Políticos.

Es así que cuando encuentro estudiantes inquietos o escépticos del aprendizaje de las “ciencias duras”, recuerdo tu paciencia, optimismo e ingenio para despertar el cariño y el aprendizaje de tan bonita ciencia.

Seguí teniendo comunicación contigo por WhatsApp. Siempre con mensajes positivos y transmitiendo enseñanzas de los lugares visitados con tu esposa. Me comentaste que compraste una casa en Manzanillo y que le faltaba el internet.

El penúltimo mensaje recibido fue hablado y mencionaba algunas frases como las que siguen: “Si usted llegó a los 60 años, cuídese de todo... Repetir es palabra maldita y prohibida. Repetir matrimonio, ni loco... Volver a cantar “te ahogas mi vida, volver a nadar... será flotar... Si después de los 60 usted no siente nada, es porque ya se murió...”

Ante la pregunta: ¿Cómo estás después de los 60? El 4 de octubre del 2023, enviaste un mensaje que decía: “Lo más importante en

la vida es tener a Dios en tu corazón, tu familia... tus amigos, la salud, el buen humor y una actitud positiva hacia la vida...

No me dijiste que estabas enfermo. Lydia Serna, el 13 de octubre del 2023, nuestra querida compañera de la Licenciatura en Sociología, me escribió para preguntarme si sabía algo de ti. Fue entonces cuando me comentó que estabas delicado en el hospital. Tu cuñada, Soledad González, nos estuvo informando sobre tu salud...

Curiosamente, las cosas iban mejor cuando iba en el coche, manejando hacia la escuela y escuchando música. De repente sonó la canción de: "Recuérdame... hoy me tengo que ir... recuérdame, hoy tengo que emigrar..."

Fue entonces cuando te lloré. Tu cuñada nos informó más tarde que ya tenías muerte cerebral.

El día de tu funeral, el 28 de octubre del 2023, me tocó presenciar las anécdotas que todos tus hijos, nueras y esposa decidieron narrar. Entonces comprendí que detrás de un gran hombre, hay una gran mujer y una gran familia. Como si fuera una fiesta, todos coincidieron en destacar tu forma de disfrutar la vida, enfatizando tu costumbre de organizar eventos y reuniones con un itinerario antepuesto.

En tu funeral tuve la oportunidad de platicar con Ezequiel Zárate, que, junto con otro compañero, decidieron entregar una corona con el siguiente mensaje: *"Porque me cambió la vida"*.

Estoy segura de que muchos estudiantes como ellos hubieran entregado una corona similar. Familiares y asistentes, te llevamos en el corazón, corazón y entrega hacia los necesitados. Segura estoy, querido maestro José Luis, de que por tu gran corazón estás en paz con Dios. Estoy segura de que tus hijos, esposa y aquellos que tuvieron la oportunidad de convivir y recibir los conocimientos tuyos estarán muy agradecidos.

¡Muchas gracias, querido Maestro José Luis!

La docencia: Inspiración, transformación, digna de admiración y respeto para quienes la desarrollan

Lourdes Contreras Arreola

Doctora en Investigación e Innovación Educativa. Coordinadora de la Maestría en Educación Básica de la Universidad Pedagógica Nacional 144, Ciudad Guzmán, Jalisco. luly.arreola@upn144cdguzman.edu.mx

*“Docencia, esencia que viene no sólo
de una preparación académica, sino del gusto,
la pasión y la inspiración brindada por otros docentes,
que fueron ejemplo de transformación
en los distintos ámbitos y en la vida propia”.*
Lourdes Contreras Arreola

Análisis de la práctica docente

Me gustaría partir desde un análisis del porqué decidí ser docente; para ello consideraré citar a algunas autoras como referentes. De esta forma, Fierro, Fortoul y Rosas (1999) hablan de seis dimensiones para el análisis de la práctica, entre las que destaca la dimensión personal, en donde se tiene que mirar desde la parte personal, profesional, vida cotidiana, el trabajo y las razones que motivaron a esta elección vocacional de la docencia; tomando en cuenta los intereses personales, sentimientos de éxito, fracaso, así como la proyección futura.

Ante esto, fue difícil tomar la decisión de ser docente. Es importante mencionar que crecí en Sayula, Jalisco; vengo de una familia donde la docencia prevalece. Mi primer acercamiento fue con mi madre, Bertha Alicia Arreola Vega, quien es estilista e impartía clases a mujeres que querían incursionar en la cultura de belleza. Para mí era admirable ver cómo atendía su negocio, pero a su vez, tenía el don de impartir su conocimiento a otras personas. Con una edad de 6 años, me percataba de lo importante que era mi madre como estilista y reconocida por su trabajo; el impacto que esto trajo a su vida personal

y profesional fue grande. Es así como la sigo reconociendo, alguien admirable por su labor, que hasta la fecha sigue llevando a cabo. También me enseñó que no todo es fácil en la vida; ser madre soltera es todo un reto, que requiere de fortaleza. Su lema para educarme siempre fue “Aprender a hacer las cosas por ti misma”, sin duda mi mejor maestra.

Durante los 11 años viviendo en casa de mis abuelos, convivía con mis tías, hermanas de mi madre, dos de ellas docentes (Silvia y Lupita) y un primo, que desde los 18 años dedicó su vida a ser maestro (Miguel). Recuerdo que ellos platicaban sus anécdotas en el aula, lo difícil que era estudiar ciertos cursos y diplomados o especialidades; veía cómo enfocaban sus charlas en su experiencia y nutrían sus conocimientos al hablar de los mismos; sin duda, ahora puedo analizar que hacían sus propios consejos técnicos escolares (CTE), compartiendo lo vivido dentro de las aulas, sus fortalezas, debilidades y retos, trato con alumnos, padres de familia, etcétera.

Recordando y reconociendo a los maestros que marcaron mi trayecto escolar...

Comenzaré hablando de la maestra que dejó huella en los años de preescolar y fue la maestra Lupita, una profesional llena de paciencia. Recuerdo que nos cantaba, aprendíamos jugando, tenía mucho material didáctico y elegíamos el de nuestro agrado para trabajar en clases. Puedo asegurar que implementaba el constructivismo cuando en esa época el tradicionalismo era lo que imperaba.

Pasando a la primaria, recuerdo con gran admiración a la maestra Juanita de tercer grado, en la escuela Jacinto Cortina. Recuerdo que era algo distraída y tímida; ella me inculcaba el gusto por participar y aprender de mis compañeros trabajando en equipo. Recuerdo que, a pesar de tener más de cuarenta alumnos, se daba el tiempo para atendernos a todos y le brindaba atención especial a quien lo requería. Nunca fue indiferente y se notaba el gusto y su vocación por la docencia. Puedo decir que realizaba ajustes razonables para algunos compañeros; así todos aprendíamos e integraba a todos en las actividades.

Durante los recreos nos prestaba material para jugar, en ocasiones jugaba con nosotros y nos inculcaba el gusto por convivir.

Llegó el momento de ingresar a la Escuela Secundaria Técnica núm. 11, me encontré con muchos maestros, de los cuales algunos me causaban temor y otros confianza, entre ellos está el maestro José Guadalupe de la Cruz Ochoa, impartía una de las materias más complicadas que era química, pero la hacía ver tan sencilla y a su vez sería, se notaba su amor por la materia, pero también el gusto por impartir sus clases, nos llevaba a laboratorio, hacía ver la importancia de ser responsables en cada práctica, pero también la relacionaba con la teoría, desarrollaba lo que ahora conocemos como aula invertida, en ocasiones contaba chistes, pero éstos se relacionaban con la química, quizás podrían ser los famosos memes que actualmente utilizamos, considero que de seguir en la docencia podría ser un docente influencer. También recuerdo con cariño y respeto a la maestra Ma. del Socorro Magdaleno Magdaleno (QEPD), quien impartía la materia de español, con la letra más bonita que jamás haya visto, una paciencia excepcional para explicar; si algo no entendíamos, buscaba la forma de explicarlo nuevamente. Nos enseñó a ser ordenados con nuestras actividades que realizábamos en el cuaderno, a expresar emociones y sentimientos mediante la escritura, a ser respetuosos con las opiniones de los compañeros y a darnos cuenta de que todos aprendíamos de todos.

La preparatoria, en donde la maestra Rocío Rodríguez Benítez, quien era psicóloga, ayudó a reflexionar sobre mi orientación vocacional, sin duda una maestra que nos considero nos marcó a todos, nos hacía analizar sobre aspectos de la vida personal, así como la importancia que tiene el aspecto sociemocional para enfrentar los desafíos a los cuales nos enfrentábamos, gracias a ella me di cuenta de que el ámbito social era lo mío.

Fue entonces que mi idea estaba enfocada en estudiar psicología o ciencias de la comunicación, pero la vida me llevó a inscribirme en la Universidad Pedagógica Nacional Unidad 144. Recuerdo mi ingreso, en donde se hablaba de los fundadores de la Licenciatura en Intervención Educativa (LIE), la maestra Teresa Gómez Cervantes, excelente profesional; ambas teníamos algo en común, nos gustaba

escribir poesía. Alguna vez me invitó a participar en uno de sus libros. En sus clases, siempre nos dejaba claro que ser un LIE no era estudiar para maestros, sino que iba mucho más allá, pues la educación no sólo se brindaba en la escuela, lo que conocemos como educación formal, sino que existía la educación no formal e informal, abriendo paso a diferentes ámbitos. Con ella aprendí la importancia de desarrollar proyectos educativos y el impacto que estos pueden tener tanto en lo social, familiar, escolar y empresarial.

El Dr. José Edgar Correa Terán, es con quien compartí cuatro semestres, el docente más joven en la universidad, pero con gran potencial para la docencia y psicólogo de profesión. Él fue tutor del grupo; recuerdo que sus clases eran dinámicas, aplicaba diversas estrategias y era empático. De él aprendí a elaborar diagnósticos psicopedagógicos y socioeducativos. Nos acompañó en dos semestres de la línea de orientación educacional. Gracias a él me di cuenta de que los esquemas me ayudaban a retener mejor la información, me impulsaba a mejorar mis trabajos; pues siempre los retroalimentaba. También me impulsó a usar las TIC y diversas plataformas que apoyan al desarrollo de estrategias didácticas.

El Dr. Edgar también fue mi maestro en el doctorado. En esta etapa aprendí la importancia de la investigación, el desarrollo de artículos y capítulos de libro; él me inspiró y lo sigue haciendo para escribir este tipo de documentos, haciendo hincapié en que el rol docente conlleva también a realizar investigaciones, creación de ideas nuevas de artículos científicos, etcétera. Gracias a él, mi gusto por la docencia ha crecido; ahora orgullosamente forma parte de mi vida, pues se convirtió en mi esposo. Ambos somos maestros, ambos ayudamos a guiar nuestra vida y la de nuestros hijos; sin duda, él es el eslabón perfecto.

El reto de ser docente: ¿Será mi vocación?

Por mi mente jamás pasó ingresar a la docencia, pero la vida me tenía un destino diferente al que yo pensaba, pues mi plan de vida estaba enfocado a trabajar en el Hospital de Primer Contacto, como trabajadora social o en el área de educación, sin embargo, comenzaron a

llamarme para cubrir grupo en primaria, así como para colaborar en la Especialidad en Competencias Docentes de Educación Media Superior, misma que se impartía en UPN Ajusto en línea, continuando como evaluadora en la Asociación de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES), pasan los años y me contratan en el colegio Cervantes como maestra de primaria y después de seis años decido hacer examen de oposición para obtener mi plaza en primaria.

Actualmente colaboro en la UPN 144 de Cd. Guzmán, como maestra en licenciatura y en maestría, soy coordinadora de la Maestría en Educación Básica (MEB), por las tardes maestra en primaria y puedo compartir que me siento dichosa, feliz y con la certeza de que la docencia es mi verdadera profesión, que lo llevo en la sangre como parte de mi herencia familiar; al redactar este escrito, me doy cuenta de que hubo muchos motivantes externos para impulsarme a ser docente, pero, sin duda, el principal motor fue mi esposo.

Hoy agradezco a todos mis maestros que ayudaron en mi formación, desde preescolar hasta posgrado. Faltaron muchos docentes por mencionar; todos son importantes, todos dejaron un granito de su conocimiento en mí y se los agradezco. Estoy segura de que cuando me ven se sienten orgullosos de la persona que formaron; pero, sin duda alguna, quién más tiene el mérito de la persona que soy ahora es mi mamá, la Sra. Bety Arreola. Ella creyó en su hija, le aprendí que la enseñanza viene de la motivación, el gusto, la disciplina, pero, sobre todo, el conocimiento.

Por lo tanto, como docentes enfrentamos diversos retos. Personalmente, quiero impactar no sólo en el ámbito escolar, sino también en el social y familiar, tomando en cuenta lo establecido en la Nueva Escuela Mexicana: “Educar en y para la vida”, una frase corta, pero con gran significado. Hoy en día, el mayor reto del maestro es dejar huella en los estudiantes y en la propia comunidad educativa.

Una docente que marcó mi formación académica

Brandon Isai Vázquez Hernández

Licenciado en Educación Primaria. Docente de la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas del Río” en el Estado de México. bv253278@gmail.com

En esta narrativa deseo compartir la experiencia significativa que viví con una docente que dejó una huella profunda en mi formación profesional. Me refiero a la maestra Sahara Gómez Herrera, quien tuvo un papel fundamental como asesora de mi trabajo de tesis durante mi formación en la Normal.

La maestra Sahara impartía clases en la institución donde cursé la Licenciatura en Educación Primaria. Durante el primer semestre fue responsable del curso de Álgebra I. Desde entonces, su forma de enseñar, basada en estrategias didácticas claras y en la aplicación de las matemáticas en contextos reales, despertó en mí una admiración especial. Gracias a su manera de abordar los contenidos, comprendí la importancia de conectar el conocimiento matemático con situaciones cotidianas, lo cual fue algo que siempre busqué en un docente.

Desde temprana edad sentí un profundo interés por las matemáticas. En un principio, mi objetivo era convertirme en maestro de esta asignatura a nivel secundaria. No obstante, por una situación inesperada no logré asistir al proceso de inscripción; a pesar de haber obtenido un lugar en dicha carrera, opté por ingresar a la Licenciatura en Educación Primaria. Aun así, me propuse que, de una u otra manera, mi formación y mi práctica docente estarían ligadas a las matemáticas.

Fue así como decidí que mi trabajo de tesis se enfocaría en esta área del conocimiento. La maestra Sahara, quien sí contaba con estudios en la Licenciatura en Matemáticas, fue mi elección natural como asesora, ya que su formación coincidía plenamente con el tema que deseaba investigar. Desde el inicio del proceso me brindó orientación para formular el título, delimitar la problemática y estructurar adecuadamente el desarrollo de la investigación.

Su acompañamiento fue constante, cercano y comprometido. A pesar de su amplia carga laboral, siempre encontró tiempo para resolver mis dudas y me ofreció sesiones de asesoría adicionales a las establecidas. Mostró un genuino interés por la calidad de mi trabajo, lo cual se reflejó tanto en su disposición como en la exigencia académica que mantuvo a lo largo del proceso.

Las herramientas teóricas y metodológicas que adquirí en sus clases resultaron fundamentales al momento de implementar el plan de acción durante mis prácticas profesionales. Su apoyo fue tan significativo que, incluso, asistió voluntariamente a la presentación final del proyecto, observó el desarrollo de la intervención en el aula y registró en video el trabajo realizado, aun cuando en ese momento no se encontraba desempeñando funciones docentes.

Gracias a su guía, aprendí a observar con mayor profundidad a los estudiantes, a identificar sus intereses, habilidades, necesidades y a valorar el papel de la investigación educativa como una herramienta para la mejora de la práctica docente. Uno de los aprendizajes que más atesoro es una frase que me repetía constantemente: “El querer es poder”. A través de sus palabras y acciones, me enseñó que, por más compleja que sea una situación, siempre es posible superarla con esfuerzo y determinación.

Esta experiencia representa para mí un referente en mi desarrollo como docente. Las enseñanzas que me dejó la maestra Sahara Gómez Herrera continúan presentes en mi práctica diaria y me motivan a seguir preparándome con la misma pasión y compromiso con los que ella me acompañó.

¿Vocación o don? El arte de enseñar

Angélica Noemí Hernández Juárez

Maestra en Educación. Docente de la Escuela Primaria “Lázaro Cárdenas del Río” en el Estado de México. angie.hernandez.juarez@gmail.com

En la vida hay muchas profesiones; cada una tiene un propósito distinto y una finalidad específica en el mundo. Por tal motivo, cada persona elige un camino con el cual aportará su granito de arena a la sociedad, en diferentes áreas como la medicina, administrar una empresa o construir un edificio. En el caso de la docencia, se requiere de un ingrediente especial: la vocación, que será fundamental para realizar una labor de enseñanza que trascenderá de las aulas.

Cuando se escucha la palabra vocación, generalmente se hace referencia al gusto o habilidad por realizar algo en específico; sin embargo, desde mi perspectiva, involucra mucho más: es sentir pasión por algo y sentirte elegido para realizarlo, como una especie de don que se ve reflejado en cualquiera que sea la actividad a la que una persona se dedica. Hablando de la docencia, pienso que, aunque se tenga la preparación académica para desempeñarse como profesores, hay personas que nacieron para ello y que tienen habilidades especiales que los convierten en docentes que dejan huella.

Como estudiante he tenido un sinnúmero de profesores con los cuales estoy agradecida por contribuir a mi formación profesional y académica; sin embargo, hay algunos en especial, de los cuales aprendí mucho más que cuestiones curriculares y que causaron un impacto en mí, no solo como alumna, sino como la docente que algún día quería ser.

Toda mi vida quise ser maestra, nunca tuve interés por otra carrera; este siempre fue mi sueño. A partir de eso construí una admiración especial para cada uno de los profesores que tuve desde el preescolar hasta el posgrado; sin embargo, en esta ocasión me permitiré hablar de algunos en específico y a quienes recuerdo con mucho cariño.

El orden en que los mencionaré será de acuerdo a la temporalidad en que tuve el privilegio de ser su alumna y comenzaré con mi etapa como

estudiante de preparatoria. Tenía la materia de sociología y al revisar el programa, no me parecía atractiva ni interesante, porque de cierto modo estaba relacionada con la historia y nunca me ha gustado. Sin embargo, quien impartía esas lecciones era la maestra Sonia. Recuerdo que explicaba las clases con una facilidad impresionante y comenzaba a realizar en el pizarrón diagramas, mapas mentales, cuadros sinópticos, etcétera. Al mismo tiempo que daba la clase, lo que permitía que se entendiera de una manera muy práctica. No todas las clases eran iguales; a veces era solo una explicación verbal y se hablaba de diversos temas que mágicamente terminaban aterrizando en un contenido. Siempre la he considerado una maestra muy preparada y muy dinámica; si un día trabajo con jóvenes, espero poder ser un poquito como ella. Gracias, maestra Sonia.

En un segundo momento, hablaré de uno de mis maestros en la Escuela Normal: el profesor Demetrio, que aunque al inicio lo consideraba muy exigente sobre sus peticiones, con el paso del tiempo le reconocí cada una de sus enseñanzas. Una de las materias que me impartió era relacionada con el área de prácticas profesionales y creo que fue de los pocos maestros que te daban clases necesarias y aplicables a la realidad, como consejos sobre cómo hablar con los padres y madres de familia, tu dinamismo frente a grupo, las estrategias que aplicas con los estudiantes y demás, enseñanzas, por cierto, que llevo a la práctica hasta el día de hoy.

Otro de los cursos que me impartió era relacionado con la gestión educativa y desde ese momento, es un tema que me ha llamado la atención, pues con mucho cariño nos hablaba de la escuela en la que inició su labor docente, la cual al mismo tiempo se fundó. Sorprendentemente, años después, cuando ingresé al servicio, la escuela a la que llegué a trabajar era la misma en la que el maestro Demetrio había sido partícipe: la Escuela Primaria Lázaro Cárdenas del Río. En ese momento sentí una emoción muy bonita porque las coincidencias de la vida me llevaron al mismo lugar en el que había comenzado uno de mis maestros favoritos. Maestro Deme, gracias.

Finalmente, hablaré de mi experiencia como estudiante de maestría, la cual estuvo llena de cambios que me llevaron hasta coincidir con la Dra. Gabriela, a quien me refiero en este último apartado.

Cuando ingresé al posgrado, todos los docentes se presentaron y comentaron su experiencia; yo quedé admirada con la trayectoria de la Dra. Gaby, por lo que fue mi primera opción como asesora de tesis. Por algún motivo se me asignó a otro docente, quien dos meses después se jubiló y hubo necesidad de reasignarme a otro asesor. A partir de esto, nuevamente propuse a la maestra y, por fortuna, esta vez sí me fue asignada; sin embargo, mi proceso de adaptación fue complejo porque tuvimos que iniciar de nuevo con mi trabajo de investigación. Estaba pasando un momento personal complicado y, pese a que mi concentración no era la óptima, la maestra, con toda la paciencia del mundo, me acompañó en cada momento del proceso, regresándose a explicarme una y otra vez. Poco a poco mi trabajo ha ido fluyendo y espero concluirlo pronto; sin embargo, he agradecido mucho a la vida el haber coincidido con una persona llena de calidez, empatía y sabiduría, como lo es la Dra. Gaby. Infinitas gracias.

Siempre he creído que, por algún motivo, la vida pone en tu camino a diferentes personas y yo me considero afortunada de haber coincidido con cada uno de mis maestros. Llevo conmigo un pedacito de cada uno de ellos y son parte de mi construcción, no solo como maestra, sino también como persona.

Actualmente me encuentro frente a grupo y una de mis metas es dejar recuerdos bonitos en la memoria de quienes sean mis estudiantes, porque como lo dice la frase: “El verdadero maestro no enseña, inspira”.

Con amor y admiración a las y los maestros que me inspiraron a ser maestra

Iris Marisol Segura Vaca

Doctora en investigación educativa aplicada. Supervisora de zona escolar en la SEJ y miembro del comité de la Sección 47 del SNTE.
irismarisolseguravaca@gmail.com

¿Por qué soy maestra? Una pregunta corta, concisa, pero a su vez profunda, para dar respuesta a la misma requiero empezar con dos confesiones, la primera es que no provengo de una familia de maestros, por lo tanto no tuve familiares cercanos los cuales me inspiraran el amor por el arte de enseñar, de hecho mis padres siempre pensaron que sería abogada debido a mi carácter y mi gran facilidad de alegar, perdón es más bien mi gran capacidad de dialogar; y la segunda es que nunca fue mi juego favorito jugar a la maestra o a la escuelita, por lo tanto no era uno de mis pasatiempos, prefería jugar a la tiendita, a las muñecas, en fin, en mi infancia no tuve la influencia de la docencia como una gran cantidad de docentes con los que he coincidido a lo largo de estos 16 años de servicio que enfatizan que ser docente siempre fue su sueño desde pequeños.

De seguro se estarán preguntando entonces, ¿cómo es que la maestra Sol llegó a la docencia? Bueno, mi inspiración y el amor a la docencia se fue desarrollando a lo largo de mi trayecto formativo, en el cual una gran cantidad de maestras y maestros marcaron mi vida y pusieron su granito de arena para ser la mujer que soy hoy en día. De los docentes que más recuerdo es la maestra Elba en la primaria, que fue la que me enseñó a leer y escribir. Era una mujer que siempre iba a la escuela muy, pero muy presentable; usaba vestidos propios de una señora, tacones, siempre olía a perfume, nos decía “mis niños” con una sonrisa siempre. En fin, la maestra más paciente y cariñosa que tuve aún vive y ya está jubilada; la llevó en mi corazón y me enseñó lo que es tener respeto por cada persona.

A su vez, en lo que respecta a los últimos grados de primaria, tuve a la maestra Juana que, a diferencia de mi maestra de primero,

era recia, exigente y disciplinada. Aún recuerdo que nos traía a todos muy, pero muy cortitos, pero en el fondo, pero, en el fondo sí nos quería. Siempre nos llamó por nuestro apellido, así que yo solo escuchaba “Segura” y me empezaban a sudar las manos porque me iba a preguntar algo o me pasaría al pizarrón. Realmente le agradezco porque contribuyó a que sea disciplinada y no ser conformista. Lamentablemente, ya falleció, pero aún no olvido lo que escribió en mi playera cuando salí de sexto: “Marisol, eres una niña muy inteligente y capaz de ser lo que tú quieras ser; sigue brillando y nunca dejes que nadie trunque tus sueños”.

En la secundaria, el maestro Narciso me inspiró en el arte de la narrativa y exposición; era maestro de español, por lo tanto, siempre nos contaba historias y las narraba de tal forma que nos tenía a todas y todos interesados porque lo hacía de una manera tan peculiar que escenificaba con diálogos con diferentes voces e incluso llegó a hacer sonidos para impactar sus relatos. Aún vive y ya está jubilado y le agradezco porque me enseñó lo que es ser buen orador y siempre pensé que, si llego a ser docente, trataré de tener esa gran facilidad de palabra y narrativa de mi maestro de español.

Otra maestra de la secundaria fue Mariana de Formación Cívica y Ética que aparte era la tutora de mi grupo, antes de iniciar su clase, hacía diversos ejercicios o dinámicas para bajarnos la energía o hacer *raport* con nuestras emociones, nos decía: chicos ustedes son adolescentes y necesitan trabajar sus emociones, siempre me gustó su clase porque a diferencia de las demás, ella siempre se preocupó por como estábamos, en algunas ocasiones se daba el tiempo para platicar en lo individual con cada uno para escucharnos en nuestro sentir, aún está en servicio y le agradezco porque me mostró lo que es la empatía hacia los demás y la importancia de darse tiempo para escuchar a los alumnos, es decir, la docencia no solo es cuestión de llegar al aula a dar el tema, sino que implica ser y estar con los alumnos, más allá de lo pedagógico, sino es más en el sentido humano.

En la preparatoria, la verdad en su mayoría fueron docentes a los que se les conoce como profes barco, sin embargo, a su vez también te enseñan lo que implica ser flexible, adaptable a las circunstancias y,

sobre todo, el ser práctico, pero destaco al profe Margarito de lógica que literal, en su clase nunca entendí nada de nada, él llegaba y empezaba con el tema, así que quien agarrara el rollo que bien y quien no pues también, es por ello que me mandó al único extraordinario que he tenido en mi trayecto formativo, me frustré, pero es que realidad no entendía ningún tema, pero gracias a eso el chico que tanto me gustaba en la prepa se acercó a mí porque él fue quien me explicó y me ayudó a prepararme para mi examen y que pasé con noventa, así que le di gracias maestro Margarito porque hasta novio conseguí por su materia, lamentablemente ya falleció, pero le agradezco que contribuyó a incrementar mi capacidad de respuesta ante un gran reto o problema como lo es un extraordinario, el cual para mí sí pesaba mucho debido a mi récord de buena estudiante, pero me ayudó para lidiar con la frustración.

En fin, quisiera mencionar a cada una y uno de los docentes que me inspiraron para tomar la decisión de ser maestra. Gracias por motivarme, enseñarme y, sobre todo, contagiarme esa vocación y amor por el gran arte de enseñar, el cual para nada es fácil; por el contrario, la tarea educativa es compleja, más en estos tiempos de contextos hostiles en los que menos importan son las personas. Hoy en día se le da más importancia a los aspectos superficiales y banales en comparación con la formación de mejores seres humanos; éste es el motivo por el cual soy docente. Cada maestra y maestro que contribuyó en mi educación sembró en mí la necesidad de convertirme en un adulto de bien, tratando de ser mejor persona.

A lo largo de 16 años de servicio, en los cuales ya fui docente de grupo, directora, supervisora de zona escolar espero haber dejado huella en las y los estudiantes tanto a nivel primaria, licenciatura o posgrado (son los niveles en los que he sido docente) en el sentido de haberles enseñado, no solo en lo académico o pedagógico, sino también sembrado algo de mi esencia para inspirarlos y motivarlos a ser su mejor versión en lo que se desempeñen tanto en lo profesional como laboral, si es así, estaré lo suficientemente satisfecha por haber elegido esta profesión ya que la mejor paga de un maestro es el agradecimiento de sus estudiantes y, sino es así, pues les diré a mis estudiantes que hice mi mejor esfuerzo para inspirarlos.

Mi total reconocimiento y admiración a todas y todos los maestros que me formaron. Gracias por hacer su labor, ya que contribuyeron en el conocimiento que hoy en día poseo. Gracias por inspirarme a no conformarme y seguir superándome para alcanzar mis metas y proyectos de vida, simplemente a ser mi mejor versión. Con cariño para mis maestras y maestros.

Recordando al maestro Alejandro Martínez Carbajal

Tonantzin Martínez Bello

Maestro en educación básica. Docente-investigador en el Centro de Investigación y Desarrollo Educativo de Acapulco, Guerrero.
alejandra_martinez9@hotmail.com

El maestro Alejandro Martínez Carbajal es originario del poblado de Palominos de la Isla de Holbox, Quintana Roo., proveniente de una familia de 9 hermanos, siendo él, el menor, su papá falleció cuando él era tan solo un niño de 3 años, ayudaba a su mamá desde pequeño, trabajando desde los 6 años de edad, recogiendo cocos en donde le pagan 10 centavos, a los 14 años trabajó como: campesino, chiclero, cargador, se alquilaba como peón, etcétera, en la Isla, la educación primaria abarcaba de primero hasta el cuarto año, el maestro Alejandro, comentaba que se hizo adicto a la lectura gracias a su maestro de segundo y tercer año, llevaba periódicos y lo primero que hacían era poner a todos los niños a recortar los encabezados, otro día los subtítulos, luego recortaban las notas pequeñas, luego la más grande y así consecutivamente.

Gracias al Profr. Santiago Pacheco Cruz, Director Federal de Educación de aquella entidad, le consiguió una beca para que hiciera la carrera de maestro normalista en la Normal Rural de San Diego Tekax, Yucatán. Era una hacienda abandonada. En ella estudió quinto y sexto de primaria y los tres grados de educación secundaria. Estudió el primer año de Normal o profesional en la Escuela Normal Rural de Hecelchakán, Campeche. Contribuyó con los campechanos para comenzar a formar la Federación de Estudiantes de Campeche; les redactó un proyecto de estatutos.

El segundo año de la Normal lo estudio en la Normal Rural de “El Mexe”, Hidalgo. Redactaba artículos que publicaba el periódico El Popular de la Ciudad de México, e hizo sus prácticas docentes en la población de Tztlán, en la región de la Huasteca Hidalguense, que tenía como ciudad principal Huejutla.

Por un conflicto sostenido entre la Sociedad de Alumnos y el Director de la Normal, el Profesor Salvador Varela Reséndiz, Subdirector de Normales Rurales, lo trasladó a la Normal Rural de Ayotzinapa, Guerrero. En la primera semana de su estancia en la Escuela, el grupo se organizó para celebrar los festejos de graduación y lo designaron Presidente de la Generación. Por acuerdo unánime se llamaría: “Generación Hidalgo”.

El 22 de marzo de 1954 presentó su examen profesional y fue el primer titulado del plan de estudios de seis años. Él agradeció las atenciones del director, maestros, empleados y estudiantes de la Normal Rural Raúl Isidro Burgos, de Ayotzinapa, y se despidió con tristeza en el semblante. Ese mismo día recogió sus órdenes para empezar a trabajar; su primera adscripción fue en la Escuela Primaria Ignacio Zaragoza de la población de “El Cayaco” del municipio de Acapulco.

La fortuna lo acompañó, porque el presidente municipal, Lic. Donato Miranda Fonseca derrumbó el galerón que servía de edificio y construyó uno con dos amplias aulas, dirección, plaza cívica, cancha deportiva; finalmente, el edificio lo inauguró el Lic. José Ángel Ceniceiros, secretario de Educación Pública. Este ilustre personaje consideró la situación existente, porque estaban matriculados 120 niños para ser atendidos en tres grupos, y envió a un ayudante para que se hiciera cargo del primer grado.

En 1954, el profr. Federico Encarnación Astudillo, Secretario General del Comité Ejecutivo de la Sección 14 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, ordenó la realización de un movimiento huelguístico para obligar a las autoridades educativas a aceptar el pliego petitorio presentado con anterioridad. En Acapulco se formó un comité integrado por don Ángel Montufar, como presidente, Matea Garibo Gallardo, como tesorera y al maestro Alejandro Martínez, a quien le encomendaron la secretaria de actas. Apareció dentro del pliego un punto que pedía el incremento del sobresueldo por concepto de vida cara para los puertos. La huelga estatal se suspendió. El profr. Juvenal Pérez Vargas, Secretario General de la Delegación Sindical, convocó a una junta para dar a conocer los resultados. La

inconformidad se manifestó porque no obtuvieron ninguna mejoría en el sobresueldo y la decisión tomada fue la de continuarla. El maestro Alejandro comentó que recordaba cómo los padres de familia les brindaron su apoyo, cómo las autoridades no obstaculizaban las concentraciones y mítines que se hacían en el zócalo, pero también es nostálgico dar a conocer cómo el personal de la única secundaria negó su intervención en este movimiento. El Comité Nacional del SNTE se trasladó a Acapulco para dialogar con el propósito de suspender la huelga y, aunque se le trató con una franca descortesía, en Iguala se firmó el pacto de caballeros, que le puso fin. El resultado fue favorable únicamente para la ciudad, porque a partir de 1955 cobraron el ochenta por ciento de sobresueldo los profesores y después toda la burocracia.

El inspector Omar Vadillo, le dirigió un oficio al maestro Alejandro Martínez indicándole que preparara una clase modelo para que la desarrollara con un tercer grado en la Escuela Primaria de las Lomas, del municipio de Coyuca, en donde diversos profesores intervendrían en un programa con motivo de la celebración de un centro pedagógico. La clase que impartió se centró en un tema de la asignatura de Lengua Nacional.

A partir del 22 de marzo de 1954, empieza a desempeñarse como profesor, trabajando en diversas instituciones educativas. En 1962, terminó la especialidad de Historia de México en la Normal Superior de la capital de la República; en 1964, sustentó el examen profesional correspondiente.

Doña Ramona Valdeolivar lo mandó a llamar para obsequiarle el archivo de la señora María de la O, ilustre luchadora considerada una heroína; había fotografías, revistas, periódicos, cartas, manifiestos, etcétera. Armó un programa de trabajo. Redactó, ordenó, puso títulos a los capítulos y el resultado fue un hermoso libro, que fue publicado en el año de 1963, con el título “Doña María de la O”.

Durante los días 11, 12 y 13 de septiembre de 1963, fui invitado para participar en el Simposium de Historia sobre el Congreso de Anáhuac, convocado por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y la Universidad Autónoma de Guerrero. El evento se desarrolló en la

ciudad de Chilpancingo. En aquella ocasión presentó un modesto trabajo sobre ese Congreso.

En 1965, los alumnos de la Escuela Preparatoria imprimieron 300 ejemplares del Curso de Historia de México, apuntes ordenados conforme al programa de escuelas preparatorias de la Universidad Autónoma de Guerrero.

Como consejero universitario, en compañía de otros colegas, intervino para que se formularan la ley y los reglamentos que dieron nacimiento a la Universidad Autónoma de Guerrero. Fue integrante de la Academia, lo que en otras instituciones se llama Consejo Técnico. En la Preparatoria ocupó la cartera de Trabajo y Conflicto en la Delegación Sindical.

Fue subdirector (1974) y director de algunas escuelas secundarias (1977–1984) y gestor de obras en beneficio de planteles educativos. Fue jefe del Departamento de Escuelas Secundarias Generales y director de Educación Secundaria, en Guerrero. Se jubiló en 2008 cuando se desempeñaba como inspector general de Secundaria.

En la Universidad Autónoma de Guerrero, trabajó en la Preparatoria 3 (actualmente número 2); impartió las cátedras de Arqueología de México y Seminario de Tesis en la Escuela Superior de Turismo; fue consejero universitario y líder sindical.

Perteneció al Sindicato Nacional de Redactores de la Prensa y a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Fue cronista de la ciudad de Acapulco.

Dentro del Sindicato Nacional de Trabajadores de Educación, fue secretario de Finanzas y Organización, después de Trabajo y Conflictos, a nivel delegacional, y secretario de Trabajo y Conflictos, a nivel estatal.

Colaboró en los periódicos y revistas siguientes: Trópico, La Verdad, Novedades de Acapulco, Sol de Acapulco, Lea, Caleta y Contralínea Guerrero.

Publicó 71 libros y prologó cinco. Entre sus obras destacan: Juan R. Escudero y Amadeo S. Vidales (1961); Doña María de la O (1963); Medios auxiliares para la enseñanza de la historia de Méxi-

co (Tesis–1964); Curso de historia de México (1965); El Congreso de Anáhuac (1970); Muerte de Cuauhtémoc, según fuentes escritas (1977); Memorias de la Revolución en Guerrero (1983); Corridos populares de Guerrero (1990); Marco geográfico de Acapulco (1992); Asentamientos prehispánicos en Acapulco (1992); Acapulco: expediciones, viajes e invasiones marítimas (1992); Acapulco: barrios históricos (1993); Panteras del Sur (1993); Memoria de Acapulco (1994); Holbox (1994); Lo desconocido del viejo Acapulco (1995); Guerra de Independencia en Guerrero (1995); Crónica de Acapulco (1996); En busca de una esperanza (1996); Masacre en el Vado de Aguas Blancas (1996); Huracán Paulina (1998); Ejército Popular Revolucionario (1998); colaboró en la Monografía del estado de Guerrero, libro gratuito para alumnos del sexto grado de educación primaria.

Se le nombró presidente de la Junta Directiva de la Sociedad de Geografía y Estadística de Acapulco en enero de 1999. Formó parte de la Comisión Organizadora del Bicentenario de la Independencia y Centenario de la Revolución Mexicana, en el estado de Guerrero.

Recibió múltiples reconocimientos por su labor como escritor, como docente y como profesional dedicado a la cultura. En 2000, el Gobierno del estado le entregó la Condecoración Juan Álvarez, como distinción por los servicios prestados a favor de la entidad y de sus habitantes. En 2007, la organización magisterial Plataforma de Opinión y Expresión Normalista (POEN) lo declaró Maestro Distinguido de México en ceremonia realizada en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes. En 2008, el H. Ayuntamiento de Acapulco y el Centro de Educadoras del Estado de Guerrero lo declararon Maestro Emérito.

Falleció a los 89 años, el 17 de agosto del 2020. Esto es algo de lo que puedo hablar de mi señor padre, el maestro Alejandro Martínez Carbajal; creo que me faltarían hojas por escribir, no nada más, dejó huella en mí. Dejó huella en muchas personas que lo conocieron. Había investigadores que venían a visitarlo de varias partes de la república mexicana; también de España, Colombia, etcétera.

Creo que no hay nada más bonito que dejar un granito de arena en cada alumno al cual le cambiaste la vida y decir que valió la pena esforzarme en todo lo que hice; esas eran las palabras del Maestro Alejandro.

A la memoria de Pablo Luis Galicia González: Un maestro con cariño

Blanca Estela Galicia Rosales

Doctora en Ciencias de la Educación. Docente de la Escuela Secundaria núm. 602 “Juan Rulfo” en el Estado de México.
blanquitagalicia@yahoo.com.mx

Las maestras y los maestros más importantes en la vida marcan de manera contundente la existencia, en algunas ocasiones se encuentran relacionados con la enseñanza de los contenidos curriculares, pero otras veces, no es así, por lo menos eso me ocurrió porque tuve la fortuna de tener a mi maestro en casa.

Fue gracias a mi gran maestro de vida, Pablo Luis Galicia González: mi padre a quien le debo gran parte de mi formación personal y académica, soy la hija mayor de cuatro hermanas, mi padre fue docente de ciencias naturales en diversas secundarias de la región de Los Volcanes, sin embargo, las escuelas en las que permaneció más tiempo fueron la Escuela Secundaria Oficial 109 “Josefa Ortiz de Domínguez”, ubicada en Ozumba, y la Secundaria Oficial 108 “Sor Juana Inés de la Cruz”, ubicada en Amecameca, ambas instituciones del Estado de México, en las que permaneció más de treinta años frente a los grupos escolares, transitó por diversas reformas educativas, experimentó varias formas de organización escolar y vivió la creación de reglamentos escolares con los que se pretendía modificar el comportamiento de los estudiantes, no obstante, él percibía que estos cambios sólo eran superficiales y faltaban mayores aportaciones en el plano didáctico.

Ante estos cambios constantes que vivía la educación en nuestro país y en el Estado de México, decidió centrarse en la realidad que rodeaba a las y los estudiantes que eran su responsabilidad y, de esa manera, fue creando múltiples estrategias didácticas para lograr que ellas y ellos comprendieran el mundo desde el enfoque de las Ciencias Naturales. De esa manera, dedicó gran parte de su vida a elaborar di-

versos materiales didácticos con los que pudo crear un puente entre la información de los libros y la comprensión del mundo de la vida.

Participó en continuas luchas por mejorar las condiciones de vida de los docentes, defendió a compañeras y compañeros de las injusticias cometidas por algunas autoridades escolares, dirigió en reiteradas ocasiones la academia de Ciencias Naturales de la región oriente del Estado de México, promoviendo seminarios de trabajo teórico/práctico con lo que se buscaba incidir en la formación continua de profesoras y profesores. Todo esto es una pequeña parte de su legado como docente; ahora narraré la manera en la que él se convirtió en mi gran maestro.

En 1972, mi padre había contraído matrimonio con Estela Jacinta Rosales García, quien también era docente de escuela secundaria. En ese tiempo, sólo tenían dos hijas; una de ellas era yo: la mayor. A veces a mi madre se le complicaba cuidar a dos niñas casi de la misma edad y llegaron al acuerdo de que, mientras ella cuidaba a mi hermana más pequeña, él me llevaría a los lugares que frecuentaba. Cabe hacer notar que para ese tiempo él estudiaba medicina en la Universidad Nacional Autónoma de México en algunas tardes; por las mañanas daba clases en diversas escuelas en el turno matutino y los días que no iba a la universidad, daba clases en el nocturno de una secundaria.

Recuerdo que me hizo parte de muchas experiencias; iba con él a la Ciudad de México a comprar libros, en algunas ocasiones lo acompañé a tomar clases a la UNAM, otras me llevaban al nocturno de la secundaria y esporádicamente también al matutino. Viajábamos en el transporte público y muchas veces en el autobús de la línea Cristóbal Colón. Antes de iniciar el viaje, compraba tortas y refrescos para el camino, siempre me decía que le gustaba mucho que no me mareaba porque así podíamos andar juntos a muchos lados.

A lo largo del trayecto de Amecameca a la Ciudad de México, observaba mi entorno y me surgían muchas preguntas, con las que todo el tiempo lo cuestionaba; él no dudaba en contestar sobre lo que yo no comprendía. Esos ejercicios continuos de preguntar, contestar y profundizar fueron modos de aprender acerca de todo lo que me

rodeaba; él tenía mucha paciencia y muchas veces me recomendaba libros por si había más dudas. En el comedor y la sala había muchos libros y, como no había libreros suficientes para colocarlos, parecían amontonados, pero, aun así, él decía que los tenía ordenados y no quería que nadie los moviera. Cada vez los libros aumentaban en casa y era posible encontrar inmensidad de temas y autores. De ahí nació mi gusto por los libros y la lectura.

Otro recuerdo que viene a mi mente es que lo acompañaba a sus clases del nocturno, y ahí me daba cuenta de los modos que tenía para articular palabras y así explicar todo lo referente a muchos temas, pero me encantaron las clases en donde hablaba del átomo, su definición, la historia, los modelos y su importancia en la vida cotidiana. Me gustaba ver cómo las y los estudiantes, que en su mayoría eran adultos, tomaban notas, preguntaban, dibujaban y, sin darse cuenta, llegaba el final de la sesión y aún tenían ganas de seguir aprendiendo. Lo mismo sucedía en las prácticas de laboratorio, en donde me pedía que repartiera los materiales en cada una de las mesas antes de que iniciara la clase. Todo eso aprendí de mi maestro Pablito.

Olvidaba decir que el gusto por los deportes también se encuentra relacionado con mi formación de niña. Recuerdo muy bien que en quinto de primaria, los Reyes Magos dejaron en mi zapato un balón de basquetbol de color naranja. Mi papá en su adolescencia, había sido basquetbolista y había competido representando al Estado de México en algunas competencias nacionales; por eso él me llevaba a una cancha de mi localidad para tirar, botar, saltar y defender. Gracias a él aprendí que el basquetbol no sólo se aprende encestando, sino también defendiendo; esta estrategia permanece conmigo cada vez que juego un partido.

No cabe duda de que hurgar en nuestras historias nos trae las emociones y los sentimientos a flor de piel. Recordé mi primer acercamiento con la música porque desde pequeña vi como mi padre tocaba la guitarra interpretando música de los 60: Enrique Guzmán, César Costa, Alberto Vázquez, Johnny Laboriel, Teen Tops, Rebeldes del Rock, Locos del ritmo y los Beatles. De hecho, mi hermana y yo hacíamos los coros y ensayábamos algunas tardes de los fines de se-

mana. Ahí descubrí que me gustaba mucho cantar y eso influyó en que posteriormente me incorporara al coro de la primaria y después al de la secundaria.

En la preparatoria y la Normal formé parte del coro y la estudiantina. Ya en el magisterio hicimos un coro de docentes que coincidíamos en el gusto por el canto. La influencia de mi gran maestro ha llegado a espacios inimaginables porque en los últimos años participé en el montaje de algunas piezas musicales con estudiantes de la escuela secundaria en la que actualmente laboro, porque pienso que tal vez pueda incidir en la formación de las y los estudiantes como lo hizo mi padre conmigo.

Quien lea este relato podría pensar que su incidencia en mi formación ocurrió porque el maestro Pablo fue mi padre; no obstante, me he encontrado con mujeres y hombres que fueron sus estudiantes y, en las conversaciones, compartieron diversas experiencias de aprendizaje vividas en la secundaria, como haber hecho nieve para explicar y comprender el cambio físico del agua en hielo, que se produce cuando el vapor de agua en la atmósfera se enfría y se produce la solidificación y cambia de estado. También recordaron que los integrantes de cada equipo hicieron nieve de diferentes sabores y, posterior a eso, vino la degustación y la explicación científica de los procesos.

En ese tiempo no había Nueva Escuela Mexicana y él ya hacía proyectos, no había discursos expofeso sobre inclusión y él veía la manera de incorporar a todos para lograr aprendizajes con significado. Le costó mucho trabajo tomar la decisión de jubilarse porque le gustaba estar en contacto con las y los estudiantes; de hecho, los días posteriores a su retiro fueron muy complicados para él. Poco a poco fue adaptándose a la nueva vida lejos de las aulas; pese a ello, siempre hablaba de lo maravilloso que había sido el trabajo en las escuelas secundarias.

Acostumbraba a leer todos los días bajo la luz de la lámpara, hacía notas en los libros en pedazos de papel que dejaba en cada texto leído, sorprendía con inventos raros como hacer una lámpara con una base de licuadora, una vida muy compleja que espero plasmar muy pronto en una biografía.

El profe Pablo se fue de este mundo el 4 de diciembre de 2023; cerró los ojos esa madrugada. Todo parecía raro, el ambiente sombrío, con sonidos de cantos gregorianos que le gustaba escuchar cada vez que iba a dormir. Había tristeza en la habitación, como si el aire se fuera consumiendo para todos los que te acompañábamos en el lecho de muerte. La cama era lo único que desentonaba de la biblioteca/estudio que le llevó muchos años construir, en donde albergaba con tanto amor los miles de libros que causaban su alegría.

No hay palabras para explicar el dolor y el vacío que dejó su partida; no obstante, los recuerdos de su paso por este mundo hacen que familiares y amigos lo recuerden como un maestro con cariño.

El lenguaje de las matemáticas: Un legado del maestro Adán

Flor Lissette Montiel Téllez

Doctorante en Investigación e Intervención Educativa. Docente de educación primaria en el estado de Hidalgo. florlissettemontieltellez@upnhidalgo.edu.mx

La asignatura de matemáticas es un viaje de descubrimiento y desafío para las y los estudiantes, ya que se enfrentan a nuevos conceptos y problemas que les permiten desarrollar su pensamiento crítico y analítico. Sin embargo, también puede ser una fuente de estrés y ansiedad; recuerdo que, en la secundaria, las matemáticas no eran para mí una lengua extraña. Cada ecuación parecía un acertijo diseñado para frustrarme y cada examen, una batalla perdida antes de comenzar.

En ese tiempo, esta asignatura me parecía ajena, fría, como un territorio donde el error era más visible que el intento y donde la respuesta correcta valía más que la comprensión. Pero, en medio de ese escenario, llegó a mi vida el maestro Adán Rafael Ramírez, a inicios del año 2001, cuando estudiaba en la Escuela Secundaria Técnica núm. 38.

Adán no era un docente común; tenía una manera de hablar que calmaba, una voz firme y cálida que lograba que los números bajaran del pedestal y se volvieran cercanos. Ahora comprendo que, para él, las matemáticas no era un mundo cerrado, sino un lenguaje que podría abrirse si se encontraban las puertas adecuadas, una forma de encontrar orden en el caos y belleza en lo abstracto.

Sin duda se caracterizaba por ser un hombre apasionado y dedicado, un maestro con vocación que siempre buscaba formas de hacer que su materia fuera más accesible y divertida para nosotros. Nos enseñaba con ejemplos de la vida cotidiana: medir ingredientes para una receta o experimento, calcular el cambio justo en una tienda; se detenía ante un problema y, en lugar de dar la respuesta, nos preguntaba: “¿Por qué crees que es así?” En ese gesto, aparentemente sencillo, se esconde una profunda pedagogía liberadora. Años más tarde, al leer a Paulo Freire (1970), entendí que Adán practicaba una educación

dialógica, en la que el alumno no es un recipiente vacío que debe llenarse, sino un sujeto que construye sentido junto con el maestro.

El profesor Adán nunca ridiculizó nuestros errores; al contrario, los convertía en puntos de partida. Viene a mi memoria un examen donde los nervios me invadieron de tal manera que los números y letras que conformaban los incisos de los ejercicios se convirtieron en parte de la ecuación. El docente, al estar evaluando y ver tal hecho, soltó la carcajada, me solicitó que me acercara a su escritorio para explicarme lo que había pasado; evidentemente, esperaba una calificación reprobatoria, sin embargo, me otorgó la calificación de ocho, argumentando “la originalidad” que había tenido al crear un examen nuevo, además de responder la mayor parte de éste correctamente, y me dijo: “Tú puedes, solo necesitas confiar más en ti. Las matemáticas no son difíciles, lo difícil es creer que no somos capaces de entenderlas”.

Con base en esa experiencia, considero que su aula era un espacio seguro, donde se podía fallar sin miedo, donde el error no era un castigo, sino una oportunidad de aprendizaje. Así, poco a poco, las matemáticas dejaron de ser una pesadilla para volverse un reto, una invitación a pensar con más profundidad.

Su método era dialógico; en este sentido recupero lo que argumenta Paulo Freire (1970), cuando habla de la educación como un acto de libertad, donde “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su producción o construcción” y eso hacía el maestro Adán: creaba las condiciones para que cada uno de nosotros pudiera construir sentido, no solo resolver ejercicios.

La forma en que nos enseñaba matemáticas también me hizo reflexionar sobre la importancia de la relación entre el docente y el estudiante. Como dice Cecilia Fierro (2011), “la relación entre el docente y el estudiante es fundamental para el aprendizaje”; esto se reflejaba en la forma en que Adán nos hacía sentir cómodos y nos motivaba a aprender.

Bajo su guía comencé a apreciar la belleza de las matemáticas. Me di cuenta de que no eran solo números y fórmulas, sino una herramienta para resolver problemas y entender el mundo que me rodeaba. Su pasión por las matemáticas era contagiosa y me inspiró a seguir adelante, incluso cuando las cosas se ponían difíciles.

Recuerdo que, a veces en los recesos, mis amigas y yo lo íbamos a visitar a su salón e incluso le compartíamos de nuestros desayunos. En ocasiones en esos espacios aprovechábamos para exponerle nuestras dudas; sin prisa, como si el tiempo no fuera una urgencia, nos explicaba una y otra vez, cambiando las palabras, dibujando e inventando ejemplos. También hablábamos de otras cosas: de sus gustos por los deportes, de su familia, de lo que le gustaba de enseñar. Esas conversaciones se volvieron un refugio; no lo sabía entonces, pero él estaba construyendo un vínculo que no era solo académico: era un vínculo de amor, de los que acompañan, incluso en el silencio.

Elsie Rockwell (2005) ha escrito sobre cómo el espacio escolar no es solamente un lugar de instrucción, sino también un lugar donde se tejen relaciones afectivas que dan forma a nuestra subjetividad. En ese sentido, el aula del maestro Adán era un lugar donde el afecto era parte del método. Conocía nuestras historias, nuestras fortalezas, nuestras luchas y, con su mirada sabia, tejía puentes entre nosotros, que nos hacía sentir que sí importábamos.

No solo me enseñó matemáticas, sino que también me enseñó la importancia de la perseverancia y la dedicación. Me mostró que, con práctica y esfuerzo, podía superar cualquier obstáculo y alcanzar mis metas. Su influencia en mi vida ha sido profunda y estoy agradecida por haber tenido la oportunidad de aprender de él.

Hoy soy maestra y escribo estas palabras con emoción y con una conciencia profunda del camino que me trajo hasta aquí. No fue sencillo, ni lineal; fue una travesía llena de dudas, de aprendizajes y también de encuentros que marcaron mi vida para siempre. Entre todos ellos, hay uno que brilla con fuerza propia: el del profesor Adán.

Quince años después, coincidimos en un evento magisterial. Le platicué de mi trayecto personal, profesional e incluso de formación, ya que estaba a punto de concluir la maestría, y le compartí mi interés por estudiar un doctorado, a lo que él no dudó en expresarme lo orgulloso que estaba por todo lo que había logrado y de ver cómo se cumplía aquella frase: “La alumna superó al maestro”.

A casi dos años de su ausencia, sigo pensando en mi maestro. Su partida fue silenciosa, pero dejó una huella profunda en quie-

nes tuvimos la fortuna de aprender con él. Su legado no se mide en cuántos alumnos aprobaron matemáticas, sino en cuántos aprendimos a pensar, a confiar y a mirar el mundo con otros ojos.

Adán no fue solo mi profesor de matemáticas en la secundaria, fue una presencia que sostuvo, que guió y que creyó, cuando muchos veían en mí a una estudiante promedio, con tropiezos en los números y silencios prolongados en clase; él vio algo más. Me vio como una persona con potencial, con inteligencia, con voz y me hizo creerlo.

Ahora que soy yo quien se para frente a un grupo, entiendo con claridad el regalo que me dejó. Al entrar al salón, llevo conmigo su voz, su ejemplo, su entrega; en cada estudiante que duda y que necesita ser visto, reconozco en ellas y ellos a aquella adolescente que alguna vez fui. Me descubro muchas veces replicando sus gestos: la paciencia, la sonrisa antes de una explicación difícil, el ánimo en las palabras de aliento, la calma cuando las cosas no salen como esperábamos. Es entonces cuando siento que el maestro Adán sigue aquí, en el aula, en mí.

Gracias a él entendí que educar es un acto de amor y que las matemáticas no son distantes, sino profundamente humanas, que detrás de cada fórmula hay una búsqueda de sentido, una pregunta sobre el universo y que un buen docente no es aquel que tiene todas las respuestas, sino el que sabe acompañarte en la búsqueda.

Finalmente me doy cuenta de que el profesor Adán no necesitó decirnos “los quiero” para que lo supiéramos. Nos lo dijo con su paciencia, con su respeto, con su fe en nosotros y, por eso, aunque ya no esté, sigue habitando en nuestros recuerdos. Porque los vínculos de amor no se rompen con la muerte: se transforman en legado.

Referencias bibliográficas

- Fierro, Cecilia. (2011). *La relación entre el docente y el estudiante*. México: Universidad Iberoamericana.
- Freire, Paulo. (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI Editores.
- Rockwell, Elsie. (2005). *La experiencia educativa en la escuela*. México: Universidad Pedagógica Nacional.

Mi siempre estimada Adelina

Lucia Xochitl Herrera Álvarez

Doctora en Educación. Catedrática en la Escuela Normal de Texcoco, Estado de México. xochitl_maestra@yahoo.com.mx

Casi el paraíso. Madame Bovary. El clan del oso cavernario. Adelina Robles. Son ideas claras que se arremolinan en mis recuerdos al nombrar a un maestro que ha dejado huella en mí. Ser un maestro siempre ha sido para usted disfrutar lo que hace. Este día escribo nuestra historia por la influencia que ha ejercido y sigue ejerciendo en mí. Las enseñanzas continúan. Hemos coincidido en varios momentos de nuestras vidas. Nuestra historia no tiene final. En cada espacio compartido ha habido sonrisas y largas charlas inagotables.

La primera enseñanza suya fue en secundaria; específicamente en primer grado. Tal vez no lo recuerde, pero fue mi maestra de Ciencias Sociales en el primer grado. Su trabajo fue tan sólo un mes, pero sus palabras de felicitación por mi hermosa letra me hicieron saber que la disciplina, orden y constancia son herramientas no sólo de presentación de un cuaderno, sino también una manifestación de valores personales que abren la puerta en todo lugar, así que, al igual que usted, para mí, la educación en valores es una prioridad en muchos sentidos al ser una de las bases fundamentales de la sociedad, y, sin lugar a dudas, una fuerte herramienta en nuestra labor.

Nuestro segundo encuentro fue en preparatoria. ¡Qué inmensa alegría saber que me recordaba después de varios años! Aquella ocasión en que me sentí agobiada por haber presenciado un fatal evento, llegué a su clase llorando y asqueada. El gran amor por sus alumnos se vio manifestado al abrazarme con la calidez de sus palabras, lo sé, hasta ahora lo recuerda, me lo ha comentado, pero nunca le dije la seguridad que me hizo sentir en ese momento. Su discreción y tacto pedagógico consolidaron mi vocación para ser docente. Siempre he admirado eso de usted.

Su clase la disfruté. Siempre amena y con un talento indiscutible para transportarme en diferentes periodos del mundo de la historia. El continuo y permanente uso de ilustraciones y mapas en sus explicaciones les daba un toque especial a sus sesiones de clase. 50 minutos que transcurrían muy rápido. Las visitas a museos y diferentes lugares a los cuales nos motivó visitar fueron grandes experiencias de vida. Posibilidades infinitas de aprender.

De la misma manera, su gusto por la lectura la convirtió en una de mis personas favoritas. Me invitó a leer *Madame Bovary*, *El clan del oso cavernario*, *Casi el paraíso*, libros que gocé hasta altas horas de la noche. Hoy leer es un apego que tengo. ¡Su exaltación hacia la lectura me permite ahora motivar a quienes son mis alumnos! ¡Un legado que comparto con las siguientes generaciones! ¡Un esfuerzo conjunto en la tarea educativa!

Ahora soy maestra. En el transcurso de la licenciatura, en nuestro tercer acierto, confirmé que su prioridad es el trabajo, pero no por ello dejó en segundo término a su hijo, y comprendí que la docencia es, sin duda, un trabajo que llena de satisfacción al servir a los demás con un alto sentido de ética, vocación y entrega. Constantemente recuerdo sus demostraciones del material didáctico que elaboraba. Hoy me siento orgullosa del aprovechamiento de los recursos que ocupó en mis clases y del conocimiento que tengo para elaborar periódicos murales. Me regaló un abanico de posibilidades enorme.

Siempre hizo énfasis en que menospreciar el trabajo de los alumnos o remarcar los errores con los que cuentan no ayudan en su proceso de aprendizaje, que eso levanta muros. Acentuó que es mejor subrayar sus éxitos y ayudarles en su desempeño. La satisfacción personal es un modelo de crecimiento increíble. Eternamente agradecida por el apoyo brindado.

Con el paso de los años, tuve el gusto de llamarle colega, fuimos compañeras de trabajo y, con verdadero beneplácito, observé que continuaba comprometida con la docencia y leal a la dignidad de reconocerse con el actuar dentro y fuera de las aulas. En nuestro cuarto contacto corroboré que, para usted, ser un buen maestro implica enseñar a los alumnos a pensar y dar una crítica. Sé que sus clases

siguen siendo amenas e interesantes, y los alumnos participan de manera activa en su proceso de aprendizaje. Sé que le da rabia la ironía, la hipocresía y la falta de compromiso de los estudiantes normalistas. Admiro su tenacidad para investigar y enfrentar el desafío de usar las tecnologías.

Estoy convencida de que no existe persona con mayor interés por el cuidado del medio ambiente que usted. Sé que decirlo es fácil, pero la realidad es que a veces es duro y complicado, a pesar de ello, hay personas que luchan por la buena educación, y una de esas personas es usted, Adelina.

Como ya sabrás, si me permites tutearte, nunca podré agradecerle lo suficiente todo lo que me has ayudado. No te has limitado simplemente a impartir asignaturas, has educado con amor y paciencia, y eso dice mucho de la excelente docente que eres, además de tu calidad como persona, como ser humano, porque ahora, desde tu casa, me sigues compartiendo tus experiencias, tus afectos, tu vida personal y esa confianza la tengo siempre presente.

Ahora, mi grandiosa maestra, querida amiga, en esta carta, reconozco la enorme responsabilidad que incesantemente asumiste con orgullo. Tal vez estas líneas no hagan justicia a tu labor, pero sí es mi pretensión enaltecer el amor que siempre tuviste a tu profesión.

Me despido de ti en este momento, invitándote a descansar más y dormir mejor, a cuidar de tu oído y preocuparte por ti. Te admiro por lo que has hecho y para mí eres un ejemplo a seguir. Por eso espero que siempre sigas luchando por disfrutar la vida.

Hasta pronto.

Maestro y director Víctor Cadena Aguayo: La trascendencia de su obra educativa y legado histórico.

*“El maestro no enseña solo en el aula;
educa también cuando sabe escuchar”.*
Víctor Cadena Aguayo.

Isaac Reyes Mendoza

Maestro en educación. Profesor de educación básica de la SEJ.
isaac.reyes.m@gmail.com

Las vidas son la oportunidad de realización que las personas buscamos como medio de contribuir con la sociedad, que deseamos sea cada vez mejor, y eso se logra cuando contribuimos para que así sea.

Con esa idea, desde los primeros años de vida escolar nos vamos disciplinando para ir construyendo los sueños a base de fantasías y pretensiones no tan reales; vamos transitando por la senda de la vida que nos toca vivir en nuestro contexto.

Víctor Cadena Aguayo nació el 18 de enero de 1918 en Hacienda Lazo del municipio de Zapopan, Jalisco. Su vocación la descubrió desde temprana edad; mostró inclinaciones por la docencia. Se formó en instituciones normalistas, donde cultivó una pasión profunda por la pedagogía y un fuerte compromiso con la formación cívica de la juventud. Su ingreso como docente a la Escuela Secundaria para Varones núm. 2 coincidió con un periodo de cambio social en México, en el que la educación era vista como motor de justicia y movilidad social. El país enfrentaba importantes transformaciones sociales y educativas y, en ese contexto, su liderazgo firme, pero humano, comenzó a distinguirlo.

Así transcurrió la docencia como maestro de matemáticas y después como director; fue una figura emblemática de la educación secundaria en Guadalajara, Jalisco, quien, desde el 1º de septiembre de 1951, dio inicio y apertura a la escuela secundaria y el mtro. Víctor se convirtió en director y su fundador por la intervención de su amigo

Agustín Yáñez, quien en ese momento ocupaba el cargo de subsecretario de Educación Pública y en 1953 fue gobernador de Jalisco.

Han pasado ya muchos años (75 años) desde su creación, que ocupó el edificio en la calle Bartolomé de las Casas; después fue la “Secundaria 4 para señoritas”, de acuerdo a la organización del sistema de la educación secundaria del estado.

Después, por el cambio de domicilio en 1970, ocupó el plantel ubicado a un costado del parque San Rafael. Se llamó oficialmente Escuela Secundaria para Varones núm. 2, con turno matutino y vespertino y 18 grupos en cada turno. Hoy se denomina Escuela Secundaria Mixta Estatal núm. 58 “Víctor Cadena Aguayo” y está sobre la avenida que también lleva su nombre.

Ahora les narro lo más significativo de la gestión del director en los 3 años que estuve como alumno, de septiembre de 1974 a junio de 1977, además de lo que he podido rescatar hoy en breve tiempo para tratar de honrar su obra educativa en este 15 de mayo del 2025, al cumplirse 35 años de su partida física hacia el eterno Oriente.

El Mtro. Cadena Aguayo indiscutiblemente marcó las conciencias de decenas de generaciones de egresados, al frente de su gran equipo de colaboradores que fue la planta de docentes, trabajadores administrativos y trabajadores de apoyo, como los intendentes y veladores; ellos fueron testigos de las acciones para educar a gran cantidad de alumnos que ingresaban por promedio y examen de admisión, que eran inmensas cantidades los que lograban ingresar, por diferentes factores y entre ellos la relevante figura del director y la atención educativa que brindaba a los alumnos de esa H. Institución Educativa.

Recuerdo mi primer contacto con él cuando lo saludé por primera vez en julio de 1974, estaba afuera de la dirección, al lado derecho del vestíbulo de la entrada a la escuela, estaba de pie, muy elegante vestido de traje negro y una corbata morada con camisa blanca, me contestó amablemente el saludo con una voz baja y cordial, también me preguntó qué se me ofrecía, le respondí que necesitaba ver si había aparecido en las listas de aceptados, me indicó donde estaban publicadas y agregó que si aparecía que fuera a avisarle; acto seguido fui a revisar las listas y con sorpresa de esas que da gusto recordar, festejé

con una gran sonrisa, corrí de inmediato a decirle que si había aparecido mi nombre en el grupo E, que me dijera que seguía; enseguida me entregó una lista de los documentos que se necesitaban y aprovechó para preguntarme en qué trabajaba mi papá y cuántos hermanos tenía, le respondí que mi papá era empleado municipal en el departamento de parques y jardines y que éramos 7 hermanos, enseguida me preguntó que si podía decirle a mis papás que acudieran con él cuando tuviera los documentos.

Llegó el tiempo de las inscripciones y así acudimos con el director en agosto de 1974. Nos dirigimos a la dirección a entrevistarnos con el director Cadena Aguayo y cuando nos recibió, empezó saludando a mis padres. Les explicó que él había sido testigo de la alegría que expresé al haber sido aceptado y que por eso me pidió que les invitara a hablar con él, porque les tenía una buena noticia, que no pagaría inscripción cada año y que nos ayudaría dándome una beca para tomar alimentos en el comedor. Mi padre le agradeció y también mi madre, sólo que ella lo hacía mientras le brotaban lágrimas de sus ojos. ¡Estaba llorando! Yo estaba confundido, no sabía si era de alegría o de pena. Después, por el largo trayecto del camino a casa, fui recibiendo las razones de mi madre, quien me reclamaba y me aclaraba que por eso no quería asistir a la escuela, porque le daba pena que vieran que no teníamos condiciones para seguir estudiando, que si quería seguir, tendría que hacerlo con mis propias fuerzas y recursos, porque ellos iban a dedicarse a darles educación a mis hermanos que venían cursando la educación primaria. Mi padre me abrazó y dijo: “Este es mi gallo y va a ser licenciado”. Yo la escuché y sentí alegría porque era la oportunidad de continuar estudiando y así lo hice, pero nunca se imaginó que sería licenciado en educación. Mis padres me volvieron a acompañar cuando egresé de la secundaria y luego cuando lo hice de la Escuela Normal de Jalisco.

El director Víctor Cadena, como maestro de matemáticas, era especialmente muy paciente para explicar sus clases, hasta confirmar que estaba comprendido el tema; daba generalmente a los primeros años.

El director daba claridad a los líderes que intervenían con sus equipos políticos en las contiendas de elecciones del presidente de la

sociedad de alumnos y su comité directivo. El maestro, con audacia y discreción, hacía que los maestros de más confianza acercaran a los alumnos que identificaban con liderazgo y nos llamaba para platicarnos de quiénes habían egresado de esta escuela y que ocupaban puestos políticos, que en ese tiempo solo había de un sólo partido, que afortunadamente ya casi se extingue por su negro pasado.

En las charlas que nos daba de vez en cuando, atisbaba nuestros pensamientos e ideas de lo que era el momento social. Estaban recientes la masacre de estudiantes del 2 de octubre de 1968 y la del 10 de junio de 1971, en donde la FEG actuó de cómplice del gobierno de Gustavo Díaz Ordaz, entonces presidente de la República, y principal responsable de la matanza de estudiantes, al igual que Luis Echeverría Álvarez y los militares que intervinieron en ese momento. A su vez, tenía repercusiones en el gobierno de Alberto Orozco Romero, Gobernador del Estado, y su secretario de Gobierno, Jaime Alberto Ramírez Gil. Con este último nos envió para solicitar el terreno de atrás de la escuela, que era un parque muy descuidado y abandonado por el gobierno municipal, que se nos negó por tener dificultades para adjudicarlo.

Se conformó el comité y me incorporé a la Comisión de Acción Política junto con un compañero que solo recuerdo por su apodo: “El Pompo”. Ya con más cercanía al círculo de confianza de “Vázquez” y su comité, donde estaba Alberto Ríos (Yiyo, apócope de Topo Gigio). Él era el asesor y principal impulsor de “Vázquez”, que había egresado también de la Secundaria 2 para varones y estaba en el comité de la FEG de Raúl Padilla López. Como secretario de Cultura y difusión, repartió dos periódicos en la secundaria en 1974 y 1975 de un periódico que se llamaba “Ideal”, que promovía ideales liberales; tenían en la portada, el primero, la foto del mtro. Víctor Cadena Aguayo, el segundo, la imagen del Benemérito de las Américas, don Benito Pablo Juárez García.

Los del Comité estudiantil hacíamos un círculo junto con el director para escuchar las ideas de cómo influir en la realidad política y para ello nos sugería, junto con presidente “Vázquez”, hacer círculos de estudio para analizar las situaciones políticas y de gestión públi-

ca. Ahí dimos origen a una publicación que se llamó “Días contados”, que tenía editoriales expresamente de izquierda; el número 1 tenía la imagen y el contenido de la carta del comandante Ché Guevara con su pensamiento guerrillero. Traía, además del directorio, fotos de la escuela en la segunda página, de las elecciones, y en la tercera página traía la problemática que representaba el parque abandonado de atrás de la escuela, junto a la propuesta de petición al gobierno del estado para que nos lo donará, además de noticias de la dinámica interna de las clases, maestros y alumnos, y en la parte de la contraportada un perro pastor alemán que era nuestro símbolo de mascota y sello distintivo de nuestra fortaleza de identidad, mismo que hasta ahora nos identifica como los perros de la Secundaria núm. 2. El director respetaba la iniciativa editorial.

El maestro Víctor fue mucho más que un director escolar; fue un referente ético, académico y humano de la educación secundaria en Guadalajara, Jalisco. Su vida estuvo consagrada a la enseñanza pública y al desarrollo de jóvenes a quienes nos formó, no solo como estudiantes, sino como ciudadanos íntegros. Para lograrlo nos sugería estar preparándonos haciendo lectura en la gran biblioteca que teníamos, también solicitando que las secretarías nos prestaran los cárdex o expedientes de los egresados y buscáramos en dónde trabajaban o qué cargo de funcionario o cargo político ostentaban e hiciéramos seguimiento de su comportamiento ético, desempeño profesional y práctica humana o filantrópica. Los ponía a prueba, cada año a diferentes o incluso algunas veces a los mismos que ya sabía que eran congruentes con su actuar, les solicitaba apoyos para contratar camiones y realizar un viaje turístico (en mi generación fuimos 90 alumnos en tres camiones) para realizar el paseo de una semana por el sureste del país, con gastos pagados, sin desembolsar un solo peso como cooperación y llegando a los mejores hoteles y restaurantes de los destinos que visitamos, este viaje era para los alumnos que no reprobaban ninguna materia y a los mejores promedios de cada grupo de primero y segundo, visitamos la Ciudad de México, Puebla, Veracruz, Tabasco, Campeche, Yucatán, Chiapas y Quintana Roo; esa fue una experiencia inolvidable para mí y considero que para todos los que fuimos; conoci-

mos por primera vez los mares y playas paradisíacos del país, en esos viajes el director era también nuestro guía turístico.

El director con su equipo de maestros: Antonio Contreras Reyes (El Chocorrol), el subdirector Mariano Zavala, un maestro que le decíamos “El Scool”, el maestro Carmona, el maestro Zamora de la Paz, que coordinó a mi grupo durante el viaje, el maestro Miguel Miranda “El Cheminis”, el maestro de música Profr. Yahuaca, el maestro Fausto “El hombritos”, entre muchos otros, nos organizaba en equipos de 7 o más alumnos y nos nombraba un maestro responsable para coordinarnos en tiempos, comidas, hospedajes y, sobre todo, para cuidarnos.

En el enfoque pedagógico, combinaba la disciplina académica con el respeto a los valores éticos y ciudadanos, convirtiendo al plantel en un referente estatal por su organización, nivel académico y formación integral de los jóvenes, que destacaban al poder e ingresaba un gran porcentaje a las diferentes instituciones de bachillerato y de la Escuela Normal de Jalisco.

Entre sus logros más destacados se encuentran:

Fortalecimiento de la planta docente, apostando por maestros con alta preparación y vocación educativa, mostrada en su entrega no solo en las clases con alto compromiso y desempeño por parte de la mayoría de maestros y maestras, sino su presencia en las actividades extraescolares, como desfiles y actos cívicos en días festivos.

Impulso a la excelencia académica, promoviendo concursos de oratoria, ciencias y matemáticas a nivel escolar, municipal y estatal. En este punto impactaba mucho el índice alto de aprovechamiento y la poca reprobación producto de la motivación para todos de querer obtener y conservar calificaciones aprobatorias para ir al viaje al sureste.

Mejoramiento de la infraestructura escolar, gestionando recursos para la rehabilitación de aulas, laboratorios y espacios recreativos. Este rubro lo cubría reparando cada butaca deteriorada, cada pizarrón dañado y, sobre todo, reponiendo los cris-

tales que eran rotos. Sin embargo, una lección para todos era que vidrio que rompía algún compañero lo tenía que reponer; para ello la acción era rápida, pues afuera de la escuela había una vidriera que se dedicaba a eso. Además de mantener en buen estado las mesas de ping-pong, canchas de basquetbol, voleibol y fútbol.

Fomento a la cultura y las artes, integrando talleres extracurriculares de música, teatro y pintura, con la visión de una formación integral. Para ilustrar esto le comparto una anécdota que obtuve de otros excompañeros.

Se recuerda especialmente el día en que un grupo de alumnos pintó un mural sin autorización en uno de los muros del patio. En lugar de imponer un castigo inmediato, el maestro Cadena solicitó que explicaran su intención artística. Impresionado por el contenido social y el mensaje del mural, no solo permitió conservarlo, sino que gestionó materiales para que se terminara de manera formal. A partir de ese día nació un taller oficial de expresión muralística en la escuela.

Su legado

El legado del maestro Víctor Cadena Aguayo sigue vivo en los miles de alumnos que pasaron por la Secundaria para Varones núm. 2 bajo su dirección. Muchos de ellos hoy son profesionistas, padres de familia, servidores públicos y líderes comunitarios que recuerdan con gratitud y admiración la figura del maestro que les enseñó que la educación no termina en los libros, sino que continúa en la forma de actuar con rectitud ante la vida.

Durante su extensa gestión al frente de la Secundaria para Varones núm. 2, el maestro Víctor Cadena Aguayo fue mucho más que un administrador escolar. Fue un líder comprometido con la equidad educativa, consciente de que muchos de los jóvenes que llegaban a la escuela provenían de familias con limitaciones económicas o entornos difíciles. Su trabajo trascendió el aula, transformando a la escuela en un espacio de apoyo, inclusión y oportunidad.

En casos de alumnos con problemas de conducta, reprobación o ausentismo, lejos de aplicar sanciones automáticas, el maestro Víctor iniciaba una investigación personal, buscando entender la causa de fondo: problemas familiares, salud mental, trabajo infantil, etcétera.

Era común que propusiera planes de recuperación académica o incluso talleres extracurriculares como fotografía, encuadernado, fundición, carpintería, lectura, etcétera, donde el alumno pudiera canalizar su energía o creatividad. En algunos casos logró reintegrar a jóvenes que habían desertado, convenciéndolos —junto con sus familias— de retomar sus estudios.

Su legado no solo reside en las paredes de la Escuela Secundaria para Varones núm. 2, sino en la memoria de quienes fueron sus alumnos y colegas. Muchos de ellos, al pasar los años, han recordado con gratitud las enseñanzas del maestro Cadena Aguayo, tanto dentro como fuera del aula.

Todas estas acciones reflejan que el maestro Víctor Cadena Aguayo no dirigía una escuela: construía una comunidad de respeto, aprendizaje y apoyo mutuo. Su presencia en la secundaria fue más que administrativa: fue un verdadero pilar social para cientos de familias tapatías.

A la muerte del maestro Víctor Cadena Aguayo, el 19 de abril de 1990, muchos lloramos su partida y las esquelas de muchas generaciones y personajes de la vida pública expresaron su pesar resaltando la estatura de la luminaria que hoy sigue alumbrando nuestro camino.

*“Si aquí formamos buenos estudiantes,
que salgan de aquí también buenos ciudadanos”.*

V. C. A.

Feliz Día del Maestro, gracias por cuidar tu salud

Aida Sánchez Sención

Licenciada en Educación Preescolar. Directora jubilada de la SEJ.
aidasensan6@gmail.com

Inicio recordando a mis maestros que con dedicación y paciencia me enseñaron las primeras letras y números, con amor pudieron tocar mi corazón. Vienen a mi mente los recuerdos de mis días en las diferentes escuelas que cursé como estudiante.

En mi memoria recuerdo con admiración a la maestra Leonila de la materia Laboratorio de docencia, agradeciéndole sus consejos y orientaciones durante mi formación como Educadora en la Normal.

Y también con profunda tristeza me surgen en mi mente las imágenes de maestras y maestros fallecidos; entre ellos Gildardo, José, Eugenia, Antonia y Rosa, solo por mencionar los más cercanos, dejaron este mundo en edad madura y por cuestiones de salud dejaron de laborar en sus centros de trabajo, fue así como su vida se vio deteriorada, hay ocasiones que me pregunto si pudieron cuidarse física y mentalmente, si sus enfermedades pudieron evitarse a temprana edad o fueron por edad. Me quedan recuerdos agradables de ellos, se fueron a descansar al viaje sin retorno y todos algún día tomaremos.

Para los que aún estamos viviendo, muchas felicidades por tener amor a la profesión en la docencia, por dedicarle el tiempo a tu formación en una escuela con la dinámica que caracteriza al docente en constante actualización en nuevas metodologías para llevarlo a la práctica educativa y, por supuesto, llevar los principios educativos de los modelos educativos, para formar personas en aulas, con nuevas herramientas y valores para la vida donde se encuentren los estudiantes.

Continuaría describiendo lo que hacemos diariamente como docentes, pero descuidaría hablar sobre la parte individual de cuidar nuestra mente y cuerpo para preservar la vida y salud de manera responsable por amor a nosotros mismos, soy una docente que realizó mi trabajo con ética, aprendiendo con disposición los nuevos planes de

estudio que en cada sexenio cambian, capacitaciones, largas lecturas de los planes y programas de estudio, documentaciones extras que siempre muy oportunamente se ofrecen y se encuentran en internet, siendo lo mejor porque simplemente ponemos palabras y de despliega cantidad inmensa de información sobre el tema y qué decir el tiempo extra que se le dedica a realizar las planeaciones y evaluaciones así como toda la documentación que se necesita para organizar y tener oportunamente información para saber quienes son y cómo son los estudiantes, la organización de expedientes, datos y estadísticas precisas, dentro de las instituciones educativas; así seguiría, pero es preciso dar a conocer que también el docente necesita cuidarse ¿para qué? Para cuidar y preservar la salud, mejorar nuestra calidad de vida en el lugar donde nos encontremos y con las personas que nos relacionamos. Hacemos infinidad de actividades en el hogar y en los centros escolares, mientras hacemos todas estas cosas descuidamos nuestra persona, es por ello que clasifico tres aspectos importantes que como ser humano descuidé teniendo como resultado malestares físicos, desorden alimenticio y emocional; careciendo de una alimentación saludable, sin ejercitar nuestro cuerpo físicamente además de tener repercusiones en mis emociones con estados de ánimo que provocaron malestares desde alteraciones del sueño hasta miedos de mi alrededor por citar ejemplos de comportamientos por mis emociones. Le agrego la actividad física, creía que con tan solo realizar educación física, activación colectiva además de música y movimiento con mi grupo de alumnos, ya había movido mi cuerpo, había realizado mi rutina para beneficiar mi cuerpo, pero estaba lejos de imaginar que solo habían sido simples movimientos para mí. Lo que a continuación describo es mi interpretación personal y vivencias que he tenido, con respecto a mi alimentación en mi forma de vida, como salir temprano de casa para llegar a tiempo y cumplir con el horario de entrada a la escuela, haberme preparado desayunos desorganizados como lonche, fruta, café y galletas para iniciar la mañana, salir de las clases y pasar a comprar comida preparada porque ya no hay tiempo de hacer alimentos en casa, terminar el día planeando, leyendo, escuchando audios sobre estrategias para implementar en el aula, con el tiempo justo para

organizar la clase del día siguiente, siempre con rutinas sin cambios y tampoco sin orientaciones que no buscaba para mi beneficio físico y afectivo emocional de mi persona.

Fueron así las rutinas realizadas durante décadas, errores grandes que se van acumulando para terminar con enfermedades por la edad y debido a la alimentación, sedentarismo, por no haber parado unos minutos para observar o haber escuchado nuestro cuerpo que decía: “necesito alimentos diferentes para favorecer una alimentación de calidad, movimiento físico con rutinas para el beneficio de nuestro cuerpo, el autoconocimiento de mis emociones, formas de sentir, reaccionar ante determinadas situaciones con las personas que me relaciono dentro del ámbito laboral y social de mi entorno”.

En primer lugar les hablaré de mi alimentación. El cuerpo humano tiene diferentes formas de expresarse y lo primero es sentirse mal, empiezas con dolores en diferentes partes del cuerpo, la vista es borrosa y las extremidades se sienten pesadas cuando realizas una actividad física, lo siguiente es visitar un doctor y lo primero es saber tu peso, talla y presión arterial como inicio de revisión; primer diagnóstico: sobrepeso, la primera tarea es asistir con el nutriólogo y de acuerdo a la definición en internet *es quien realiza la evaluación y atención nutricional para quienes cuidan su salud y va desde prevención, tratamiento y control.*

Y sí, efectivamente requerimos de la orientación y control para poder mejorar nuestro organismo, nos pasamos la vida comiendo de la manera como nuestros padres comían por costumbres y hábitos, por la comodidad de comer ciertos alimentos por la falta de tiempo o porque es lo que venden cerca de donde trabajamos, pero debemos considerar que los alimentos han cambiado, se procesan, se le agregan grasas y químicos; también los excesos de calorías en los alimentos más de los que requiere una persona al día, podemos observar cómo se han disparado las enfermedades por el sedentarismo, por el estrés laboral y las mil ocupaciones que dentro del hogar se requieren con la familia, es por ello que necesitamos a un experto en la materia que nos pueda explicar lo que está ocurriendo con nuestro cuerpo, si queremos tener mejor calidad de vida con menos malestares y com-

plicaciones de salud; es decir, tener una alimentación adecuada para realizar nuestro trabajo con un mejor rendimiento.

Otro aspecto importante son las emociones y hablaré de la necesidad del reconocimiento de ellas. ¿Por qué las pongo en segundo lugar a las emociones?, porque las tenemos desde el día que nacemos, son biológicas y desde pequeños nos enseñaron a controlarlas, pero fue adecuada esa forma de cómo las podemos expresar o limitarlas por los diferentes estilos de crianza. Reconozco emociones de alegría, miedo, enojo, vergüenza, rechazo y asco, ellas me permiten actuar determinando mi comportamiento emocional.

A continuación, explico cómo impactan las emociones en mi espacio laboral, de cómo me siento en determinada situación, mis problemas de salud también se determinan por mis emociones y por ello requiero estar bien, para vivir y hacer mi trabajo mejor. Las emociones son la energía positiva o negativa que me determinan mis estados de ánimo, también accionan cómo me relaciono y cómo me desenvuelvo en el aula con alumnos, padres de familia y demás personal donde laboro.

Reflexiono que a las emociones no las puedo evitar y reprimir, pero si aceptar y conducirme de acuerdo al análisis para actuar en determinada situación, en mis necesidades, pudiendo con ellas desenvolverme con los demás, pero también descubrir que puedo no tener empatía con los otros, esto último buscar las formas precisas para relacionarme de la mejor manera a mi alrededor. Considero importante identificarlas para preservar la salud y tener calidad de vida.

El tercer aspecto que describo para sentirme mejor es la actividad física, la integré a mi vida diaria y estoy en proceso de adquirirla como rutina constante, estar en movimiento y permitirle a mi cuerpo hacer esfuerzos, cansarlo, que se sienta bien al tener control sobre los movimientos, decidir cuánto tiempo, qué tipo y el lugar, un lugar con el ambiente y motivación para hacer ejercicio físico cuidando para preservar la salud.

Me ha permitido que mi organismo se sienta mejor, se oxigene la sangre que llega a los músculos y corazón, me ha aumentado la energía para hacer las actividades diarias, me ayuda a controlar el peso y el estado emocional se mejora con una sensación de alegría.

El día primero que inicié pude escuchar cómo los huesos se acomodaban, miraba el techo de la habitación esperando que algo le pasara mal a mi cuerpo y tuve miedo que se hubieran roto, pero solo fue la emoción de miedo, al levantarme me di cuenta que estaba bien y en los días consecutivos dejó de hacer ruido mi cuerpo, pudieron disminuir los dolores del cuerpo y, de esta manera, se fue haciendo más flexible, parecía que durante años no lo hubiera movido, que haya estado inmóvil en una caja y que por primera vez lo haya utilizado para ser libre, es increíble cómo he podido dar tiempo y tenerlo para continuar con esta actividad que por difícil pueda parecer para crear el momento ha sido muy fácil realizarlo.

Reconozco que el bienestar físico y emocional se puede lograr haciendo cambios pequeños y constantes, es pensar en nosotros, agregar a nuestras actividades prácticas el cuidado del cuerpo, asistir con personal experto para que pueda ser nuestra guía, nuestro orientador, tal como si nosotros somos los alumnos y ellos los maestros.

**María Auxiliadora Morales: ¡A la memoria de una vida
comprometida con la enseñanza para la vida y
la búsqueda de verdadero significado
de la existencia humana!**

Jesús Alfredo Morales Carrero

Doctor en antropología. Docente de Psicología y Orientación Educativa en la Universidad de Los Andes, Venezuela. lectoescrituraula@gmail.com

A finales del año 1991 e inicios del 1992 y luego de culminar mi educación preescolar, mis padres deciden inscribirme para cursar el primer grado de primaria en una institución cercana a mi lugar de residencia, una escuela básica que llevaba como epónimo “Ananías Avendaño”. Recuerdo con suficiente claridad que en la institución, como se acostumbra en todas las del país, se celebraban todos los lunes los denominados actos cívicos y, ese día, por ser el primero del año, se dedicaba a hacerle una bienvenida no solo a los estudiantes regulares, sino a quienes asistían por primera vez a la institución educativa.

Este primer día, los padres se apersonaban en la institución educativa para conocer al profesor, quien a su vez aprovechaba para ponerlos al día sobre algunas exigencias que se debían cumplir, específicamente las relacionadas con las responsabilidades académicas en las que los padres debían involucrarse; de tal manera que el cumplimiento de las asignaciones lograra ser llevado a feliz término. Iniciando el año escolar, cada docente se ubicaba en el patio de la institución educativa con un listado. Allí, a viva voz, iban nombrando los estudiantes que tenían a su cargo, quienes a su vez se iban organizando en una fila conformada por los de menor estatura hasta los más aventajados en tamaño. Allí conocí por primera vez a la profesora María Auxiliadora Morales, quien se presentaba a la usanza del momento, es decir, formal, con una perfecta dicción, con un tono de voz que no solo demostraba seguridad y firmeza, sino la calidez suficiente para motivar la confianza de sus estudiantes.

Una vez organizados en fila, la profesora trasladaba a sus estudiantes al salón de clases; esta en específico aprovechaba la oportunidad para indicar los accesos (salidas y entradas, ubicación de los baños, de la biblioteca y de la Cruz Roja que funcionaba en la institución), para terminar el recorrido en el salón de clase, espacio que compartiríamos a lo largo de todo el año. Al inicio de cada clase y así durante todo el año, comenzábamos con una breve oración en la que pedíamos por propósitos generales, pero también por algunas necesidades puntuales, caso de enfermedad o situaciones que pudiera estar atravesando alguno de los compañeros. Seguidamente, la profesora copiaba en su pizarrón la ruta a seguir, la cual, por lo general, comenzaba con una lectura sobre un valor. Por ser primer grado y con el ánimo de lograr mayor integración, el salón se organizaba en círculo conformado por pupitres.

En estas primeras horas comenzaba su narración, la cual no se encontraba apoyada por ningún material; parecía una cuentacuentos, con una capacidad única para improvisar, crear y recrear escenarios. En la que medida que se iba desarrollando la narración, captaba la atención con subidas momentáneas del tono de voz, parecía como si estuviera en medio de una escena, cambiaba de voz según los personajes y parecía que, en una suerte de juego de roles, lograba completar de modo muy bien logrado la culminación de su cuento.

Esto no terminaba allí, pues luego o casi de manera inmediata, comenzaba a preguntar aspectos específicos sobre el cuento; pero, curiosamente, siempre dejaba la historia sin consigna, esperando que al final los estudiantes, a través de su participación, logran acordar qué título debía llevar. Esta dinámica parecía llevarse gran parte del tiempo antes del receso, lapso que transcurría con mucha rapidez. En cada sesión de este tipo aprovechaba la oportunidad para enseñar contenidos y reforzar otros asociados con la comunicación, con las normas del buen hablante y del buen oyente, con la intención de establecer el clima de orden necesario para hacer fluir su actuación.

Si bien es cierto, esta dinámica de clase constituyó una forma de acercar a los estudiantes no solo a la cultura escrita, sino además, una manera estratégica de despertar el interés por la literatura que, si

bien es cierto, no procuraba sensibilizar, sí pretendía cultivar el desarrollo de la creatividad y del pensamiento como procesos cognitivos en función de los cuales potenciar nuevas habilidades de orden superior. Es preciso indicar que durante estas sesiones, la profesora Morales procuraba privilegiar la participación de los estudiantes, así como motivar el diálogo que permitiera en uso constante de la pregunta crear un clima provechoso para construir aprendizajes.

Recuerdo que cada lunes esta actividad se repetía, por lo que sí, por algún momento se olvida hacerla en el bloque de la mañana; uno de los compañeros tomaba la iniciativa de recordarle a la profesora que se debía cumplir con la lectura semanal. Una vez culminado el primer lapso, la dinámica comenzó a tornarse aún más interesante, pues la profesora anunciaba el valor sobre el cual giraría el desarrollo de la historieta de la siguiente semana, y exigía que al menos cinco estudiantes cada semana conversaran sobre los resultados de su indagación personal.

Esta variación en la actividad no solo se convertía en una experiencia significativa que redundaría en el desarrollo de una especial afinidad por la lectura, sino además, por la investigación; procesos que eran desarrollados con suficiente fluidez, pues gran parte de los estudiantes ya manejaban el código escrito; competencia que era aprovechada para motivar en estudiantes menos aventajados la consolidación de su proceso de alfabetización inicial. Si bien, es cierto que esta experiencia significó de manera determinante la formación de lectores competentes, también lo fue la organización de visitas guiadas a la biblioteca de la institución.

Allí, cada estudiante tenía la posibilidad de interactuar con los ejemplares tanto de cuentos como de libros como de contenidos de tipo histórico, de las ciencias naturales, ciudadanía y valores. Esta visita a la biblioteca usualmente se organizaba con la intención de promover la lectura guiada, la cual era aprovechada por la profesora de la siguiente manera: ubicaba a los estudiantes en pareja, por lo general uno que leía de manera competente y otro que se encontraba en proceso, esto con la finalidad de promover experiencias de aprendizaje cooperativo.

Esta lectura guiada se convertía en una oportunidad para motivar la libertad de expresión, el pensamiento crítico y el diálogo significativo. Pues desde la revisión de la consigna hasta la del contenido de cada párrafo era presidida por preguntas que buscaban promover el razonamiento y construcción de respuestas, tanto organizadas como lógicas. Este esfuerzo por acercar a cada estudiante a la cultura escrita surtía efecto, pues en el segundo lapso casi todos los estudiantes lograban no solo decodificar, sino manifestar su opinión sobre las temáticas tratadas.

Este clima favorable de aprendizaje significaba para los estudiantes una oportunidad para comprender en profundidad aspectos no evidentes en los materiales de lectura; lo que representó para la profesora Morales una posibilidad para motivar la participación respetuosa como el aspecto que era aprovechado para favorecer el desarrollo de opiniones sustentadas, no solo en el razonamiento personal, sino en la construcción de ideas lógicas que, organizadas de manera coherente, le aportaran a los estudiantes las habilidades para argumentar y defender sus propias posiciones.

A lo largo del año escolar, la profesora Morales solía promover la discusión permanente sobre situaciones cotidianas, es decir, sobre temáticas controversiales que les permitieran a los estudiantes ver las distintas aristas, componentes o elementos en función de los cuales enriquecer el análisis crítico; este proceder estratégico le hacía ver a la profesora como una de las profesionales con mayor reconocimiento en la institución, cualidad que era valorada por unanimidad por sus colegas, quienes expresaban con profundo afecto y admiración la calidad académica, personal y vocacional de su persona.

Este cúmulo de virtudes dejaba ver a una persona con un profundo sentido de pertenencia hacia el ejercicio de su profesión, que no solo se centraba en transmitir conocimientos, sino por su indiscutible carisma, su profunda sensibilidad y compromiso con la atención a las diversas necesidades de sus estudiantes; a quienes trataba no solo con respeto, sino que los asumía como los depositarios del futuro del país, frase que era repetida cada vez que lo consideraba oportuno para resaltar el potencial contenido en cada uno de sus estudiantes.

Lo referido era motivo para que cada compañero asumiera la responsabilidad de esforzarse en aprender, así como en asistir a cada sesión de clase; en la que se apreciaba no solo el entusiasmo generalizado del alumnado, sino su disposición para integrarse en las discusiones, en el diálogo y la comunicación respetuosa; condiciones que hacían de la clase un momento para interactuar en un clima de confianza, en el que la corrección se aprovechaba para reconducir, ajustar y hacerle entender a su destinatario lo que debía mejorar.

Uno de los eventos más significativos de sus clases, específicamente en el área de biología, era el sentido práctico con el que se enseñaba; usualmente, la experimentación y el aprendizaje por descubrimiento eran asumidos como posibilidades para que cada estudiante explorara sus preferencias vocacionales, así como su afinidad con la ciencia y la investigación. Este proceder comprometido con el autococonocimiento se precisaba como una preocupación constante en torno a la cual la profesora Morales insistía, de allí que integrara en las clases el preguntar y repreguntar sobre cómo nos veíamos en el futuro, por lo que instaba a los estudiantes a escribir el proyecto de vida personal que permitiera determinar las inclinaciones académicas y la afinidad hacia determinadas materias más que a otras, logrando de este modo fortalecer tanto el ser como el hacer.

El Primer Congreso Pedagógico de Yucatán en 1915. Salvador Alvarado

Jorge Alberto Ortiz Mejía

Maestro en educación. Profesor-investigador de la Universidad Pedagógica Nacional. Unidad Mérida. jaortizmejia@gmail.com

Los maestros asistentes al Congreso exigieron estar acordes con los tiempos, enterrar el sistema anterior para construir la sociedad que se demandaba. Comprendían que la escuela en su esencia reproducía al medioevo y su servidumbre. Las discusiones pasaron por la escuela de la libertad o de la esclavitud. Hubo quienes cuestionaron: “¿Qué es ser libres?”. Sus posiciones demostraban temor al cambio. Otros comprendieron que la escuela debe liberarse del dogma, de todo prejuicio; porque lo más complejo es librarse de la esclavitud cuando ésta se ha internalizado en las estructuras del pensamiento.

Parte de los debates en el Congreso fue la concepción de la instrucción y cómo se atiborra de conocimientos a los educandos, muchas veces alejados los maestros de la realidad del niño, quien lo asume pasivamente como un recipiente a llenar. Ello nos recuerda la escuela bancaria analizada por Paulo Freire¹. En el fondo subyacen el autoritarismo y el dogmatismo, que hacen al niño simple receptor de nociones científicas, mero depósito de teorías, inadaptables a la vida real. El método para formar hombres libres es el que emplea la propia naturaleza en su formación, al adquirir y organizar sus conocimientos.

¹ El concepto de dominación se encuentra en la educación tradicional, que esclaviza al sujeto, lo manipula, no permite que se afirme como persona, que sea actor de la historia. Dejar de ser sujeto es transformarse en objeto, lo cosifican, le niegan la capacidad de transformar su mundo. En este modelo, corresponde al maestro el papel de organizar, conducir y controlar un proceso lineal de traspaso de información donde él es el que sabe, piensa y ejecuta la acción de manera autoritaria. Así, el hecho educativo se limita a una mera transmisión de conocimiento (instrucción) del docente hacia el alumno.

La patria

La construcción de Patria fue tema fundamental en el debate, aunque en la actualidad, con tanta penetración cultural mediática y como sentimiento antipatriótico, suene vacío. Más que nunca tenemos los maestros la obligación de retomar estos elementos que nos dan sentido y unidad. Los congresistas expresaban: “Sin patria no hay escuela, y sin escuelas, muchas veces no existe la patria. Ante ello, la sociedad sin querer tiende a exacerbar el individualismo; más se requiere la formación del sentido social, de colectividad, de pueblo”, o decían: “La patria es la única realidad existente; es la realidad superior, ante la cual se desvanece o pierde la autonomía del individuo. La patria es el alma colectiva que absorbe todas las almas hasta cumplir el deber de sacrificarse por su patria”. También afirmaban: “En la escuela primaria se modela el carácter de la nacionalidad. Se plasma la vida civil y pública. En ella, por primera vez, practica el hombre, colectivamente hablando, sus deberes y derechos”.

Es tal la percepción de la defensa de la soberanía que se reconoce: “La patria es la patria, madre augusta de todos. Busca el amor, la concordia, el sentimiento de libertad, de justicia, de grandeza moral, y aún del olvido o perdón para los ingratos que no supieron cumplir sus deberes patrios, que son los deberes por excelencia de los hombres civilizados”.

En su afán de memorar la patria y sus luchas nacionales y locales, aparece en el discurso de los maestros tener que consagrar “el 30 de julio a los héroes y mártires de la guerra social (Guerra de Castas) iniciada en 1847”. Está presente todavía la guerra social, pues no habían cicatrizado las heridas. Por tanto, los indígenas alzados no serían parte de estos festejos. Revisan el papel de las instituciones como lo es la Universidad, cuya enseñanza ha sido casi teórica o empírica, llena de carreras literarias, de una didáctica libresca.

Discurso de Salvador Alvarado en la inauguración del Congreso

El Gobernador reconoce que “corremos el riesgo de hundirnos en perezosa indolencia, o convertir nuestros ideales en viciosa excita-

ción; entonces llegaremos a la bancarrota, tanto que lamentar cuanto que el hecho habrá ocurrido por nuestra propia causa”. Y reflexiona: “Griegos y cartagineses vencidos por el hierro romano, de aquellos latinos que no poseían la soberbia cultural de los unos ni el genio comercial de los otros, tenían lo que a ambos faltaba, ese gesto de la fuerza del carácter”.

De los hombres del poder esboza: “Si hombres de riqueza o posición social se tornan lujuriosos o indolentes; si aflojan en el cumplimiento de las obligaciones que tienen para con todo el pueblo por razón de posición; si olvidan el sentimiento de patriotismo, o arrastran vidas dedicadas a la molicie o a una viciosa complacencia consigo mismo, no habrá cultivo intelectual ni actitud financiera que los salve del desdén de aquellos cuyo respeto es el más alto galardón”.

Encomia a los maestros: “De hoy en adelante, señores profesores, decid la verdad al niño, no hagáis escuela de aduladores; haced en las conciencias de los educandos la religión del orgullo, de la vergüenza, del propio valer, del carácter; hacer la religión del orgullo es crear hombres fuertes, conscientes y honrados: no de esa pervertida moral que os prohíbe, a fe de creyentes, que investiguéis la trinidad, la pureza de la virgen María y de los beneficios sacramentales.

“Esta discusión ética expresa los poderes de su época confabulados contra el pueblo: militares, iglesia, dictadura, científicos, hacendados, acumulando fortunas que resultan una bofetada a la pobreza de nuestro pueblo, y cómo los lujuriosos, indolentes, soberbios, caen víctimas de los becerros de oro, ante la avaricia, egoísmo, hasta apoderarse de la esperanza de las personas, no conformes, con tanto, no tienen límite”.

Realiza dura crítica a la burocracia: “Al puesto no se llega a medrar, se llega a servir, los fondos públicos son urnas inviolables, depósito sagrado que no está al servicio de compadrazgos o a beneficio de empleados mercachinfles”. A su vez, recomienda cómo el Estado debe atender a su sociedad: “Al maestro pagarle bien, dotar a las escuelas de edificios y material de enseñanza, para hacer buenos

jueces, buenos hospitales, para crear energía. Los fondos del pueblo son la palanca de Arquímedes que levanta al mundo y no la caja de Pandora que lo enferma y lo pervierte”. Advierte el gobernante: “Recuerden que no son los más fuertes los que siempre triunfan, sino los que mejor se organizan y dirigen. En el combate es más fuerte el que lleva la razón y la justicia; el convencimiento íntimo de que la causa es buena, basta y sobra”.

Analiza el papel de la mujer y propone: “En nuestro medio, es artículo de lujo, se compra con el matrimonio... La mujer es débil porque así la enseñamos, porque es alimentada con falsos pendones y deleznales prejuicios... No se les prepara, se casan por tener quien las apoye, o viudas que, aún con las lágrimas por la muerte de su marido, tienen que ir al prostíbulo o al asilo porque no saben qué es la vida y tienen miedo de vivir; lo ignoran todo y sus temores hacen horizontes. Hay que enseñarles a vivir, a elegir, a pensar, a gobernarse a sí mismas. En nuestro país, la mujer de cualquier categoría, es más esclava que el obrero”.

Su posición ante los educadores: “Sabed que quiero ser el mecenas de los maestros, el amigo leal y cariñoso, siempre que cada quien sepa cumplir con su deber; el juez viene ya, en la posteridad; que no se eche la culpa a Uds. de que haya mañana otra revolución incubada en la explotación que se haga a un pueblo ignorante”. En el entendido de que los maestros representan la esperanza del pueblo, sus justas aspiraciones, sus demandas, este mensaje confirmaba el compromiso de los maestros con la revolución: el maestro combatiente, líder comunitario, comprometido con el pueblo, nunca obrando a sus espaldas.

Dentro de los resolutivos del Congreso se estableció que anualmente el Ejecutivo convocaría a un congreso pedagógico, planteando que la educación que se brindará al niño, suscitará la formación del espíritu republicano y liberal en la escuela, así como inculcarle el puente de la libertad de los pueblos que se llama revolución, en el más alto, amplio e insigne sentido de la palabra, a la manera como lo fueron los libertadores de nuestra patria.

D. Rodolfo Menéndez y el método pedagógico

Medular resultó la intervención de D. Rodolfo Menéndez de la Peña, quien disertó sobre su visión del método pedagógico. Al hacerlo, reconoce que “es el camino más fácil y corto, el más seguro”, y se reduce a dos, la Inducción y la Deducción. En la segunda, de casos particulares pasamos a consecuencias generales, de lo compuesto a lo simple, “de la percepción de los hechos a la intuición de las ideas”, y de las manifestaciones o fenómenos de la naturaleza, a las leyes que obedecen, o sea, de los efectos a las causas.

Por el contrario, “La deducción parte de lo simple a lo compuesto; de lo abstracto y general a lo concreto y particular; de los principios a las conclusiones; de las causas a los efectos; de las reglas a los ejemplos; de las leyes a los fenómenos; de los axiomas y definiciones, a las pruebas y demostraciones”².

Planteó D. Rodolfo que la vieja didáctica “desconoce la psicología del niño; comenzaba el aprendizaje de las ciencias por generalidades, definiciones, abstracciones y fórmulas completamente fuera del alcance de las infantiles inteligencias, y para retener el cúmulo de principios doctrinales y aún de dogmas y teorías difíciles de comprender”. El niño requiere pensar, analizar, diferenciar, comparar, relacionar y descomponer al mismo tiempo que componga; que busque analogías y semejanzas, abstraiga y generalice, compruebe, y sintetice. La labor del maestro no debe ser tortuosa, mecánica, desde la enseñanza de las letras, con el deletreo o silabeo, y la lectura de corrido, y las lecciones de memoria, a través de libros áridos, hechos para sabios, enigmáticos para nuestros niños.

A estas estrategias, el ilustre maestro Enrique Rébsamen (1857-1904) lo denominó con acierto y gracia como el método “Machaca”. Criticó la presunción de los maestros de otros niveles, llenos de “eru-

² Se denota la influencia de pensadores de la época, como Augusto Comte (1798-1857) quien rechaza el estadio espiritualista y metafísico de Hegel, Schiller, Fichte. Para Comte lo positivo son los hechos concretos y empíricos, porque todo conocimiento científico está destinado a su práctica. Rechaza que el conocimiento científico no será de causas (aristotélicas, eficientes, formales), son fenómenos que están regidos por leyes que expresan regularidad.

dición inconsciente”. En época reciente las universidades usaron y abusaron de los exámenes orales escolásticos, por eso los alumnos pronto olvidaban lo ilusoriamente aprendido.

Sabedores de que cada Día del Maestro se llena de festejos y regalos, ojalá que este año venga acompañado de un buen incremento salarial y un proyecto serio que recupere los esfuerzos y nos ubique en un escenario donde la profesión sea recompensada social y culturalmente. Vaya pues, un abrazo para todos nuestros amigos, lectores, críticos y quienes de cuando en cuando envían un saludo y una sonrisa por el festejo de este 15 de mayo.